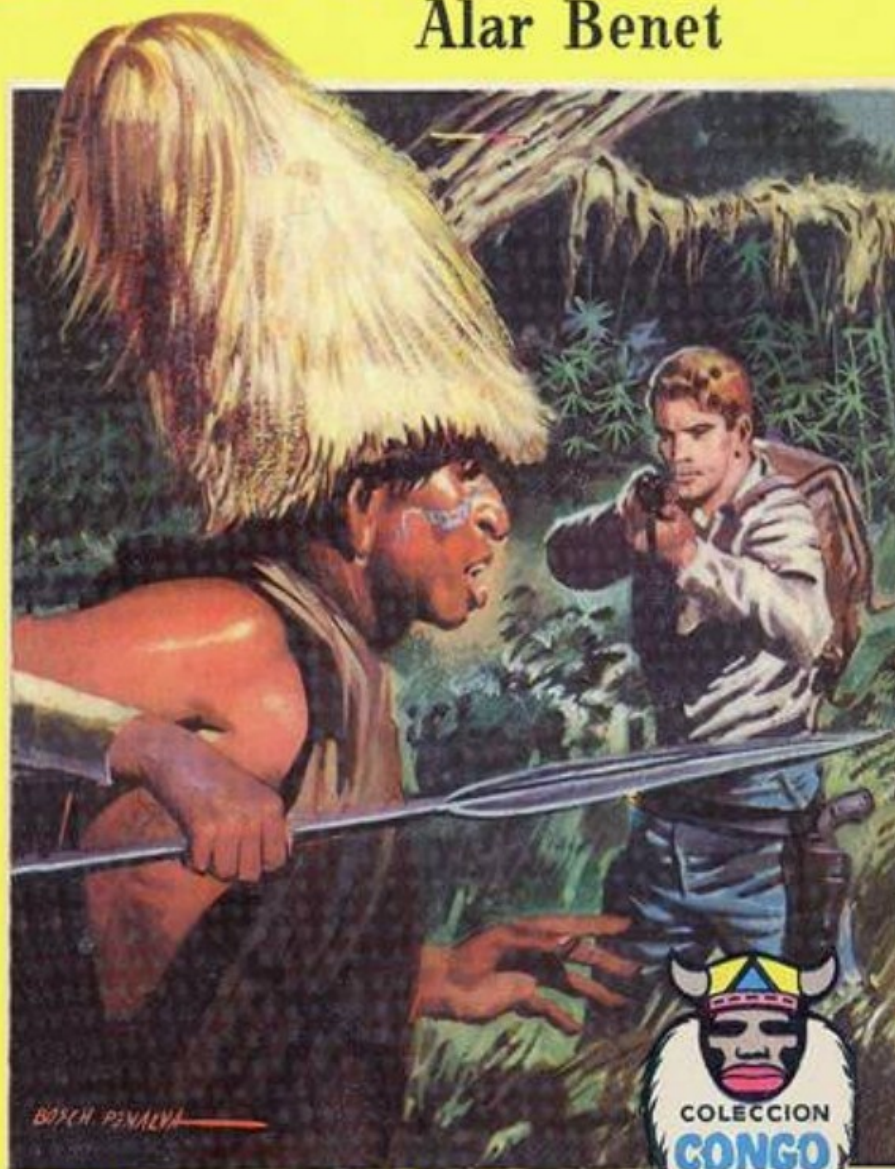


LA DIOSA BLANCA

Alar Benet



¿Quién era aquella "diosa" por la que los hombres morían?

ALAR BENET

LA DIOSA BLANCA

1.^a EDICIÓN
MARZO - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA-BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

Es. Colección BISONTE:

116. — El triángulo de la muerte. 288. — Cazadores de
apache. 349. — La ley del «Winchester». Tambores indios.

En Colección BÚFALO:

25. — La sombra de la cuerda. 29. — Saloon City. 41. —
El hijo del gun-man. 51. — Tirando a matar. 92. — La resaca
de la guerra. 106. — El tejano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

181. — El criminal nunca escapa. 414. — Tres sombras

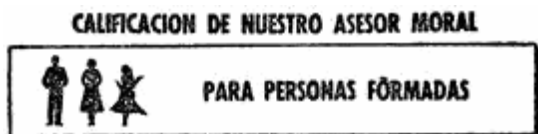
en el suelo. 227. — Acepto el desafío. 252. — Gangsters de Nueva York. 261. — Cuatro zonas en Berlín. 268. — Pánico en la ciudad. 280. — Asesinato sin asesino. 293. — Noche de angustia.

En Colección PANTERA:

6. — Furia del Oeste. 10. — Infierno en Oklahoma. 16. — Legión de héroes. 23. — La barrera helada.

En Colección CONGO:

3. — Trágico safari. 11. — Continente negro. 15. — Tráfico de esclavos.



PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 — Barcelona

«Una quinta parte de la tierra firme del mundo, una superficie como tres veces Europa, 8.000 kilómetros de Norte a Sur y 7.600 de Este a Oeste, África, con sus treinta millones de kilómetros cuadrados, es la tercera de las porciones cerradas de la tierra, y de éstas, la habitada desde más antiguo, si no ya la primera patria de la Humanidad. Pero nada de esto es óbice para que hoy sea el más moderno de los Continentes: porque si bien el África que baña el Mediterráneo, a través de la magnífica cultura de Egipto, que irradió hasta países lejanos y a impulso de las arrolladoras aspiraciones de Cartago a una hegemonía mundial, hace ya miles de años se hizo presente en la Historia y poseyó una importancia real, hasta hoy día no han comenzado el Sur, el Este y el Oeste de África

a desarrollar adecuadamente sus posibilidades. Apenas hace una generación que comenzaron estas tres nuevas Áfricas a ser un valor ponderable en la economía del mundo y hasta la segunda Guerra Mundial tampoco llegó Europa a la plena conciencia de lo necesaria que le era África.»

(Del libro «Países del futuro», original de Antón Zischka).



MAGIA NEGRA

EL hechicero, vestido extrañamente con ropas entre las que predominaban las pieles de animales salvajes, alzó ambos brazos echando la cabeza hacia atrás con tanta violencia que los que integraban el safari dirigido por el profesor Arthur Evatt temieron que el cuello del negro se quebrase o que fuera víctima de un ataque epiléptico.

En la tribu de pigmeos el silencio era roto por el incesante rumor de la selva en la noche, rumor pleno de primitivismo y violencia, y por el crepitar de las hogueras que rodeaban en un ancho perímetro la zona habitada por los indígenas, a fin de impedir las incursiones de los animales carnívoros.

Tawawur, inmóvil, la nuca formando ángulo recto con la espalda, rígido, permaneció largo rato en tal postura, cara a las estrellas, mientras era sacudido de vez en vez por fuertes temblores. En derredor del hechicero, mirándole aterrorizados, se hallaban varios centenares de pequeños seres de tez cobriza, el mayor de los cuales mediría escasamente un metro de altura. Todos ellos iban armados con lanzas y escudos y, excepto la cabeza, algo grande, los demás miembros del cuerpo eran normales en su pequeñez y no exentos de belleza por su elasticidad y, sobre todo, por la pujanza de sus músculos, que se adivinaban tensos. Pocas veces accedía Tawawur a mostrar su poder a la tribu. En aquella ocasión, ante el grupo de hombres blancos, iba a luchar contra los malos espíritus, y a vencerles, en demostración palpable de su ilimitado poder.

El hechicero, en contraste con los pigmeos, a cuya raza no pertenecía, era un hombre alto, de casi dos metros de estatura, muy delgado, esquelético. Sus facciones, sin abultamientos ni deformidades, salvo en el color negro de su piel, podrían ser las de

un europeo. Sus brazos desnudos mostrábanse tensos, al igual que las piernas, a los asombrados ojos del profesor Arthur Evatt, de su hermano Alcide, del guía Peter Gabin y del etnólogo británico Leslie McKell, principales miembros del safari que, partiendo de Libreville, ciudad del África Ecuatorial Francesa situada al sur de la Guinea Española, cara al Atlántico y en las estribaciones de los montes del Cristal, se proponía recorrer el Congo Medio, en su frontera con el Belga, formada, al Norte y al Este, respectivamente, por los ríos Bomu y Ubangi y el caudaloso Congo, para, en estudios etnológicos y mineralógicos internarse, si era preciso, en Angola o en los territorios de influencia belga, para lo cual habían obtenido autorización previa de los respectivos gobiernos.

Arthur Evatt dióse cuenta de que los ropajes del hechicero tenían como objeto atemorizar a los indígenas con el recuerdo de sus peores enemigos en la selva. El cuerpo de Tawawur estaba cubierto por pieles de leopardo, gorilas y víboras, con adornos de colas de león, cuernos de rinoceronte, trozos de colmillos de elefantes y, lo que era más repulsivo, por escorpiones disecados que pendían de un collar en derredor de su cuello. Las sandalias del hechicero estaban construidas con fuertes correas de las que colgaban dientes de animales carnívoros. El profesor dijo a los que, como él, contemplaban fascinados el espectáculo:

—¡Cuidado, no os dejéis hipnotizar! ¡Vamos a ser testigos de un alarde de magia negra!

—¿Cree usted en ella? —inquirió el etnólogo Leslie McKell; con una sonrisa de superioridad.

El profesor, tras una mirada al que le formulaba la pregunta, repuso, sin acritud, pero con firmeza:

—A los que conocemos África y hemos vivido muchos años en ella, nada puede sorprendernos. Ni afirmo ni niego. Sin embargo, le aseguro que en las selvas y en los bosques se llega a dar por bueno lo que en países civilizados sería objeto de burla. Es usted muy joven, McKell, y este es su primer contacto con el Continente Negro. Por fortuna, tiene la suerte de viajar con veteranos. Alcide y yo vinimos a África a los veinte años y llevamos treinta aquí. El guía es uno de los más expertos y afamados del Congo Medio. Le llaman de todos los lugares y...

Leslie McKell, que mientras oía a Evatt miraba con fijeza al

hechicero, exclamó:

—¡Calle! ¡No me distraiga!

Tawawur se bahía arrojado al suelo, retorciéndose en él de forma increíble. Golpeaba la tierra con la nuca, en movimientos convulsivos, mientras expulsaba espuma por la boca. Un escorpión disecado se introdujo entre los labios del hechicero y a todos les pareció que el animal, al ser escupido, tenía vida y que la tenaza de su cola se clavaba en las carnes de Tawawur.

Un clamor monótono, no espontáneo sino ritual, surgió, en forma de himno, de las gargantas de los pigmeos, los cuales, con su rey a la cabeza y los miembros del Consejo de Ancianos, se prosternaron, rozando el suelo con la frente; para invocar a los buenos espíritus y pedir que su hechicero venciese a los malignos. La salmodia fue aumentando de tono de forma gradual hasta convertirse en un vocerío desgarrador. Tawawur continuaba agitándose y su cuerpo, unas veces permanecía inmóvil y otras, en violentos espasmos, se alzaba a varios centímetros de altura, apoyándose en los talones o en la nuca, con la que no cesaba de golpear el suelo.

La espuma convirtiéndose en rojiza y las convulsiones duraron más de una hora para, muy despacio, ir aminorando aunque sin cesar por completo. Los pigmeos no cesaban de entonar himnos y de hacer genuflexiones. Tawawur les había dicho que si era vencido por los espíritus malignos, éstos asolarían la aldea matando a todos los que la integraban; les había dicho también que si él no estuviese allí para oponerse y combatir a las fuerzas del mal, grandes desgracias asolarían la tribu. Por ello, todos deseaban con ansia el triunfo del hechicero.

Los miembros del safari, sin sentarse sobre los cráneos de rinoceronte que les fueron preparados por los pigmeos, contemplaban erguidos, con los nervios a punto de estallar, el espectáculo que ofrecía Tawawur retorciéndose a la luz de la luna y bajo los reflejos de las hogueras, escuchando, como si proviniese de otro mundo, las salmodias de los indígenas.

Para el etnólogo que se burlaba de la magia negra, de la que tan temerosos eran los indígenas, y de las costumbres y tradiciones de la selva, Tawawur era un farsante más, uno de los muchos negros inteligentes que vivían embaucando a necios, sin otro esfuerzo que,

muy de tarde en tarde, representar la comedia de la lucha contra los malos espíritus para recibir después las ofrendas de los pigmeos, agradecidos porque les hubiera salvado de un imaginario peligro. Sabedor de la irritación que sus palabras producían siempre a Arthur Evatt, a quien enojaba su escepticismo comentó en alta voz:

—¡Nunca presencié un cuadro de ballet tan perfecto! ¡El hechicero ganaría millones en cualquier teatro de Londres o de París!

—¿De verdad cree que Tawawur representa una comedia?

—Sí.

—Un médico afirmaría que el hechicero padece un ataque epiléptico. Yo también opino así. Sin duda se lo provoca tomando determinadas hierbas. Por eso muestra su poder muy de tarde en tarde. Padece una verdadera enfermedad.

Las convulsiones del hechicero cesaron de pronto y, con ellas, el griterío de los indígenas. Tawawur, rígido aún, parecía muerto. Leslie McKell ironizó:

—Es posible que hayan triunfado los genios malignos. Ese hombre parece un cadáver.

—Vive todavía —repuso el profesor—. Contemple con fijeza el collar de escorpiones disecados que descansa sobre su pecho y les verá moverse de vez en vez a impulso de la respiración.

El etnólogo comprobó las palabras de Evatt y, por un momento, sintióse sobrecogido. El silencio era tan absoluto que no oía los rugidos de las fieras que merodeaban en torno a la tribu ni el crepitar de las llamas inmediatas. Durante unos segundos, tuvo la sensación de que el vacío le rodeaba y cuando los indígenas, al ver que el hechicero se incorporaba trabajosamente, prorrumpieron en jubilosas exclamaciones e himnos de acción de gracias, sintió deseos de gritar, de arrancarse las ropas y de mezclarse con aquellos hombrecillos que habían comenzado a danzar en torno a una de las hogueras, la más cercana a Tawawur.

El hechicero, tambaleándose, se aproximó a los blancos, situándose frente a ellos sin pronunciar palabra. Su mirada fue recorriendo los rostros de los que formaban el safari. Sus ojos, enrojecidos, parecían poseer una extraña fuerza, pero ni los hermanos Evatt ni el guía Peter Gabin desviaron su mirada de la del indígena, el cual, siempre despacioso, solemne casi, se detuvo cara

a Leslie McKell. El etnólogo, pese a su pretendida indiferencia y a su desprecio por los misterios africanos, se sintió sacudido por una conmoción interior jamás experimentada hasta entonces. Era como si entre sus pupilas y las de Tawawur existiese un hilo invisible que se fuera materializando hasta convertirse en algo tan recio que le impedía cerrar los párpados, sustraerse a la maligna mirada del negro. El hechicero, al advertir que el joven, por carecer de la voluntad férrea de sus compañeros de expedición, era el más débil, el más propicio al hipnotismo, comenzó a acariciar uno de los escorpiones disecados.

Lentamente, McKell fue sintiéndose aislado de lo que le rodeaba, pareciéndole que su cuerpo volvía ingrátido y que por sus venas circulaba un frío extraño. Su falta de experiencia, el influjo que el nativo ejercía sobre él, le impidieron comprender que estaba al borde del automatismo, que dentro de pocos segundos el hechicero sería su único dueño...

Peter Gabin, el guía del safari, que observaba la escena, fue el primero en darse cuenta del peligro que corría la expedición si Tawawur llegaba a suggestionar al etnólogo, demostrando a la tribu de pigmeos que su «medicina» era superior a la de los hombres blancos. De conseguirlo, los indígenas obedecerían ciegamente al hechicero y, perdido su respeto por las armas de los miembros del safari, quizá se decidiesen a atacarles en masa, para apoderarse de los rifles, las municiones y los víveres, así como de lo que contenían los fardos que los portadores se ocupaban de trasladar por la selva.

El guía era un hombre recio, no muy alto, de anchas espaldas y facciones toscas. Su nariz, achatada y su mandíbula puntiaguda denotaban agresividad. De un empujón derribó a Leslie McKell y, arqueando las piernas, con la diestra apoyada en la culata del revólver, dijo a Tawawur en dialecto indígena, mientras le miraba con fijeza:

—Prueba a hipnotizarme a mí. Mi «medicina» es superior a la tuya. Te desafío a que desde aquí, sin moverte, arranques la calavera que adorna la techumbre de la tienda del rey.

Las palabras de Peter fueron oídas por todos los miembros de la tribu y un clamor de voces atronó el aire.

—¡Demuéstrale tu poder, Tawawur!

—¡Aniquílale con tu mirada!

—¡Pide a los malos espíritus que exterminen a los blancos!

Tales eran las palabras que pronunciaban los pigmeos, irritados porque un hombre se hubiera atrevido a desafiar el mágico poder del hechicero. Este, sin desconcertarse, repuso:

—Me encuentro fatigado después de la lucha que acabo de sostener.

—Nosotros llevamos dieciséis horas de marcha ininterrumpida. ¡Mira!

Con la rapidez del hombre habituado al manejo de las armas de fuego, el guía desenfundó su revólver y, casi sin apuntar, oprimió el gatillo. El macabro trofeo de guerra situado sobre el techo de la vivienda real cayó a tierra cual si le hubiera lanzado una mano invisible. El fogonazo y el estampido del arma de fuego impresionaron profundamente a los indígenas, por lo que Gabin dedujo que la tribu nunca había tenido contacto con la civilización.

Después del disparo y del, para los pigmeos, alarde mágico del guía, hubo un largo silencio. El rey, un hombrecillo de unos noventa centímetros de estatura que, a modo de cetro, llevaba una tibia humana, se aproximó al hechicero para ordenarle:

—Hazlo tú también.

Tawawur clavó sus ojos en los del que le hablaba, con poder hipnótico y repuso, tras una prolongada pausa;

—Eso es demasiado sencillo. Yo no utilizo mi «medicina» más que para acudir en ayuda de la aldea impidiendo que los espíritus malignos la asalten. Manda que dé comienzo la danza.

Peter Gabin comprendió que el hechicero había anulado la voluntad del reyezuelo al ver que éste, con olvido de sus pretensiones, obedecía las palabras del nativo, sin insistir en su deseo de que demostrara una magia superior a la del blanco.

Pronto, los tambores atronaron el aire y pigmeos de ambos sexos y de todas las edades se entregaban a un baile frenético, procurando imitar los movimientos convulsivos de Tawawur en su lucha contra los espíritus. El hechicero, alejándose del guía, fue a sentarse a la puerta de su cabaña, junto a una hoguera y, desde allí, pareció abstraerse en la contemplación de la danza.

Peter Gabin le vigilaba, seguro de haberse creado un mortal enemigo al humillar al negro. La primitiva mentalidad de Tawawur no tardaría en concebir ideas de venganza.

El etnólogo, que permaneció en tierra hasta entonces, aturdido, se puso en pie. Arthur Evatt, temeroso de una violenta reacción de McKell, se situó al lado del joven dispuesto a impedir que este cometiera un acto de injusticia contra el guía. Las palabras de Leslie le convencieron de lo cerca que había estado de ser víctima del hipnotismo.

—¿Qué me ocurrió, profesor? Tengo la impresión de haber dormido varias horas.

Alcide Evatt, que había escuchado la pregunta, se adelantó a su hermano, respondiendo por él:

—Estuvo a punto de ser víctima de lo que no cree, de lo que aquí se llama magia negra. Cierre los ojos y concéntrese. Tal vez recuerde una mirada intensa, turbadora y...

—Sí; es cierto. Tawawur se encaró conmigo y tuve la impresión de que se apoderaba de mi voluntad, de que me anulaba por completo.

—Exacto. Peter Gabin hubo de derribarle e interponerse entre usted y el hechicero. Nos hemos creado un enemigo peligroso.

Alcide Evatt refirió al joven la intervención del guía y su desafío al indígena, terminando:

—Usted no es culpable más que de escepticismo. Tawawur le juzgó el más débil y quiso hacerle su víctima, ridiculizarle ante los pigmeos y demostrarles que es superior a los hombres blancos, esto último muy peligroso para nosotros.

—Comprendo. ¿Hipnotismo?

—Sí —repuso el profesor, interviniendo en el diálogo que su hermano sostenía con el etnólogo—. Tenga cuidado, McKell. Tawawur quizá intente de nuevo lo que Peter no le permitió realizar. No he conocido a otro hombre con mayor fuerza hipnótica. Tengo la certeza de que el hechicero es, además, un hábil prestidigitador. Siempre sucede así. No obstante...

Un leve temblor agitó las manos de Arthur Evatt. Leslie, al observarlo, inquirió:

—¿Le ha sucedido algo fuera de lo normal? Usted cree en el embrujo de África.

—Sí. Fue hace muchos años, en Uganda... No merece la pena recordarlo. Desde entonces no me atrevo a negar jamás que la magia negra de que hacen gala los hechiceros sea producto de

habilidades propias de un circo o de una sala de espectáculos. Acérquese al rey, Gabin, y dígale que aunque sus danzas nos son muy gratas, deseamos descansar. Permaneceremos varios días aquí para que McKell y mi hermano puedan realizar sus investigaciones etnológicas y mineralógicas, respectivamente. ¿Le parecen peligrosos estos hombres, Peter?

—Sí; en realidad lo son todas las tribus nómadas del Continente Negro. Los pueblos que se han sometido viven de cara a la civilización. En estos otros hay siempre un germen de rebeldía, un afán de no someterse a los blancos a quienes consideran sus enemigos. Conviene que Leslie y Alcide aceleren sus trabajos. Tawawur es para nosotros peor que una víbora que anidara en nuestro pecho. Le temo más a él que a varios miles de pigmeos.

Sin aguardar la respuesta del profesor, Gabin adelantó unos pasos para dirigirse al encuentro del jefe de la tribu, que se hallaba sentado a escasa distancia de los blancos. No sin ceremonias y luego de no pocos elogios a la persona real, el guía se decidió a abordar el tema deseado, obteniendo una seca respuesta:

—La lucha de Tawawur contra los malos espíritus y las danzas son en vuestro honor. Dentro de una hora, las mujeres nos servirán la comida. ¿Vais a despreciar nuestros homenajes?

Peter, conocedor de la psicología indígena, y comprendiendo que el rey estaba enojado por su actitud ante el hechicero, lejos de insistir en su demanda para que les fueran facilitados lugares en los que reposar, manifestó, con ademanes expresivos su reconocimiento por los honores que se les dispensaban, prometiendo, asimismo, valiosos regalos. Después, tras una leve inclinación del torso, Gabin se reunió con sus compañeros, quienes le rodearon para escuchar de sus labios el diálogo sostenido con el reyezuelo.

—No nos queda otro remedio que soportar durante toda la noche la melopea de estos bárbaros —comentó McKell con su habitual desprecio hacia todas las cosas de África.

—Es peor sentir sus danzas guerreras cuando cientos de dardos se alzan en el aire —repuso Alcide Evatt, el más joven de los dos hermanos, con una sonrisa comprensiva.

—Sentémonos —propuso Arthur—. Los cráneos de rinoceronte no son muy cómodos para los que todavía recuerdan el mullido de las butacas londinenses.

Al hablar así, el profesor dirigió una mirada al etnólogo quien, visiblemente contrariado, buscaba la postura menos ingrata sobre la cabeza del paquidermo,

Continuaron las danzas y todos, aun sin pretenderlo, sintiéronse sugestionados por el ambiente. A Alcide Evatt el monótono tan-tan de los tambores le recordaba las veladas en su hacienda de Buala, en el Camerún, cuando los trabajadores negros, después de la dura jornada y una vez satisfecho su apetito, se situaban en corro para entonar sus canciones preferidas o referir hechos de las tradiciones africanas. Él, entonces a seguro, sin temor al peligro, mientras fumaba en su inseparable cachimba, sentíase dominado por la nostalgia de una vida consagrada a la aventura de arrancar a la tierra sus secretos para, con absoluto olvido de personal ambición, hacer partícipe de ellos al Gobierno de Francia que costeaba tales investigaciones.

Arthur, por su parte, encontrábase a gusto en el interior de la selva o en las grandes mesetas, enfrentado constantemente con la muerte. Él era un hombre de lucha, un hombre que no concebía la vida tranquila y que, a veces, al recordar sus experiencias sentimentales, experimentaba una sensación de gozo al pensar que ningún explorador suele terminar viejo sus días. No era un desesperado; pero desde que conociera a Raga la existencia no le fue muy grata.

Las aletas de la nariz de Peter Gabin ensanchábanse para aspirar gozosas el aroma de la selva. Era un mercenario de África, un ser que, truncada su vocación, había tenido que someterse a la servidumbre de guiar expediciones por unos territorios que le eran muy conocidos. Pese a su juventud, su edad no rebasaba los treinta años, lo atezado de su piel y las arrugas de su rostro hacíanle parecer más viejo de lo que en realidad era.

El etnólogo, el más propenso, aunque se jactaba de lo contrario a ser ganado por la sugestión, tenía su interés centrado en todos y en cada uno de los pigmeos, admirando la belleza del conjunto y, lo que para él era más notable, la perfecta armonía de los cuerpos de los nativos, su elasticidad, sus proporcionados miembros que le hacían olvidarse de la pequeñez de los indígenas.

Detrás de los blancos, el grupo de veinte porteadores, a las órdenes del capataz Karema, tendidos en el suelo, esperaban con

impaciencia el momento del banquete en la certeza de que los pigmeos les ofrecerían lo más selecto de sus provisiones.

Fue el profesor el primero en romper el silencio, con unas palabras dedicadas a todos en general pero que, en particular, iban dirigidas a McKell.

—Tiene que ser apasionante el estudio de los pueblos y las razas en todas sus relaciones y en todos sus aspectos.

—Lo es —repuso Leslie—. De no ser así yo no hubiera abandonado Londres para sufrir peligros e incomodidades. Acaba de dar una definición exacta de lo que es la etnología, Evatt.

—No lo ignoraba. ¿Cómo cataloga a los pigmeos?

McKell fue a responder, pero no lo hizo... El baile acababa de cesar y más de cien mujeres, portando bandejas de barro cocido repletas de manjares, se acercaban al rey. Una vez ante él, doblaron la rodilla en señal de acatamiento para, a continuación, distribuirse llevando a los guerreros los víveres, tan codiciados después de más de una hora de ininterrumpida danza. El jefe de la tribu hizo una seña a Tawawur, quien se le acercó, y, juntos, seguidos por un buen número de indígenas portando comida, se encaminaron hacia los miembros del safari. El rey y el hechicero se sentaron sobre la tierra cruzando ambas piernas. Peter Gabin abandonó el cráneo del rinoceronte para imitar a los nativos, a la par que aconsejaba a McKell y a los hermanos Evatt:

—Procedamos igual que ellos.

El guía se ocupó de que fueran enviados víveres a los portadores y, luego, sin precipitarse, esperó a que el jefe de los pigmeos le ofreciera una de las bandejas. Cuando sucedió así, Gabin tomó una tajada de carne, que despedía un exquisito aroma. Aguardó a que todos sus compañeros tuvieran entre sus dedos un trozo del asado y a que el rey y el hechicero comenzaran a devorar con avidez lo que tomaron para sí. Solo entonces hizo un gesto a sus camaradas, indicándoles que podían saciar su apetito. La voz de Leslie le regocijó, por su tono irritado.

—¡Yo no como esto! ¡Ignoraba que los pigmeos fueran antropófagos!

Esforzándose por contener la risa, el guía miró al joven.

—¿Por qué lo pregunta?

—Vea.

McKell mostró a Peter un brazo que parecía humano. Grave el rostro, divertido por el gesto de repugnancia del etnólogo, dijo:

—No debe despreciar lo que el rey le ha ofrecido o lo considerará una terrible ofensa. Una vez que coma eso es muy dueño de elegir otros manjares; pero el primer obsequio no debe desairarse nunca.

—¡Yo no soy devorador de carne humana!

—Yo tampoco. Sin embargo, tome ejemplo de mí. Me ha correspondido una pierna.

Los dientes de Gabin se hundieron en la carne asada, con fruición. Tras masticar despaciosamente, ordenó a Leslie:

—¡Imíteme! El rey y el hechicero le miran. ¡No nos busque más complicaciones!

—Mire estos dedos. Parecen los de un niño...

El etnólogo señaló lo que indicaba sin advertir el regocijo de Gabin y de los hermanos Evatt...

||

LUCHA DE PASIONES

—**N**O sea chiquillo, McKell. ¿Aún no se ha dado cuenta de que nos han servido varios monos descuartizados?

Las palabras del profesor tranquilizaron a Leslie, quien miró rencorosamente al guía.

—¿Le gusta divertirse a mi costa?

—Pretendo endurecerle. Creo que le conviene y que acabará agradeciéndomelo.

—¿A puñetazos?

Chocaron las miradas de los dos hombres. Gabin, con una sonrisa despectiva, dijo:

—Mono o niño, coma usted. Observe al rey y a Tawawur.

Los dos indígenas, que no dejaban de mirar al joven, cambiaron breves palabras en voz tan baja que estas no llegaron a oídos de Peter. McKell, sin poder dominar su asco, sabiéndose blanco de la general atención, hizo lo que Peter le indicaba pudiendo comprobar que la carne tenía un sabor muy parecido a la del faisán. Sin embargo, le costó trabajo evitar las náuseas.

—¡Bravo, Leslie! —exclamó el profesor—. A mí también me produjo repugnancia la primera vez que probé el mono asado. Después he llegado a acostumbrarme y a considerarle un buen manjar. No todos los simios tienen tan excelente carne. Son solo los de una especie a la que los nativos llaman “Carazul” ⁽¹⁾. Espere un descuido de los indígenas para tirar lo que le repugna y tome frutas, legumbres y huevos. ¿No probó nunca los de tortuga?

(1) Especie muy conocida en la Guinea Española. (N del A)

El joven negó con el gesto y aprovechando que el hechicero y el rey no le miraban arrojó a su espalda la carne para apoderarse de plátanos verdes asados de grato sabor. Pronto, calabazas de barro

cocido llenas de un líquido que se obtiene de los bananos, comenzaron a circular por el poblado y, media hora más tarde, los pigmeos empezaron a sentir los efectos de la bebida. Los componentes del safari, advertidos por Gabin del peligro de la embriaguez, prefirieron el agua de sus cantimploras.

El banquete duró más de dos horas y, finalizado éste, con gran asombro de McKell, que ignoraba las costumbres y tradiciones indígenas, las mujeres se situaron junto a los grandes tambores, en forma de herradura, mientras los hombres, los ancianos y los niños ocultábanse en la zona de bosque que rodeaba la aldea. Solo quedaron en la explanada los que integraban la expedición científica, el rey y Tawawur.

—¿Qué preparan estos enanos? —inquirió el etnólogo, despectivamente.

—Va usted a ser testigo de una de las danzas más típicas. El *corrobori* se baila en todo el Continente Negro, con algunas variaciones, según las tribus, pero conservando las líneas fundamentales —repuso Alcide Evatt—. Se elige siempre una noche de luna llena, no por el carácter religioso que algunos atribuyen al astro nocturno sino porque la claridad permite ver mejor los movimientos. Creo que el *corrobori* de hoy va a ser interpretado exclusivamente por hombres. Las mujeres y los niños constituyen el público, quienes también aparecen y desaparecen de la explanada al propio tiempo que los bailarines.

—¿Son malas danzarinas las indígenas?

—Siempre se amparan en lo erótico. Hace varios años presencié un *corrobori* a cargo de negras xulis y aún me asquea el recordarlo. Nadie puede imaginar espectáculo semejante, por lo obsceno y lascivo.

El menor de los Evatt guardó silencio. Las mujeres, que continuaban tocando los tambores, con lento ritmo, lanzaron varios gritos y alrededor de cincuenta pigmeos surgieron del bosque para, con absurdas contorsiones, ocupar el centro de la explanada y, en círculo, en doble fila o formando caprichosos dibujos, entregarse a la excitación de la danza. Los restantes miembros de la tribu les jaleaban sin mantener, ni un segundo sus cuerpos inmóviles. Casi todos los bailarines, mientras permanecieron ocultos entre la espesura, se ataron juncos, lianas, ramajes y flores a los tobillos, la

cintura y la cabeza, por lo que sus saltos tenían un mayor colorido.

Las mujeres, de forma progresiva, iban aumentando el ritmo hasta convertirle en vertiginoso. Leslie observaba que los hombros de los porteadores, situados detrás de él, comenzaban a agitarse y que el rey, que había bebido grandes tragos de las vasijas de barro, se ponía en pie para, tomando dos trozos de ramas a medio chamuscar de una de las hogueras inmediatas, situarse ante los tambores, agitando ambos brazos. Se hizo un silencio absoluto y de la garganta del jefe de los pigmeos brotaron unos sonidos roncós. Era la señal para reanudar el baile que, a partir de entonces, al ser dirigido, adquirió mayor viveza, mayor originalidad. Los pigmeos formaban cuadrados, deshaciéndolos con maravillosa perfección para convertirlos en rombos, triángulos, círculos y semicírculos. Hubo un momento en el que los bailarines formaron un tan perfecto zigzag que los blancos, al ver agitarse las filas de guerreros, tuvieron la impresión de que aquellos hombres poseían un solo y común cerebro; tan coordinados eran sus movimientos.

Un nuevo grito del jefe de la tribu paralizó a los danzarines quienes, luego de escuchar las palabras de su rey, con extraordinaria rapidez tomaron troncos encendidos de cada una de las hogueras que circundaban la explanada para formar en el centro del poblado un gran fuego. Después, tornaron a ocultarse en el bosque.

—¿Presenció usted algo semejante, McKell? —interrogó Arthur Evatt.

—He de reconocer que no, pese a la poca simpatía que me inspiran las cosas de África.

El profesor fue a responder a tales palabras, pero no pudo hacerlo. Los tambores, con un ritmo que ya era febril, volvieron a atronar el aire y de nuevo los pigmeos invadieron la explanada. En tan breve espacio de tiempo no pocos se habían colocado más ramajes y lianas en el cuerpo. Otros, por el contrario, desnudáronse por completo. McKell hizo una mueca de desagrado. ¿Iba a acabar el *corrobori* en una orgía? El rey tornó a gritar y los pigmeos, en fila de a uno, comenzaron a saltar sobre la hoguera como si estuviesen enloquecidos. A algunos parecían envolverles las llamas.

Obsesionado por la danza, el joven etnólogo tenía su mirada fija en los movimientos de los bailarines. Sin saber la causa, comenzó a

sentirse desasosegado, nervioso, víctima de una angustia que no acertaba a definir. Miró a su izquierda y, estremeciéndose, notó los ojos del hechicero fijos en su persona. Desvió la vista, esforzándose en abstraerse en las evoluciones de los pigmeos. Los niños, las mujeres, los ancianos y los hombres que no formaban parte como danzarines del *corrobori*, se agitaban también igual que posesos. McKell volvió la cabeza y pudo ver que los porteadores del safari, negros xulis, en pie, movíanse sin despegar los pies del suelo, de forma cimbreada. También ellos habían sido dominados por la fiebre de los tambores.

«Me está mirando... Me está mirando»...

El cerebro de Leslie repetía incansable la misma frase, con machacona insistencia. De nuevo le pareció al etnólogo que el fluido magnético que hasta él llegaba iba materializándose hasta rodearle la cabeza y oprimirle las sienes.

«¡Si Peter se diera cuenta...!»

¿Por qué no gritaba? McKell, pese a considerarse en grave peligro, no pronunció ni una palabra en demanda de socorro. Aunque su conciencia le permitía adivinar que el hechicero se iba apoderando de su voluntad, sus sentidos se recreaban, masoquistas, con la sensación desgarrada que le producía Tawawur.

«Me está mirando... Me es-tá mi-ran-do... Me está mi-ran-do...»

Cada sílaba desgranábase en el cerebro de Leslie, unida al sonar de los tambores. Solo entonces, experimentó una oleada de pánico y quiso gritar; pero ya era tarde. El mismo vacío que la vez anterior le rodeaba y tuvo la impresión de que su cuerpo no pesaba, de que era sutil, tenue, transparente...

Con angustia, la sugestión aún no era completa, no supo evitar que su mirada se cruzase con la de Tawawur. Ya no pudo desviarla. Notóse anulado y una idea obsesiva comenzó a invadirle, una idea que al principio le horrorizaba pero que, después, comenzó a acariciar con deleite, recreándose en ella. Y la mirada de Leslie se posó en Peter Gabin, que, distraído por el espectáculo, contemplaba las cabriolas de los danzarines.

El etnólogo apartó sus ojos de la figura del guía, pero siguió viéndole reflejado en las nubes, en la tierra, en las llamas de las fogatas... Para Leslie, todo el universo se centraba en una sola imagen: la de Peter Gabin...

De pronto, McKell recibió una orden imperiosa con la fuerza de una descarga eléctrica y al fijarse de nuevo en el guía le vio con la cabeza ensangrentada. Sin dudarlo, como un autómatas, incapaz de oponerse al misterioso influjo que le esclavizaba, McKell llevó la diestra a su revólver, desenfundándole con rapidez. Ya el cañón del arma apuntaba a Peter y el dedo índice del joven curvándose sobre el gatillo cuando Arthur Evatt, dándose cuenta de lo que ocurría, se arrojó en plongeón a las piernas de Leslie, derribándole. Conforme el etnólogo caía a tierra, el percutor del revólver golpeó al fulminante del cartucho y la bala fue a clavarse a los pies del hechicero, levantando una leve polvareda.

Con singular energía, McKell se revolvió, ansioso de matar a Peter, pero Alcide Evatt, acudiendo en socorro de su hermano, pudo asir la muñeca del etnólogo e inmovilizársela mientras Gabin se aproximaba también para intervenir en la lucha.

Los tres blancos, pese a ser hombres fornidos, no lograban reducir por completo a Leslie, consiguiéndolo solo cuando el profesor, que había intuido la verdad, golpeó con fuerza a McKell en la mandíbula, privándole del conocimiento.

El guía y los hermanos Evatt se incorporaron. Alcide dijo:

—¿Se ha vuelto loco este muchacho?

—Le han vuelto loco —se apresuró a replicar Arthur—. ¿No opina usted lo mismo, Gabin?

—Si tuviera alguna duda, queda desvanecida con el comportamiento de Tawawur. Vean cómo corre a refugiarse entre los suyos.

En efecto. El hechicero, aprovechando los forcejeos de los miembros del safari en sus intentos por impedir que McKell constituyera un peligro para nadie, se había unido al rey, quien, con una extraña sonrisa, no interrumpió el *corrobori* al oír la detonación. Por el contrario, hizo un gesto a las mujeres y éstas batieron los tambores con mayor fuerza y rapidez. Los pigmeos saltaban cual si estuvieran enloquecidos y, de pronto, tras varios minutos de danza, el jefe de la tribu lanzó un grito gutural y el más absoluto silencio imperó en la aldea. Todos los pigmeos retiráronse a sus cabañas, siguiendo la tradición del *corrobori*, sin cruzar palabra alguna... El hechicero fue también a su choza, situada junto a la del rey y este, acercándose a los miembros del safari, señaló una cónica vivienda

construida con ramas y barro, diciendo:

—Esa será vuestra casa mientras permanezcáis entre nosotros. Los negros que os acompañan pueden construirse una si desean dormir a cubierto.

Peter fue a responder, con ánimo de dar las gracias al reyezuelo, pero no pudo hacerlo. El pigmeo, dándole la espalda, se dirigió a su choza, no sin antes apoderarse de una vasija conteniendo zumo fermentado de plátanos.

Los hermanos Evatt trasladaron al etnólogo a la vivienda que el jefe les acababa de señalar mientras el guía daba órdenes a Karema, el capataz de los portadores, reuniéndose después, portador de un fardo, con sus compañeros.

—No nos designó este «enano» un sitio muy confortable—dijo Gabin—. No hay más abertura que la de la puerta, construida para el tamaño de los que habitan en la aldea. Ocupémonos, de McKell. Nunca debió aceptarle en nuestro safari, Arthur.

—Tal vez. Sin embargo, me fue impuesto por el Gobernador, quien se interesa mucho por él. Le aseguro que es un hombre honrado, digno y valeroso.

Peter, mientras desataba el envoltorio, repuso, sin mirar al organizador del safari:

—No lo pongo en duda. No obstante, el contraste entre la civilización y el primitivismo de África le ha sido demasiado brusco. Debí familiarizarse primero con la selva en pequeñas expediciones. Ya no hay remedio y es inútil lamentarse. Hemos de esforzarnos porque no sea víctima de su inexperiencia. Tawawur intentará servirse de él para exterminarme. ¿Quién iba a acusarle de mi muerte si yo era asesinado por Leslie? Una jugada diabólica que demuestra que el hechicero es audaz e inteligente, un temible enemigo. Hay algo que no comprendo, profesor.

El guía, después de extraer del fardo un frasco aplastado de coñac, miró a Arthur con gesto reflexivo.

—¿Qué es ello?

—Hasta ahora en ninguna tribu se nos había recibido con hostilidad. En otros viajes tuve contacto con pigmeos y siempre se mostraron solícitos para con los blancos, ansiosos de recibir un regalo. Además, nunca, vi a tantos pigmeos juntos. Acostumbran a vivir en pequeños grupos y a facilitar caza a los negros para obtener

a cambio legumbres y otros artículos. También me extraña que hayan aceptado como hechicero a un hombre de distinta raza. Me da la sensación de que Tawawur agrupó bajo un solo mando a estos hombrecillos con el propósito de conseguir algo de ellos.

—¿Qué? —terció Alcide Evatt.

—No lo sé —repuso Gabin meditativo—. Lo cierto es que el hechicero nos hizo una demostración de su maléfico poder y que hemos sido recibidos como huéspedes molestos. La choza que se nos ha destinado es una de las que utilizan para guardar cabras durante la noche. El suelo está lleno de deyecciones de esos animales y el olor agrio es poco grato.

Los hermanos Evatt, sin un comentario, asintieron con el gesto a los razonamientos de Peter, el cual, arrodillándose junto al etnólogo, acercó a la boca de este el frasco de coñac, procurando introducir entre sus labios exangües unas gotas de licor. Como el guía esperaba, obtuvo el efecto apetecido. El etnólogo, tras un fuerte carraspeo, abrió los ojos para mirar con asombro a sus camaradas.

—¿Me desmayé? —inquirió.

—Te «desmayamos» —se burló Peter—. ¿No recuerdas lo ocurrido durante el *corrobori*?

El joven, sentándose, apoyó su espalda en una de las paredes de la cabaña y, con las pupilas medio cerradas, intentó concentrarse. Tras unos minutos de silencio, se declaró vencido.

—Tengo la impresión de haber muerto. Experimento algo así como una laguna en mi memoria, como si hubiera un espacio en blanco en mi existencia.

—¿Nada más? —preguntó Alcide.

—Nada más —repuso Leslie con viveza—. ¿Qué sucedió?

Los hermanos Evatt miraron al guía, preguntándole con el gesto si juzgaba necesario que McKell conociera la verdad. Peter dijo:

—Es mejor que lo sepa para que viva prevenido e intente resistir la influencia de Tawawur. ¡Usted quiso matarme, Leslie y si no lo consiguió fue gracias a la intervención de Arthur quien, derribándole, desvió el disparo!

—¡Es imposible! —replicó el etnólogo con viveza.

—El profesor puede dar fe de mis palabras.

Con frase breve, Arthur refirió lo acontecido durante el

corrobori. McKell, convencido de que sus compañeros no mentían, tomó un nuevo sorbo de coñac, encendiendo a continuación su cachimba.

—¿Le duele la cabeza? —interrogó Gabin.

—No. Estoy algo turbado; pero va pasando.

Los cuatro hombres callaron. Alcide, que se había puesto en pie malhumorado, sugirió:

—¿Por qué no dormimos fuera de esta pocilga? La noche es clara y no muy fresca.

—No se lo aconsejo —contestó Gabin—. Aquí estamos a cubierto de cualquier traición siempre que vigilemos la entrada, para lo cual estableceremos cuatro turnos de guardia. Me temo lo peor del hechicero y del rey. Por fortuna, los pigmeos no conocen las armas de fuego, lo que me hace pensar que hasta ahora han vivido en regiones inexploradas, como en la que nos encontramos, sin contacto alguno con los blancos. Tawawur no pareció muy sorprendido por mi demostración de «magia».

Pese a la gravedad de la situación, había una sonrisa irónica en los labios de Peter, sonrisa que tuvo la virtud de tranquilizar a los Evatt, quienes confiaban en la experiencia y el valor de su compañero.

—¿Confía en el porvenir? —inquirió Arthur.

—Si permanecemos alerta no ocurrirá nada irremediable. Los pigmeos no se atreverán a atacarnos cara a cara y de que no lo consigan a traición tendremos que ocuparnos nosotros. ¿Sorteamos las guardias?

Alcide, Arthur y Leslie asintieron con el gesto. Gabin arrancó cuatro pequeñas ramas de uno de los troncos que formaban las paredes de la cabaña, manipulando en ellas, y las introdujo en el sombrero de explorador que cubría su cabeza, diciendo:

—La más larga equivale al último turno.

Verificado el sorteo, la primera centinela correspondió a McKell, la segunda a Gabin y la tercera y cuarta a Alcide y a Arthur.

Las emociones experimentadas, actuando sobre el sistema nervioso de los miembros del safari, habían alejado de ellos la sensación de fatiga y de sueño, por lo que, en un diálogo sobre la vida y costumbres de los pigmeos, invirtieron la primera y segunda guardia. Grande fue el estupor de McKell, que despreciaba

íntimamente a Gabin por considerarle un hombre tosco, sin cultura, al oírle, referirse a la historia de África con datos exactos, que él, como etnólogo, no ignoraba, así como a la mitología.

—Plinio «el viejo», autor de una vasta enciclopedia en la que resumió todos los conocimientos de la antigüedad sobre el mundo y los seres que lo habitaban, asegura que los pigmeos iban montados en carneros y, provistos de flechas envenenadas, bajaban de las montañas con el fin de sostener durante los tres meses de la primavera una guerra feroz con sus mayores enemigos, las grullas, a fin de apoderarse de sus huevos y matar las crías impidiendo la reproducción de las aves zancudas, de gran tamaño para quienes, como los pigmeos, según Plinio, apenas si tenían un codo de altura. Yo he visto el fragmento de una crátera griega llamada de Ergotimos, en la que se reproduce un combate de grullas y pigmeos. También, según la antigua mitología griega, se asegura que las mujeres eran madres a los tres años y ancianas a los ocho y que utilizaban como chozas las cáscaras de los huevos de las grullas. ¿Conoce usted la leyenda del ataque a Hércules, profesor?

—Le oí hace mucho tiempo; pero no me importaría volverla a escuchar —repuso Arthur Evatt, con una sonrisa—. Es agradable esta tertulia en derredor de un frasco de coñac.

—Lo único desagradable es el olor a estiércol —comentó Alcide.

—Y los pigmeos —completó el etnólogo—. Le escuchamos con gusto, Gabin. Confieso que me ha sorprendido su...

McKell no completó la frase, quizá temeroso de que sus palabras molestaran a Peter. Este, con un gesto de dureza en sus facciones, se encaró con Leslie.

—Imagino lo que usted piensa de mí. No hay más que verle para comprender que pertenece a esa «casta» —el guía matizó la palabra, con tono de extraordinario desprecio— de seres que se creen superiores a los demás por haber cursado estudios o vivir en un ambiente social «distinguido».

El sarcasmo era tan evidente que Leslie se mordió los labios para no replicar. Peter, cerrando los ojos unos segundos para abrirlos de nuevo, tal vez después de evocar su pasado, prosiguió:

—Me enorgullezco de mi aspecto tosco. Me agradan los hombres que son como el clima de África, duros, capaces del sacrificio o la venganza y me... —Gabin buscó una palabra que no resultara

directamente ofensiva— repelen los que no son capaces de defenderse, de vivir intensamente, de morir o matar con una sonrisa en los labios, no con esa sonrisa que aparece ahora en los suyos, McKell, y que justificaría una agresión por mi parte, sino con la del que sabe olvidarse de los bienes materiales. Aunque no lo crea, es más puro el espíritu de las personas con la psicología que acabo de describir que la de los pedantes estudiosos o los enfermizos aristócratas.

—Eso dicen todos los que no pudieron...

El profesor Arthur Evatt, imaginando cuál iba a ser la respuesta del etnólogo y deseoso de evitar una agria controversia entre Leslie y el guía, intervino, interrumpiendo al que hablaba:

—Nos hemos apartado del principal tema de conversación. Gabin iba a referirnos la historia, según la mitología, del ataque de los pigmeos a Hércules. Le escuchamos con verdadero interés. ¿No es así, Alcide?

—Desde luego, hermano — fue la respuesta del interrogado.

Peter, con el gesto, agradeció a los Evatt su mediación y, luego de tomar un sorbo de coñac, habló, con voz lenta, reposada:

—En una ocasión, los pigmeos encontraron dormido a Hércules y como ellos eran hijos de la tierra y hermanos de Anteo, muerto por el que descansaba, decidieron vengarse. La historia no da cifras, pero habla de ejércitos y es de presumir que eran muy numerosos los pequeños seres. Varios miles de pigmeos se lanzaron al ataque de las manos y de los pies y, mientras el grueso del ejército ascendía por el cuerpo del gigante, el rey, al frente de lo más selecto del ejército invasor trepaba por la cabeza de Hércules. Las lanzas se clavaban en el cuerpo del durmiente, quien despertó al sentir unas leves punzadas en su carne. El hijo de Júpiter, riendo a carcajadas, se sacudió los pigmeos de encima como motas de polvo y, envolviéndoles en dos pieles de león, hizo el regalo de sus enemigos a Eristeo.

Alcide Evatt, riendo, comentó:

—Es lamentable que los pigmeos actuales no sean iguales que los antiguos. Hércules se vería en un aprieto teniendo a Tawawur como enemigo. Creo, y temo no equivocarme, que las lanzas y las pequeñas flechas de estos hombrecillos están envenenadas. ¿Qué más dice la mitología, Gabin?

—Muchas y muy interesantes cosas; pero ya me va entrando sueño. La jornada fue muy fatigosa y debemos descansar. ¡Quién sabe lo que nos deparará el mañana! ¿No les parecen acertadas mis palabras?

Los tres hombres asintieron en silencio y McKell, Arthur y el guía se tendieron en el suelo mientras Alcide Evatt iniciaba el tercer turno de guardia.

El más absoluto silencio imperaba en el campamento. Peter Gabin, pese a esforzarse en dormir, no pudo evitar que las evocaciones le dominaran. Su belicoso diálogo con el etnólogo le sugería ingratos recuerdos...



¿HUÉSPEDES O PRISIONEROS?

SIGUIENDO el consejo del guía, los expedicionarios invirtieron varias jornadas en investigar en las zonas inmediatas a la tribu de los pigmeos, sin ser molestados por éstos, quienes, en no pocas ocasiones, les miraban desde lejos, extrañados al verles realizar análisis en probetas de vidrio y de que miraran las tierras por el microscopio, instrumento para ellos prodigioso y terrible desde que Peter Gabin, que deseaba acrecentar entre los indígenas su fama de hechicero, poseedor de una magia superior a la de Tawawur, hizo que varios de los nativos contemplaran una hormiga por el aparato de óptica. Los pigmeos se horrorizaron al ver la monstruosa cabeza del insecto himenóptero y sus grandes patas, aumentadas de forma extraordinaria por los cristales científicos. Por si el asombro y el temor no bastara para contribuir al aumento de su respeto hacia los blancos, el guía les amenazó:

—Si intentáis algo contra nosotros yo haré que las hormigas adquieran el tamaño de los leones y que los mosquitos de las charcas se conviertan en animales tan grandes como las águilas, dándoles orden de exterminarlos.

Leslie McKell, mientras los Evatt realizaban las investigaciones de minerales, dedicábase a observar vida de los pigmeos con el fin de, a su regreso a Inglaterra, escribir varios artículos sobre sus experiencias con destino a las revistas científicas de su país. De vez en vez, formulaba preguntas a Peter Gabin, más que con el deseo de que sus respuestas le aclararan algo con respecto a la etnología, con el afán de que olvidara resentimientos.

El etnólogo era, como el guía manifestara la primera noche de su llegada a la tribu, un hombre orgulloso de sus ascendientes y de su cultura. Llevaba varios años estudiando de modo intensivo las

tradiciones, las costumbres y el pasado de las diversas razas africanas, en especial la de los bantús y los pigmeos, por lo que no ignoraba nada de lo escrito o publicado sobre tales temas. De ahí el interés con que escuchó la historia mitológica de Peter y su decepción al darse cuenta de que si bien tal relato podía ampliarse, nada en él era inexacto, como hubiera deseado para hacer sentir al guía su superioridad intelectual.

—No nos haremos ricos con el oro de estos parajes, Alcide; ni nosotros ni el gobierno, se entiende.

El más joven de los Evatt miró a su hermano, con un gesto de afecto en su rostro.

—No, Arthur. Sin embargo, hemos descubierto dos yacimientos de hierro, único filón cuyas vetas se bifurcan en dos direcciones. La dificultad del acarreo de los minerales quita todo valor al hallazgo.

Los Evatt, sobre una mesa plegable, examinaron las últimas muestras de rocas y arenas. El profesor fue el primero en enderezar el torso, acabadas las pruebas que habían realizado, en el laboratorio portátil.

—Debimos alejarnos de aquí hace dos o tres días. No hemos hecho más que perder el tiempo.

—Gabin no opina igual que tú. Cree que de intentar irnos a poco de nuestra llegada habríamos tenido dificultades con los pigmeos. Ellos, quizá, hubiesen interpretado nuestra marcha como una muestra de temor. Conoce bien la psicología indígena, mejor que nosotros, Arthur, a pesar de que es más joven y lleva menos años en la selva.

—Sí. Opino como tú. Bajo el aspecto tosco de ese hombre se esconde una gran inteligencia y una poderosa voluntad, quizá algo primitiva, pero siempre estimable. Me extraña que ni Tawawur ni el rey se hayan acercado a nosotros. Si he de decirte la verdad, Alcide, me produce viva inquietud ese hechicero. Hay algo que continúo sin explicarme: el motivo de la hostilidad que los—pigmeos nos han demostrado. Gabin no cesa tampoco de pensar en ello, sin éxito. ¿Dónde está él?

—Ahí se acerca con Leslie. Parece que la animosidad entre los dos va desapareciendo.

—No te fíes. En cualquier momento puede surgir de nuevo.

El guía y el etnólogo se reunieron con los hermanos Evatt para,

después de saludarles e interesarse por sus investigaciones de aquella mañana, abordar el tema que a todos preocupaba, el del visible desprecio del rey, quien no parecía interesarse por la estancia de los blancos en el poblado, limitándose a tolerar su presencia. En justa réplica y habida cuenta de que los miembros del safari, incluidos los porteadores, veíanse obligados a dedicar todos los días unas horas a la caza a fin de procurarse el sustento, ya que el rey no les consideraba como huéspedes ni les hacía participar en la comida de la tribu, Gabin no hizo ningún presente a los indígenas como fue su primera intención.

—Creo que vamos a tener dificultades para alejarnos de aquí —informó Peter—. Intuyo algo en la actitud de los pigmeos que no me gusta. Siempre hay un grupo de ellos mirándonos, me temo que no por curiosidad y sí por vigilancia. Partiremos de aquí dentro de una hora. Usted, Alcide, si le parece, puede dar órdenes a Karema para que distribuya la carga entre los porteadores. Tenga el rifle a punto y reúname con nosotros inmediatamente. Profesor...

Gabin dudó y su silencio fue interpretado por Arthur de forma favorable al guía;

—¡Hable con sinceridad! Le obedeceré gustoso.

—Siempre resulta violento dar instrucciones a aquellos que me pagan. No obstante, las considero necesarias.

—Yo también. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Cuando empiece a disparar, imíteme, pero de forma que al agotar yo las balas a usted le queden las suficientes como para darme tiempo a cargar de nuevo. McKell debe permanecer atento, aunque bajo ningún concepto producirá bajas entre los pigmeos, a no ser para defenderse de un ataque. Él es nuestra reserva. Además, profesor, encárguese de que el capataz disponga también de uno de los «Winchester» que llevamos en los fardos en previsión de rotura o extravío. Nadie debe moverse sin que yo lo mande,

—¿No exagera adoptando tantas precauciones?

Sin enojarse por la pregunta, el guía miró al etnólogo, que la formulaba.

—Desearía equivocarme. Temo que no va a ser así. Solo amparados, en la sorpresa y sin darles tiempo a reaccionar, podremos alejarnos de los pigmeos. ¡Vigile los venablos! Si están envenenados, un arañazo es mortal. Permanezcamos aquí hasta que

Alcide y los negros se nos reúnan.

Arthur Evatt, ayudado de Leslie, empaquetó el laboratorio portátil, doblando la mesa articulada sobre la que efectuaron las investigaciones. Nerviosos, los tres hombres esperaron a que los restantes miembros del safari se congregaran en el sitio en el que se hallaban, a espaldas de la cabaña que les fue asignada para, dormir y a unos veinte metros de la explanada central de la aldea, lo que no tardó en suceder. Los veinte porteadores, el capataz y Alcide Evatt, llegaron junto a sus compañeros. Arthur hizo entrega del bulto del laboratorio y de la mesa a un indígena y miró interrogante a Peter Gabin.

—¡Vamos! —decidió el guía, tensa la voz—. ¡Póngase a retaguardia, Alcide, junto a McKell! Avanzaremos en doble fila. Observo como se reúnen los pigmeos ante la choza del rey y como hablan Tawawur y el rey. A juzgar por la excitación de ambos, no parecen ponerse de acuerdo sobre un tema de interés.

Arthur y Gabin, en cabeza, iniciaron la marcha. Los porteadores llevaban los fardos suspendidos de sus manos y les dejaron en el suelo al detenerse el profesor y el guía. Karema, con un rifle, se situó detrás de sus hombres, mientras Alcide y Leslie se reunían con Peter y el mayor de los Evatt,

Toda la tribu se encontraba reunida junto a su jefe, en un semicírculo que pronto se convirtió en una herradura, para cerrarse a la espalda de los expedicionarios. Solo entonces el etnólogo comprendió que los temores de Gabin no eran infundados y no pudo sustraerse a un sentimiento admirativo, superior a la hostilidad que, por choque de caracteres, experimentaba hacia el guía.

Peter, que no perdió detalle de la maniobra envolvente de los pigmeos, previno a sus amigos:

—Nadie se inquiete. Aunque disparáramos todos a la vez caeríamos atravesados por las lanzas. Son muchos indígenas y la mayor parte de ellos tienen orden de atacarnos a la menor señal de hostilidad.

Tawawur y el rey miraban a Peter con fijeza, considerándole el más peligroso enemigo. El guía, imperturbable, para no dejarse arrastrar por el nerviosismo interior que le dominaba, fijó su atención en el rostro del jefe de la tribu, cuyas facciones eran las

típicas de los mal llamados «negrillos» africanos, ya que su piel tenía un color bronceado oscuro. El rey era muy velludo aunque, excepto en el pecho, solo cubría su cuerpo una leve pelusilla. Sus cabellos rizosos contrastaban con la nariz chata, el labio superior abultado, muy largo, y la frente convexa, sin excesiva bóveda. El prognatismo apenas si era sensible pero desfiguraba en parte las facciones del que esperaba a que Gabin hablase. El guía, sin embargo, pese a la creciente tensión emocional, no manifestaba prisa alguna. Su mirada, apartándose de la de Tawawur y de la del reyezuelo, se posó en los árboles próximos, en los que había multitud de monos de todas las especies.

—Tome los simios como blanco de sus disparos cuando llegue el momento.

—¿Cree que será necesario?

—Sí...

Nuevo silencio, más prolongado que el anterior. El hechicero, como en él era costumbre, iba posando su mirada en los miembros del safari. Al cruzarse con la de McKell se detuvo algo más que en los restantes componentes de la expedición, pero también apartó su vista al saberse observado por el guía, quien no cesaba de contemplar al rey en su deseo de hacer una demostración de aplomo, de seguridad en el futuro. El sol, que iniciaba su curva ascendente, iba dorando las cabañas y la tierra parduzca, cubierta en algunos lugares de una vegetación que circundaba la gran explanada central del poblado.

Cuando la voz de Peter se dejó oír, los hermanos Evatt y McKell sintieron una sensación de alivio. La quietud, el silencio, comenzaba a hacérseles insoportable.

—Venimos a despedirnos de ti, rey de los pigmeos; pero no lo consideres como una muestra de amistad. Queremos que sepas que tu comportamiento nos ha disgustado y que informaremos de él al gran jefe blanco. Traíamos valiosos obsequios. No te los hemos entregado porque tu conducta y la de los que nos rodean, con estúpida hostilidad, no ha sido digna del trato que nosotros estábamos dispuestos a daros. Nuestro disgusto es grande y, en el futuro, no consideraremos hermanos nuestros a los pigmeos.

Tawawur fue a responder a las palabras de Gabin, pero éste, alzando majestuoso su brazo derecho, se lo impidió:

—Aún no he terminado. Además, hechicero, no eres tú quien debes contestarme, sino el rey. Tu misión en la tribu es protegerla contra los malos espíritus y emplear tu «medicina», pobre «medicina», inferior a la mía, en su beneficio. Solo te permito que hables, si el jefe de la aldea reconoce públicamente que está dominado por ti, que es solo un pajarillo bajo la hipnótica mirada de la serpiente. Te escucho, Tawawur. ¿Mandas tú en la tribu?

El hechicero, notando fijas en él las miradas de los pigmeos, replicó con viveza:

—Soy un consejero de mi rey y el mejor de sus amigos. En lo que respecta al gobierno de la aldea, me someto a la autoridad, como él se somete en todo lo que respecta al mundo de los espíritus.

Hubo una nueva pausa, durante la cual, percibiéronse los chillidos de los monos y el piar de los millares de pájaros, de todos tamaños y colores, que saltaban de rama en rama en el inmediato bosque.

—Estoy dudando si, con mi «medicina» y la de mis compañeros, daros el castigo que merecéis; pero no es nuestro propósito sembrar la desolación entre los guerreros que nos contemplan. Ellos han obedecido órdenes de su rey y es el rey únicamente quien debe purgar su falta. Sin embargo...

Mientras hablaba, Gabin tenía el rifle entre sus manos, presto a hacer fuego. El jefe de los «negrillos»; africanos no perdía de vista el «Winchester» temeroso de que brotara por el cañón una lengua de fuego y le aniquilase. En su primitiva mentalidad consideraba más mortífero el rifle que el revólver por su mayor tamaño. La calavera que fue derribada de sobre su cabaña tenía un orificio en el cráneo cuando él la recogió para colocarla de nuevo. Peter amenazaba en la certeza de que al menor signo de debilidad, los pigmeos caerían sobre ellos, aniquilándoles.

—No deseo hacerte ningún daño, rey, aunque poseo poderes mágicos de los cuales ya te hice una demostración a nuestra llegada. Por si se te ha olvidado, ¡mira!

El guía, luego de volverse hacia el profesor de modo significativo, con asombrosa rapidez disparó hasta agotar las municiones de su rifle, secundado por Arthur Evatt y tomando como blanco a los simios más inmediatos. La puntería de los dos hombres

era extraordinaria y los pigmeos, horrorizados por los estampidos de las armas de fuego, pudieron ver como numerosos monos, sorprendidos por la agresión, caían a tierra desde las más altas ramas de los árboles para quedar inmóviles, bañados en sangre.

Gabin, mientras cargaba el «Winchester», observó la extraordinaria palidez del rey, pero nada dijo hasta que la recámara estuvo repleta de balas. Antes de hablar clavó sus acerados ojos en los del nativo, mirándole con fijeza durante varios minutos.

—Espero que no obstaculices nuestra marcha. ¿Pensabas retenernos como prisioneros?

El interrogado, trémulo aún, repuso:

—Desearía que continuaseis siendo mis huéspedes.

Un gesto irónico se dibujó en los labios de Gabin al preguntar:

—¿Pueden considerarse huéspedes los que se ven obligados a cazar para no morir de hambre? No; nada más lejos de la verdad. Esta vez Tawawur te aconsejó mal con respecto a nosotros: Somos mejores como amigos que como enemigos y tú has hecho lo posible para que nos consideremos ofendidos. ¡Da orden de que tus guerreros abran el círculo o apuntaré contra ti y contra ellos mis armas!

El rey temblaba de forma tan visible que Peter sintió lástima de aquel hombre, sometido a la despótica dictadura del hechicero. Como el indígena vacilara, el guía le apremió:

—¡Habla o mueres!

Titubeante, el amenazado miró a Tawawur, que permanecía imperturbable. Después, dijo:

—Los espíritus malignos asolarán la aldea, aniquilándonos a todos, si os dejamos partir. Ellos nos han pedido que os retengamos por considerar que constituís un peligro para la diosa blanca.

Gabin arrugó el entrecejo, en un gesto de extrañeza.

—¿Quién es esa diosa blanca de la que nunca tuve noticias?

—Gobierna varias tribus bantús y, aunque nadie ha conseguido verla, todos la adoran.

El rey parecía sincero en su respuesta. Peter, desconcertado, se volvió a Arthur Evatt, maravillándose de la palidez de su compañero. El guía no formuló ningún interrogante aunque tuvo la certeza de que el profesor no ignoraba la existencia de la mujer a la que se había referido el pigmeo. Lo único que interesaba era

alejarse de la aldea sin necesidad de entablar una lucha en la que, por muy favorable que les resultara, y no contaba con ello, siempre encontrarían la muerte varios de los miembros del safari. Apuntó a la cabeza del reyezuelo y, curvando el dedo sobre el gatillo del arma, exclamó:

—¡Da esa orden o...!

No era necesario que terminara la frase. Arthur

Evatt encañonaba al hechicero y Alcide Evatt, Leslie McKell y el capataz de los porteadores se aprestaba a disparar sus «Winchester».

Los pigmeos, atemorizados por la demostración anterior, miraban a su jefe y en todos los rostros había una expresión de súplica. Tawawur dijo al rey:

—Somos más que ellos y les aplastaremos.

La situación era intolerable para el sistema nervioso de los que, con los rifles empuñados, no tenían fe en salvarse. Peter, que comprendió las palabras del hechicero, ordenó a Arthur:

—Al menor signo de hostilidad destroce la cabeza de esa víbora. Lo que suceda después no importa. Él y el rey morirán.



— ¡Da esa orden o disparo!

3 — DIOSA

Repitió la frase en dialecto indígena para ser comprendido por Tawawur, y por el jefe de los pigmeos. El primero, seguro de que su enemigo cumpliría la amenaza, sin demostrar el temor que, sin duda, anidaba en su alma, susurró algo en el oído izquierdo del rey y este, con un gesto de alivio, ridículo en su magnanimidad, alzó la diestra en la que portaba una tibia humana.

—Marchaos antes de que sea tarde para vosotros.

Sin demostrar precipitación, Gabin volvióse a los porteadores para ordenarles que se dispusieran a partir, siendo obedecido con rapidez. Luego, previno a sus amigos:

—No demos la espalda a estos hombrecillos o nos acribillaran a lanzazos.

El círculo de pigmeos se rompió por uno de los extremos y, entre miradas amenazadoras y torvas expresiones, fueron desfilando los negros mientras el capataz, los hermanos Evatt, McKell y Gabin retrocedían despacio, atentos a todos los peligros. El paso de la sangre era acusado por los blancos en las sienes y en los pulsos como martillazos emocionales.

Una vez que hubieron abandonado el campamento indígena y mientras caminaban por el bosque, no decreció la vigilancia. Todos temían ser atacados de un momento a otro. La jornada resultó fatigosa y cuando la luz del sol empezaba a ser vencida por el crepúsculo, un ruido extraño, imposible de precisar en la distancia, hizo que el safari se detuviera. Al repetirse, ya más cercano, el sonido, los cargadores xulis arrojaron a tierra los fardos mientras se apresuraban a ocultarse detrás de los árboles más corpulentos. Alcide Evatt, que marchaba en vanguardia con él rifle apercebido, gritó:

—¡Son barritos de elefantes!

Apenas había pronunciado tales palabras cuando tres paquidermos se mostraron en el bosque. Parecía increíble que los enormes animales pudieran moverse con tanta rapidez. Los Evatt y el guía, veteranos de la vida en África, comprendieron que los elefantes estaban enloquecidos, tal vez por ser la época de celo. Eran machos, de grandes colmillos, y todo lo devastaban a su paso, complaciéndose, a veces, en apoyar las enormes cabezas sobre los troncos más débiles para, con espantosa facilidad, derribar árbol tras árbol.

Gabin, muy sereno, consciente de la gravedad de la situación, ordenó:

—¡Ocultémonos! ¡No nos han descubierto todavía!

Todos se apresuraron a obedecer a Peter, contemplando, fascinados, el demoledor avance de los proboscídeos.

—¡Pobre aldea la que encuentren a su paso! —comentó Arthur que se hallaba junto a Leslie McKell, parapetado detrás de un

gigantesco roble.

Los barritos, de tan intensos, ensordecían. Uno de los grandes animales, al hundir una de sus patas en un matorral, en una zona de hierba alta y espesa, pisó una serpiente boa. De nada le valieron al poderoso ofidio sus coletazos ni su extraordinaria fortaleza. La trompa del elefante se abatió con tal fuerza sobre la cabeza del reptil que este quedó muerto en el acto.

—Los que afirman que el rey de la selva es el león, no conocen África. El verdadero rey es el elefante —tornó a decir el profesor al etnólogo—. Si se ve obligado a hacer fuego apunte al cerebro. Las balas no son eficaces si se alojan en los cuerpos de los proboscídeos.

Uno de los porteadores, creyendo haber sido descubierto por los feroces mamíferos, que se hallaban muy próximos a él, corrió enloquecido con el propósito de huir. Un elefante, al advertirle, solo necesitó varios segundos para alcanzar al negro y, derribándole de un golpe de trompa, aplastarle el cráneo con una de sus pezuñas. El proboscídeo, al cambiar de posición y recibir el aire de cara, olfateó a los miembros del safari.

Conocedor de la extraordinaria capacidad de ataque de los grandes animales, Peter, abandonando su escondite se echó el rifle a la cara, oprimiendo el gatillo. El proyectil atravesó el cerebro del mamífero asesino, que se desplomó en tierra pesadamente. Los otros dos proboscídeos cargaron contra el guía quien, sin desconcertarse, tornó a disparar con el mismo mortífero acierto que la vez anterior, demostrando poseer unas excepcionales condiciones de cazador. El mamífero superviviente se hallaba ya a menos de cinco metros de distancia de Gabin y este, en la imposibilidad de precisar la puntería, saltó hacia la izquierda, sin esperanzas de salvarse. El elefante giró con rapidez y alzando la poderosa trompa se dispuso a golpear con ella a su enemigo. Los hermanos Evatt, que se hallaban en posición desfavorable por haberse visto sorprendidos por el inesperado movimiento, corrieron a situarse de forma que sus proyectiles fueran eficaces, aún en la certeza de que llegarían tarde para evitar la muerte de Peter.

Leslie McKell, excitado, pese a no considerarse un buen tirador, oprimió el gatillo de su «Winchester» y la Providencia quiso que el plomo se alojara en el extremo de la trompa, de gran sensibilidad. El animal que ya iba a descargar su musculoso apéndice sobre la

cabeza del guía, lanzó un impresionante barrido y no asestó el golpe mortal, volviéndose hacia su nuevo enemigo. Alcide y Arthur aprovecharon el giro de la enorme cabeza para disparar a la vez. Ambos eran buenos cazadores y las dos balas se hundieron en zonas vitales del proboscídeo, quien cayó pesadamente a tierra.

Peter volvióse hacia los dos hermanos y dijo, aún excitado por el peligro que acababa de correr:

—Gracias. Me salvaron la vida.

—Y usted a los demás, Gabin, eliminando a los elefantes anteriores. Sin embargo, nosotros no hubiéramos actuado a tiempo a no ser por el alarde de serenidad de McKell. ¿Apunto al extremo, de la trompa Leslie?

El etnólogo, enrojeciendo, repuso:

—No. Tomé como blanco la cabeza; pero el animal hizo un extraño movimiento y...

—De todas formas, su disparo me libró de morir, McKell. ¡Pobre porteador! Le daremos sepultura. Karema: quédate con los cargadores y manda hacer un hoyo profundo. ¿Me acompañan?

Los hermanos Evatt y Leslie asintieron con una leve inclinación de cabeza y los cuatro hombres caminaron hasta encontrar un sitio adecuado para establecer el campamento nocturno. Era un pequeño claro del bosque en el que, por su suelo rocoso, no crecía la vegetación. A unos diez metros deslizábase un arroyuelo cuyas orillas estaban cubiertas de hierba y de flores. El aire encalmado del atardecer acariciaba los sudorosos rostros de los expedicionarios quienes, mirándose con una sonrisa, se dijeron, sin palabras, el enorme bienestar que les invadía después de vencer el peligro representado por el ataque de los elefantes y de encontrar tan delicioso lugar de descanso.

—Sin ánimo de dar comienzo a una discusión de tipo religioso —dijo Gabin—, no me asombraría si se descubriera que el Paraíso Terrenal a que aluden las Sagradas Escrituras estuvo situado en el Continente Africano. ¿Volvemos a buscar a los negros?

—No es necesario que vayamos todos. Ve tú, Alcide. Que te acompañe McKell.

El profesor hizo un guiño significativo a su hermano y este, intuyendo tal vez cuáles eran las intenciones de Arthur al alejar al etnólogo, tomó del brazo a Leslie, con ademán amistoso. Una vez

que los dos hombres se hubieron perdido de vista, Peter, acomodándose sobre un saliente de roca, con el rifle a su izquierda, dijo:

—Le escucho, Evatt. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—¿Cómo sabe...?

—Lo adiviné. Además, estoy seguro de lo que va a hablarme.

Una sonrisa mitad irónica, mitad cordial se dibujó en los labios del profesor.

—¿De veras?

—Sí. Usted palideció al oír referirse a esa pretendida diosa blanca que, en el mejor de los casos, de no tratarse de una invención, será una mujer menos negra que las indígenas.

—No, no se trata de una invención.

—¿Está seguro?

Los ojos del guía se clavaron inquisitivos en los de Arthur quien, estremeciéndose ante el recuerdo, repuso:

—Sí. Yo amo a la que desean proteger los pigmeos, hace tres años, en Uganda. Es una triste historia que...

Como el profesor guardara silencio, visiblemente conmovido, Peter se apresuró a decir:

—Nada le obliga a referirme su pasado.

—¡Es necesario! —replicó con voz ronca el mayor de los Evatt—. Hice que mi hermano se llevara a McKell porque no le considero capaz de disculpar las debilidades de los hombres. ¡Es muy civilizado!

Pese a que para Arthur la evocación era dolorosa, no pudo evitar que una sonrisa iluminara sus facciones, por la paradoja de su anterior frase. Gabin, serio el semblante, asintió:

—Sí. Tiene usted razón. Hay cosas que solo se comprenden en África y por los que hemos asimilado el aire y el sol de estos territorios.

El guía extrajo su bolsa de tabaco y apelmazó su cachimba, encendiéndola. Tan abstraído estaba, tan intrigado por lo que el profesor pudiera decirle, que se olvidó de ofrecerle. Al ver a Evatt disponerse a cargar su pipa de otra bolsa de tabaco, enrojeció.

—Perdone. Tome del mío.

—Carece de importancia.

Los dos hombres fumaron en silencio durante varios minutos. El

profesor tomó asiento a la espalda de Peter, no deseando que le mirara mientras hablaba. Luego, con voz lenta, comenzó:

—Todos tenemos algo en nuestro pasado que no responde a la norma de conducta de la madurez. Voy a referirle mi historia porque lo estimo imprescindible para el futuro.

Arthur guardó un breve silencio, aspirando con ansiedad el humo del tabaco, que, envolviendo su rostro, pareció ocultarle durante unos segundos en blancas túnicas rizosas...

—Hace veinticinco años...

El guía, al no ver a su interlocutor, cerrando los ojos revivía todas y cada una de las incidencias a que el profesor iba haciendo referencia...

IV

EVOCACIÓN DEL PASADO

—CUANDO se tienen pocos años y se han vivido cinco en África se cree que estas tierras no poseen secretos, cuando lo cierto es, y así lo dice mi experiencia, que todo se ignora. Mi hermano y yo fuimos siempre dos polos opuestos. A él le gustaba el estudio, la geología principalmente; a mí las diversiones, las mujeres y el juego; pero todo sin medida, con pasión. Sin embargo, me hice profesor mercantil, no sin que la suerte me ayudara. Voy a referirme únicamente a lo que importa y ello es que dispuse y perdí a los naipes varios miles de libras que no me pertenecían. Estaba empleado en una casa de banca. Para no ir a la cárcel me interné en la selva y, a través de los feraces y pantanosos territorios de Uganda, pasé al Congo belga., luego de atravesar el lago Alberto por el Sur. Al llegar a Irumu, casi en el nacimiento del río Aruvimi, seguro de que a allí no llegaría la ley inglesa, decidí instalarme de forma definitiva, al menos hasta que el futuro dispusiera otra cosa. Más tarde supe que mi hermano pagó al Banco lo sustraído por mí, consiguiendo que el asunto fuera olvidado con rapidez... Me convertí en un cazador profesional y, con no pocas aventuras, fui viviendo feliz, porque para mí la felicidad siempre consistió en la ausencia de obligaciones rutinarias.

Los pájaros, al retirarse a sus nidos, formaban una extraordinaria algarabía, dando vuelos cortos de rama en rama cual si quisieran cerciorarse de la llegada del crepúsculo, que el instinto les avisaba.

—Confieso que me convertí en un hombre melancólico, huraño a veces. Quizá por eso no fui nunca popular. Jamás aceptaba dirigir safaris de importancia, sobre todo si eran ingleses sus organizadores, a fin de evitar que a su regreso a Uganda o Tanganica se refirieran a mí poniendo sobre la pista a las

autoridades británicas, de excelente memoria cuando se trata de saldar deudas con la justicia. Con la madurez fui adquiriendo conciencia de la responsabilidad. De Irumu marché a los poblados próximos al lago Tanganica, siempre en el Congo, y, viviendo como un nómada, a veces solo de lo que cazaba, y contratando mis servicios a los que habitaban en las ciudades para organizar pequeñas expediciones, casi todas con fines lucrativos, transcurrieron quince años. La nostalgia me invadía con tal fuerza que en no pocas ocasiones estuve tentado de volver a Uganda con el deseo de saber lo ocurrido a mi hermano aunque pagase tal acto con la cárcel, ¡con la cárcel por ladrón!

Una tos seca, bronca, tos nerviosa, rasgó el silencio. El guía escuchaba sin moverse, con los ojos entornados.

—Al fin me decidí, de esto hará tres años. Al atravesar la frontera que separa el Gongo Belga de las tierras bajo el dominio británico lo hice por una zona inexplorada, salvaje, por una zona de pantanos, la situada entre los lagos Alberto y Alberto Eduardo. Mi destino era Kampala. Llevaba un puñada de libras esterlinas, fruto de la venta de pieles a una de las factorías belgas, provisiones en un fardo sujeto a mi espalda, el rifle, dos revólveres y un machete. Habitado a los peligros de la selva, me sentía seguro. Los mosquitos me torturaban espantosamente. Los había a millones en las charcas, sobre los pantanos. Me di cuenta de mi temeridad cuando era tarde, cuando consumido por la fiebre avanzaba como un autómatas. De pronto caí y al despertar imaginé que era presa del delirio. Una mujer blanca, ataviada con pieles de leopardo, me miraba con una sonrisa de afecto. Junto a ella, un negro bantú, de horrible rostro tatuado. Para acortar la historia y a fin de que no nos interrumpa la llegada de McKell, supe que permanecí cerca de dos semanas inconsciente, al borde de la muerte y que ya me encontraba fuera de peligro.

Nueva pausa, esta vez brevísima.

—Al parecer volví a dormirme. A la mañana siguiente con la ayuda del indígena pude ponerme en pie y en dialecto bantú, que había aprendido en mis años en la selva, por mis frecuentes contactos con los nativos, supe también que la muchacha era protegida por el negro, quien la quería como una hija. Recordé entonces que épocas atrás había oído referirse a una diosa blanca y

hasta algunos indígenas me dijeron que exigía tributos en oro y pieles por mantener su protección sobre las aldeas. ¡Son tantas las leyendas sobre África que la creí una más, sin otro fundamento que las supersticiones de los nativos!

La cachimba de Evatt habíase apagado y el hombre la encendió con pulso trémulo. Gabin continuaba inmóvil, como una esfinge de bronce, tal era el tono de su piel, curtida por el sol y el aire del Continente Negro.

—Mi debilidad era grande, por lo que permanecí junto a aquellos dos extraños seres cerca de un mes hasta reponerme por completo. La joven, de apenas dieciséis años, a juzgar por su rostro, casi infantil, me demostraba una predilección extraordinaria. No sabía ni una palabra de inglés conociendo, en cambio, el dialecto bantú. Me dijo que jamás había visto a nadie que tuviera su mismo color de piel y que vagaban por los bosques llegando, en ocasiones, a atravesar el Congo Belga para recoger regalos que las tribus dejaban en zonas indicadas previamente por el negro. La figura del indígena era majestuosa. Me recordó a Tawawur, aunque impresionaba más todavía, quizá por la pujanza de sus músculos y el brillo dominador de su mirada. Una tarde, en la cabaña de ramas y barro en que habitábamos, muy semejante a las que utilizan los negros karamojos, debajo de la piel de león sobre la que la joven se acostaba descubrí una medalla de oro con una fecha y un apellido: «13 de mayo de 1936-Randall». Examinaba el disco cuando fui sorprendido por el negro, el cual con violencia, me le arrebató de las manos, abandonando la choza. Entonces tuve la certeza de que aquella joven era inglesa y estaba siendo víctima de la ambición de un hombre, quien la utilizaba para obtener algo que entonces y ahora escapa a mi inteligencia. ¿Para qué quería el negro el oro y, los obsequios de las tribus?

Si Arthur esperaba que Peter respondiera a la pregunta, se equivocó. El guía continuaba imperturbable, sin volver la cabeza ni aun para mirarle.

—Aunque me encontraba en condiciones de reanudar mi viaje a Uganda, lo demoraba con múltiples pretextos, mintiendo al afirmar que no me sentía con ánimos para internarme en la selva. El indígena adoptó una actitud prudente, desconfiada. Apenas si hablábamos. No por mi culpa, desde luego. Me harté de formularle

preguntas sin obtener respuestas y preferí guardar silencio, centrando todo mi interés en la muchacha. Tampoco resultaban fáciles mis diálogos con ella. El negro se hallaba siempre dispuesto a interrumpir con su presencia nuestras conversaciones. Sin embargo, no podía evitar que los dos nos mirásemos, sintiéndonos atraídos mutuamente. Entonces yo contaba cuarenta y siete años y conservábame más joven que ahora. La vida en la selva no envejece como algunos afirman. Por el contrario, impide que los músculos se cubran de grasa y da al organismo una fortaleza, una vitalidad que jamás se consigue con la vida sedentaria. El casi constante peligro aquilata el espíritu. Yo podía y puedo considerarme un hombre joven.

El profesor calló una vez y se dispuso a reanudar el monólogo, con una sensación de alivio por haber remontado la parte más escabrosa de su historia.

—Una noche, cuando fumaba mi pipa a escasa distancia de la cabaña que servía de dormitorio a la mujer, ella salió y, despacio, con la mirada fija en el indígena, que roncaba sobre una piel casi a la entrada de la choza, se dirigió a mí. No cruzamos palabras. No eran necesarias...

Una sonrisa triste y un carraspeo de Arthur marcaron una nueva pausa en el relato.

—No habíamos hecho más que abrazarnos, dejándonos arrastrar por el impulso, cuando el negro despertó y, poniéndose en pie, acercóse a nosotros. El breve diálogo que sostuvimos quedó tan grabado en mi memoria que puedo reproducirlo sin dificultad. ¡Tantas veces le he evocado en mis soliloquios!... El indígena, pareciendo querer fulminarnos con la mirada, exclamó:

—«¡Vuelve a la cabaña, Raga!»

La aludida obedeció, atemorizada. Comprendiendo que el lazo que unía a aquellos dos seres no era el del cariño y sí el del temor y la conveniencia, intervine con aspereza.

—«Ningún derecho tiene sobre ella. ¡Vendrá conmigo!»

—«No se le ocurra intentar llevársela.»

No cambiamos más palabras. El negro volvió a acostarse, esta vez obstruyendo por completo la salida de la cabaña y yo, tras permanecer meditando largo rato, me acosté también, sin poder conciliar el sueño hasta transcurridas varias horas. Para mí, Raga lo

era todo. Durante muchos años había vivido como un lobo solitario, obsesionado por un delito de juventud, luchando y defendiéndome en las duras tierras africanas. ¡No estaba dispuesto a ceder a la muchacha aunque para ello tuviese que matar al que ejercía tan despótica tutela! Aquella noche debí tener fiebre. Al despertar bebí un trago de agua de una vasija de barro y pude distinguir al negro con la mirada fija en la tierra y haciendo extraños signos. Al ver que me había despertado se arrodilló y, llamando a Raga, hizo que la muchacha se colocara detrás de él. Luego, con voz solemne, anunció:

Arthur Evatt guardó un largo silencio, cual si quisiera recordar con exactitud las palabras del indígena.

—«He invocado a los espíritus para pedirles que te aniquilen por intentar apoderarte de la diosa blanca. Comprendo que te hayas enamorado de ella y voy a perdonarte la vida aunque haciéndote una terrible demostración de mi poder. Raga y yo desapareceremos detrás de una cortina de fuego mientras tú pierdes el conocimiento. ¿No es cierto que empiezas a sentirte turbado?»

—En efecto, Gabin —prosiguió Arthur—. Notaba una flojedad en todos mis miembros, una especie de desmayo, una creciente laxitud... Desesperadamente llevé la diestra a uno de los revólveres y, desenfundándole, oprimí el gatillo. Sonó un disparo, pero el indígena, mirándome a la cara, lanzó una sonora carcajada. Mi puntería ha sido siempre excelente y estaba a menos de diez metros de mi enemigo. Hice fuego hasta agotar los cartuchos, sin herir al que continuaba riendo, ¡riendo!...

El guía dióse cuenta de que la evocación de Arthur Evatt empezaba a adquirir un tono tenso, dramático; pero fiel a su propósito de no interrumpir al profesor y de no perder tiempo con preguntas, permaneció silencioso, escuchando con avidez. ¡Tan extraordinario era lo que oía!

—Tiré el revólver al suelo y, muy aturdido ya, viendo cómo se desdibujaban las figuras del negro y de la muchacha, esgrimí el otra arma corta, disparando de nuevo. Tampoco obtuve éxito. Tambaleándome, con el machete oprimido con fuerza entre mis dedos, avancé unos pasos dispuesto a matar al indígena. Una barrera de fuego se alzó de la tierra y ya no recuerdo más. Al despertar era noche cerrada. Recogí los dos revólveres y,

cargándoles, pasé revista a lo ocurrido, estremeciéndome. Desde entonces jamás me burlo de la magia negra...

La voz de Arthur sonaba bronca, plena de angustia, Gabin, poniéndose en pie, paseó meditativo.

—¿No volvió a tener noticias de la diosa blanca y del que la acompañaba?

Sin responder de forma directa a la pregunta, el profesor habló de nuevo:

—Fue en vano que intentara encontrar las huellas de Raga. Convencido de que la había perdido para siempre, sin importarme las consecuencias de mi regreso a Uganda, como un autómatas, tanta era mi desesperación, llegué a Entebb. Al preguntar por mi hermano Alcide, supe que se había trasladado al África Ecuatorial Francesa y que residía en Buala, en el Camerún, donde compró terrenos para plantaciones de algodón, café y cacao. Inquirí si era rico y obtuve una respuesta sorprendente en el sentido de que realizaba investigaciones mineralógicas para el Gobierno, percibiendo un fabuloso sueldo y comisiones por los beneficios de las minas que descubría. Me pareció absurdo dar a nadie lo que uno encuentra y conformarse con las migajas. Más tarde he comprendido que Alcide estaba y está en lo cierto. Soltero, huérfano de padres, creyéndome muerto, no quiso complicarse la vida. ¿A quién iba a dejarle una gran fortuna? Se conformó con una existencia grata, considerado como un alto funcionario oficial, realizando un safari científico cada dos o tres años. Al ir a despedirme del que me informaba, él, con una sonrisa, dijo haberme reconocido, agregando que nada tenía que temer. Bendié la noticia del pago que hizo mi hermano del dinero sustraído por mí y agotó los fondos de que disponía para trasladarme al Camerún. No hubo explicaciones entre nosotros dos, salvo las afectivas. Desde entonces vivimos juntos. Él me sabe torturado por el recuerdo de Raga.

Peter Gabin, con una sonrisa, preguntó al profesor:

—¿Cuál es el verdadero motivo de esta expedición?

Sin turbarse, el interrogado repuso:

—Voy a decírselo. El fundamental, el hallazgo de la mujer a que acabo de referirme. De paso, investigaremos mineralógicamente y McKell hará un estudio sobre pueblos, razas y costumbres.

—¿Cómo es que nunca oí hablar de la diosa blanca? — inquirió

el guía.

—Los negros no se refieren a ella jamás, salvo en casos desesperados. Trae mala suerte.

—¿No les ampara ella contra la adversidad?

—Solo a cambio de pieles, oro o diamantes. Lo cierto es que Raga es un azote de las tribus. ¿Cómo consigue imponer su voluntad? —el profesor encogióse de hombros, en claro signo de ignorancia—. Es de suponer que el indígena que la acompaña amenace a los nativos con terribles represalias. ¿Por dónde anduvo estos últimos años, Peter?

—Hacia el Norte, muy cerca de la frontera que separa el África Ecuatorial Francesa del Sudán.

—Entonces se explica su ignorancia sobre la diosa blanca. Me conoce ya de cuerpo entero, Gabin. ¿Ha disminuido su estimación hacia mí?

Peter, por toda respuesta, tendió su diestra al profesor, estrechándosela con fuerza. Después, dijo:

—¿No averiguó nada con respecto a la fecha y al apellido de la medalla?

—Sí. Escribí a Tanganica, a Nairobi concretamente, y obtuve respuesta. En ella se me decía que... Ya hablaremos en otra ocasión. Mi hermano, McKell y los porteadores se acercan.

En efecto. Minutos más tarde todos los miembros de la caravana saciaban el apetito con voracidad. Acabada la cena y siguiendo las instrucciones del guía, cuya misión era garantizar la seguridad del safari, los indígenas encendieron tres hogueras, formando un triángulo. Un leve viento hizo arrugar la frente a Gabin, gesto que fue observado por el etnólogo.

—¿No le agrada dormir acariciado por la brisa?

—Temo que no descansaremos ninguno. ¿Ve usted alguna estrella, Leslie?

—No... Sí... Allí hay varias y... Ahora se han cubierto. ¿Teme un temporal?

—Sí. ¿Pasó alguno en la selva?

—Soporté varios, pero en ciudades del Camerún. ¡Son impresionantes! ¿No se previene contra la tempestad?

—No es necesario. Observe a los negros.

Los porteadores charlaban animadamente con el capataz.

Karema se aproximó al guía para preguntarle:

—¿Construimos un cobertizo?

—Sí; desde luego. No es necesario que os deis demasiada prisa. Aún tardará en desencadenarse la tormenta.

Los negros, con grandes hojas de bananos, utilizando lianas, formaron una especie de tejado en declive, sin otro sostén que el de cinco gruesas ramas, una en cada extremo y otra en el centro. El etnólogo se asombró de la rapidez con que actuaban los indígenas.

—Descansemos hasta que el agua nos lo permita.

—La jornada fue muy fatigosa —dijo el guía—. Echaremos a suertes las dos primeras guardias.

—¿Por qué no las cuatro? —inquirió McKell.

—Cuando ruge la tormenta nadie es capaz de dormir. Entonces nos convertiremos todos en centinelas. No debemos olvidarnos de los pigmeos y mucho menos de Tawawur.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Leslie al oír el nombre del hechicero. El guía tomó cuatro pequeños palos, según en él era costumbre, y los introdujo en su sombrero. Leslie y Alcide sacaron los más largos, por lo que podían entregarse: al descanso. El profesor quiso hacer el primer turno de vela, pero Gabin no se lo permitió:

—Descanso usted. Yo le prepararé todo de forma que la tormenta no estropee el contenido de los fardos. El capataz me ayudará.

Diez minutos más tarde, los porteadores, los hermanos Evatt y el etnólogo se tumbaban en el suelo, sobre lonas o mantas de viaje mientras el guía y Karema amontonaban los fardos debajo del cobertizo, colocándoles de forma que aunque el agua atravesara la techumbre de hojas la mercancía apenas si sufriera los efectos de la humedad. Una vez que hubieron terminado, Gabin ordenó al indígena:

—Descansa. Lo necesitas.

—Hazlo tú. Yo puedo velar.

Los dos hombres, de distintas razas pero de sano corazón, se miraron con ojos en los que brillaba el afecto.

—No, Karema. Duerme. Yo, por muchas razones, no podría hacerlo.

El negro, conocedor del recio carácter de Peter, no insistió y,

tendiéndose cerca de la mercancía, no tardó en dejarse vencer por el cansancio. El guía, en pie, meditativo, no pudo sustraerse al recuerdo del pasado de Arthur Evatt. ¿Por qué le obsesionaba la certeza de que, quizá, no lejos de allí se encontraba una mujer blanca a la que los nativos consideraban una diosa? Era absurdo pensar que el profesor hubiera sido víctima de una alucinación.

¡Qué grata la caricia del viento después de haber caminado durante una inacabable jornada, tensos los músculos y los nervios!

Encendió su cachimba, mirando después, con gesto indescifrable, a los que dormían, confiados en su lealtad. Como en tantas otras ocasiones, movimiento que hacía siempre que se encontraba a solas, extendió ambas manos, contemplándolas al resplandor de una de las fogatas. Sus dedos eran anchos, cubiertos de vello por la parte superior. Las arrugas de las articulaciones eran profundas.

«No son las de un aristócrata» —pensó el guía.

Un rugido se alzó muy próximo; pero Gabin no se molestó en inclinarse para coger el rifle. Estaba seguro de que ninguna fiera iba a atreverse a saltar la barrera de llamas de las tres fogatas.

Con ojos de experto examinó el terreno. ¡Ningún sitio mejor que aquel para acampar con vistas al temporal que se avecinaba! El suelo rocoso, en declive, no absorbería el agua, sino que, por el contrario, al despedirla, garantizaba la no formación de charcos. Por si ello fuera poco, aquella zona estaba a mayor altura que el bosque. Se encontraban a salvo de una supuesta inundación así como de las descargas eléctricas, atraídas en mayor número por los árboles.

¡La diosa blanca! ¿Por qué volvía el recuerdo a la mente de Peter, haciéndole estremecer?

Tornó a mirarse las manos, de hombre de lucha, y una frase, la que decidió su futuro y que se había grabado a fuego en su cerebro, asaltándole con inusitada violencia, pareció borrar de su mente lo que no fuera el ansia de desquite que le dominaba desde años atrás.

—«Esos dedos no son los de un cirujano. Abandone la carrera. Le vaticino un fracaso rotundo y...»

Una carcajada interrumpió el curso de las ideas de Gabin quien, sorprendido, atribuyendo a una alucinación lo que acababa de oír, volvióse con rapidez hacia el sitio de donde surgió el sonido, que

repitióse de nuevo, con tono de metálica agudeza. ¡Era un hombre el que reía! ¿Desde dónde? Miró a las copas de unos robles en las que se reflejaban los resplandores de las hogueras.

De nuevo imperó el silencio. Solo entonces, Gabin, inclinándose, tomó el «Winchester» en su diestra. Sus facciones se hallaban contraídas, no por el espanto, sino por la sorpresa. ¿Quién vagaba por el bosque bajo la amenaza de un temporal, en plena noche, expuesto al ataque de los animales carniceros que acechaban sus presas? ¿Quién reía?

La carcajada tornó a repetirse por dos veces más. Ninguno de los miembros del safari pudo oírla porque su sueño era muy profundo debido a la, fatiga. Un trueno lejano retumbó en la bóveda celeste...

Capítulo V

LA AMENAZA DE LA DIOSA BLANCA

YA amanecía cuando cesó la tempestad, una tempestad tan fuerte que Gabin y los hermanos Evatt no recordaban otra igual. El cobertizo de estacas y hojas de bananos resistió bien el agua y aunque las hogueras se apagaron, ningún animal salvaje atacó a los expedicionarios. Todos se hallaban ocupados en defenderse del aguacero dentro de sus madrigueras o en huir de zonas bajas. El instinto les advirtió con tiempo del temporal.

Peter Gabin, que a nadie había comunicado lo que oyera poco antes de que sonara el primer trueno, dispuso que el safari avanzara por el bosque en doble fila a fin de que fuera menor la distancia entre el primero y el último de los porteadores y más fácil la vigilancia. Los Evatt no formularon preguntas, estimando acertada la decisión, así como tampoco Leslie McKell.

Después del desayuno y de aguardar varias horas con el fin de que el terreno absorbiera la mayor cantidad posible de agua, la expedición reanudó la marcha. La inquietud del guía, traslucida por sus continuos desplazamientos a vanguardia y a retaguardia, provocó una pregunta del profesor:

—¿Teme un ataque de los pigmeos?

—Sí; aunque no es ello lo que más me preocupa.

—¿Qué es lo que más lo preocupa?

Gabin tardó unos minutos en responder. Cuando lo hizo posó su mirada en la de Arthur, deseoso de adivinar sus reacciones.

—La diosa blanca o, para ser más claro, el negro que la acompañaba.

El profesor se inmutó.

—¿Qué le hace pensar así?

Peter, al que obsesionaba el recuerdo de las carcajadas,

rezagándose, refirió al mayor de los Evatt lo ocurrido mientras todos dormían. No hubo gesto de incredulidad en Arthur, quien dijo:

—Considero innecesario preguntarle si se trataba de la risa de la hiena. No quiero hacerle la ofensa de suponerle alucinado. ¿Por qué relacionó tal fenómeno con mi historia?

—No lo sé. No puedo explicármelo. ¿Desea usted encontrar a esa mujer?

—Sí. Ya se lo indiqué al revelarle mi pasado, omitiendo lo que averigüé respecto a la medalla y...

Los últimos porteadores se habían perdido entre el bosque, no siendo visibles para los dos blancos. Gabin, con plena conciencia de su responsabilidad, interrumpió al profesor:

—Ya me lo referirá en otra ocasión. No corramos ningún riesgo. Reunámonos con nuestros camaradas. Los pigmeos, los bantús o quienes sean pueden atacarnos en cualquier momento. Distanciarnos es un grave error.

Evatt, comprendiendo la razón de las palabras del guía, fue el primero en avanzar con rapidez, seguido por Peter. Tardaron breves minutos en ver las espaldas de los negros. Se extrañaron que estuviesen parados.

—Tal vez Alcide nos echó de menos y ordenó detenerse — comentó Gabin.

—No lo creo. Algo ocurre. Escuche.

Un griterío rasgó el silencio. Los nativos chillaban asustados y varios fardos cayeron a tierra. No pocos indígenas, sin duda los que marchaban en cabeza, corrieron a ocultarse detrás de los troncos de grandes árboles. El guía y el profesor, que corrieron con el propósito de averiguar qué nuevo peligro amenazaba a la expedición, detuviéronse sorprendidos al ver a Alcide, a McKell y a Karema, con los rifles en disposición de disparar apuntando al suelo.

—¡Serpientes! — exclamó Arthur.

—¡Víboras de la peor especie! diría yo mejor —repuso Peter—. Jamás tropecé con tantos ofidios. ¡Qué extraño! Hay reptiles de varias especies y todos adoptan la misma actitud.

Más de quince víboras, predominando las de anteojos, alzaban su cuerpo apoyándose en la cola y, con la lengua fuera, antena de

sensibilidad, cerraban el camino al safari. Excepto en la zona ocupada por los peligrosos animales, algo más elevada, el bosque era un espeso barrizal.

Los indígenas, al observar la tranquilidad de los blancos, quienes tenían las armas dispuestas para ser utilizadas, temerosos de disparar por ser muy difíciles los tiros y mortales las mordeduras de los ofidios si se lanzaban al ataque, cesaron en sus voces de espanto y entonces todos pudieron escuchar un sonido leve, armonioso...

—¡Alguien sostiene ahí a las serpientes, hipnotizándolas con la música! —exclamó el guía, retrocediendo para susurrar unas palabras al oído del capataz de los porteadores, quien se apresuró a retroceder para deshacer uno de los fardos dejados en el suelo por los nativos.

—¿Qué se propone, Peter? —inquirió Arthur, en tono de voz que era un susurro.

—¡Cazar al que nos ha preparado esta trampa y prevenirme antes de que lance a los ofidios contra nosotros!

—Tal vez pretenda aterrorizarnos únicamente —repuso el profesor.

—Es posible. Sin embargo... ¿Lo encontraste, Karema?

—Sí.

El indígena, con sumo cuidado, tendió al guía dos cajas de madera, de pequeño tamaño. Gabin, entregando su rifle al capataz, musitó:

—Arrójense al suelo cuando me vean alzar la mano derecha. Los negros están fuera de peligro. Imítenme en todo.

Peter retrocedió unos metros mientras abría uno de los recipientes de que el capataz le hizo entrega, sacando de él una esfera metálica en la que manipuló unos segundos, arrojándola después contra los reptiles. Un horrísono estallido ensordeció a los miembros del safari. Aún no se había extinguido el eco cuando una segunda granada terminó de envolver a los hombres en una nube de polvo. Gabin acababa de lanzar dos bombas contra los ofidios, único medio de acabar con ellos.

Expuesto a recibir la mordedura de una víbora, que no hubiese sido muerta por las explosiones, el guía, tosiendo a causa del humo, de nuevo con el rifle en la diestra, avanzó encorvado, cruzando la zona ocupada minutos antes por los reptiles. Estaba seguro de que

el hombre que «encantó» a los ofidios con la extraña música debía hallarse cerca y era preciso que le capturara para saber si solo se intentó asustarles o, por el contrario, la presencia de las serpientes implicaba un ataque que él, al actuar con rapidez, no permitió que se produjera.

Peter volvióse al sentir pasos a su espalda. Los hermanos Evatt y McKell se le aproximaban.

—¡Regresen junto a los negros! ¡Todas las precauciones son pocas!

—Pero... —quiso oponer el profesor.

—¡Hagan lo que les indico! —tornó a ordenar el guía, con voz tensa—. Usted quédese conmigo, Leslie. No podemos perder tiempo.

Los dos hermanos retrocedieron y el etnólogo se reunió con Gabin para, a su lado, sin cruzar palabra, atento a todos los peligros, recorrer más de una milla, en círculo sin descubrir huellas de vida. El silencio era absoluto. Las explosiones habían hecho huir a monos y pájaros, los más alborotadores, así como a todos los animales salvajes.

Después de hora y media de incesante búsqueda, Peter y Leslie, desalentados, reuniéronse con los restantes miembros del safari. El mal humor de sus rostros era tan evidente que ni Arthur ni Alcide formularon pregunta alguna.

—¡Sigamos! —dijo el guía, hosco el semblante.

Los porteadores, a una orden del capataz, se apresuraron a cargar los fardos sobre sus cabezas. Gabin, conocedor de las supersticiones indígenas, con una larga rama apartó los mutilados cuerpos de los reptiles. Los porteadores pasaron temerosos, tranquilizándose solo al hallarse a alguna distancia de los ofidios.

—¡Ve delante, Karema! ¡Enseguida me reúno contigo!

El capataz hizo lo que Gabin le indicaba, por lo que no pudo oír la pregunta de Arthur:

—¿Puso usted bombas de mano en uno de los fardos?

—Ya lo ha visto.

—¿Por qué no las utilizó en el poblado de los pigmeos, para una demostración de «magia»?

—No lo consideré necesario. Además, conviene reservarse triunfos. Tawawur, el rey y sus guerreros conocen nuestros rifles, pero no los destructivos efectos de las granadas. Si en alguna

ocasión se lanzan al ataque, su espanto será mayor. Hay otra razón además de la expuesta para que no malgastara una bomba en la aldea indígena. Solo preparé, en estuches independientes, una docena de ellas. Hay que escatimarlas. Me temo que...

El guía guardó silencio, palideciendo. Un tambor comenzó a sonar, muy lejos, hacia el norte. El sonido era intermitente.

—El telégrafo de la selva —comentó Arthur.

—¡Sí! ¡Nunca pude comprender esos ruidos! —repuso el guía—. Detengámonos hasta mañana. Quiero hablar con ustedes de un asunto que, por su gravedad, requiere ser meditado.

Los hermanos Evatt se miraron. Arthur fue a decir algo, pero Alcide, poniéndole una mano en el hombro, se lo impidió para preguntar a Gabin:

—¿No ha pensado que podemos recorrer aún varias millas?

—Lo sé. Sin embargo... ¿Tienen confianza en mí, me suponen un cobarde?

—En absoluto —apresuróse a replicar el profesor—. Probó su valor en muchas ocasiones y nuestra fe en usted es absoluta.

—Entonces... ¡preparemos el campamento! Los negros se muestran muy inquietos. Obsérvelos. Ellos sí entienden lo que dicen esos tambores. ¿Qué hay, Karema?

—Están comunicando de una tribu a otra el paso del safari. No cesan de repetir el mismo mensaje.

—Lo imaginaba. Acamparemos por hoy.

Encendida una gran hoguera sobre la que los nativos, bajo las indicaciones del capataz, colocaron las grandes ollas metálicas, para que en ellas, mediadas de agua, pudieran disolverse pastillas de caldo concentrado, los cuatro blancos cambiaron impresiones.

—Habremos de dejar que transcurran varias horas antes de intentar abatir una gacela o un antílope de un tiro —dijo Peter—. En ese plazo los animales se olvidarán de las explosiones. Para la cena dispondremos de carne asada.

Como Karema entendía el francés, aunque le hablaba defectuosamente, Gabin creyó oportuno retirarse con Leslie y con los hermanos Evatt a un lugar en el que su diálogo no pudiera ser oído. Los tambores continuaban inundándolo todo con su alucinante sonido.

Alcide ofreció su bolsa de tabaco y los cuatro hombres llenaron

las cachimbas, acomodándose a unos quince metros del campamento, de forma que les fuera posible acudir en unos segundos en socorro de los indígenas en el caso de producirse un ataque.

—¿Va a aconsejarnos que desistamos del safari, Gabin? —inquirió Arthur.

—Así es, profesor. Creo que tal idea ha pasado por la mente de todos. ¿Me equivoco?

La mirada del guía se posó en McKell y en Alcide, quienes asintieron con el gesto.

—Les agradezco su sinceridad... Si las tribus de estas regiones rinden culto a la diosa blanca y se concitan contra nosotros por considerarnos un peligro, no saldremos vivos del bosque —el mayor de los Evatt fue a hablar, pero Peter se lo impidió—. Por favor, no me interrumpa. Se me ha encargado de dirigir la expedición. Acepté gustoso, satisfecho de ir en compañía de dos veteranos conocedores de África. Una vez percibido el anticipo y dada mi palabra, no retrocederé. Pese a que las relaciones entre blancos o indígenas han mejorado con el transcurso de los años, no ignoro que internarse en zonas salvajes encierra siempre grandes peligros. No son éstos los que me preocupan por lo que a mí respecta y sí la seguridad colectiva. ¿Me comprenden?

—Perfectamente —repuso Alcide—. Continúe.

—¿Cómo han conseguido saber los indígenas el verdadero objeto del safari, que hemos encubierto con fines científicos? Ahora le toca a usted callar durante unos minutos, McKell. Sé que no persigue otro objetivo que el de sus estudios etnológicos. También que Alcide no deja de trabajar en la mineralogía, pero... interesa el hallazgo de esa mujer blanca que habita entre salvajes. Como no afectaba al feliz éxito de sus experiencias, no hubo necesidad de comunicárselo. En realidad, yo me he enterado después de que abandonamos la tribu de pigmeos. Se trata de seguir o de retroceder. Me someto a lo que se decida. Ya he dicho lo que pienso de la actual situación. La considero muy peligrosa.

Hubo un largo silencio, roto siempre por el sonar de los tambores. Los hermanos Evatt se miraron. Arthur dijo:

—Los negros no corren riesgo alguno, a no ser que encuentren la muerte en alguna batalla. No son ellos los que preocupan a los

indígenas, sino nosotros. ¿Qué piensas, Alcide?

—Iré adonde tú vayas —repuso el aludido, con una sonrisa.

—Lo imaginaba. ¿Le importa correr la aventura de la diosa blanca, Gabin? Usted es un enamorado del Continente Negro y no es la primera vez que desafía a la muerte. ¿Le importa realmente, repito?

—En absoluto. La vida carece de otros atractivos para mí que los derivados de una existencia activa, intensa, cada día distinta. No me atraen la riqueza ni el ocio, que quizá acabara volviéndome loco. Yo también tengo mi pasado, profesor, un pasado angustioso, terrible. Quizá en algún momento se lo refiera.

Nueva pausa, esta vez más prolongada que la anterior. McKell había fruncido el ceño, con ostensible gesto de enojo, pero sus labios no se movieron para hablar, crispándose en un esfuerzo por dominarse. Arthur Evatt, que observaba el etnólogo, dijo:

—Comprendo que ni mi hermano ni yo debemos arrastrar a nadie a la muerte. Podemos dividir el número de porteadores y de víveres. Si usted viene con nosotros, Gabin, como así parece, Karema, buen conocedor de la selva, se pondrá al frente de un grupo de nativos a fin de llevar a McKell a zona civilizada. Tal y como las cosas se presentan, hay un enorme porcentaje de probabilidades de que los que sigamos internándonos quedemos para siempre en el Congo Medio, víctimas del celo religioso, del fanatismo de los indígenas. ¿Qué opina, Leslie?

—Estoy maravillándome de mi paciencia —fue la agria respuesta—. ¿Tienen algún motivo para pensar que me dan miedo unos cuantos negros?

Alcide, anticipándose a su hermano, negó con el gesto y la palabra.

—No se trata de unos cuantos negros, McKell, sino de miles. Por si fuera poco, no atacan cara a cara sino emboscados en los árboles. Las lanzas y las flechas son terribles en sus manos. Arthur pensaba únicamente en su seguridad. No lo considere una ofensa. También quiero que sepa que si decide volverse, no le juzgaremos mal por ello. ¡La temeridad es una insensatez y nosotros somos unos insensatos! Le considero un hombre inteligente, Leslie.

—Se equivoca al juzgarme. ¿Sería un estorbo para ustedes?

—Una inapreciable ayuda. Se lo aseguro.

—¿Opina lo mismo, Peter? Le ruego una cruda sinceridad.

—Le aseguro que cuatro rifles son más eficaces que tres. Al separarse de nosotros se llevaría a Karema, lo que también merma nuestros efectivos. Ahora que le veo decidido, he de decirle que estaba seguro de su respuesta. En su resolución no debe influir el amor propio.

—No prevalece, Gabin. Me uní al safari para realizar estudios etnológicos. Nada me impedirá seguir haciéndolo y serles útil.

Arthur Evatt, conmovido, tendió la diestra al joven, estrechándosela con fuerza.

—Es usted todo un hombre, McKell.

—Gracias. Celebro que tengan buen concepto de mí, pese a mi debilidad cara a Tawawur. Me agradecería cobrar una deuda que tengo pendiente con el hechicero. Estuvo a punto de convertirme en un asesino.

Había una sonrisa satisfecha en los labios de los Evatt y del guía. Ninguno ignoraba que de retirarse Leslie, llevándose a Karema y a la mitad de los portadores, el futuro habríaseles presentado más difícil, no solo por lo que representaban dos rifles sino, también, por la merma en las provisiones y, sobre todo, por el efecto moral. Sus enemigos, al observarlo, quizá hubiesen creído que de ellos era la razón y la fuerza.

—¿Reanudarnos el avance, Peter? —inquirió el profesor.

—Hoy no. Conviene que los nativos descansen. Las próximas jornadas serán muy duras. Volvamos. Nuestra presencia les tranquiliza.

Sin más palabras, los cuatro hombres reuniéronse con los portadores, quienes estaban terminando de cocinar la sopa. En el suelo, sobre la lona de uno de los fardos, había numerosas frutas, en especial plátanos.

Gabin deseoso de que a los negros nada les faltara a fin de que nunca pudieran alegar que se les sometía a privaciones en la marcha, entregó al capataz varias latas de carne en conserva para que las distribuyera entre los cargadores. Diez minutos más tarde, todos saciaban el apetito, en silencio, entregados a sus meditaciones. Leslie McKell sonreía satisfecho. ¡Iba a demostrar a sus compañeros que no era un joven timorato incapaz de enfrentarse con la muerte!

El profesor, que en ningún momento quería que los nativos observaran preocupación en quienes les mandaban, inició un jovial diálogo sobre uno de los escritores africanistas más populares en el mundo: H. Rider Haggard, elogiando sus principales obras. El etnólogo, después de escuchar atentamente los juicios de Arthur Evatt, opuso:

—Leí cuatro de sus mejores novelas. En efecto, me parece un gran escritor, aunque le encuentro un defecto: el de que resuelve muchas situaciones, sin solución lógica, apelando a la magia. En «La hija de Amón»... ¿La conoce, profesor?

—Sí.

—Los protagonistas viven y se salvan del brazo de los dioses egipcios. Yo tengo inquietudes literarias. La mayor dificultad estriba para mí en darte a todo, incluso a las reacciones espirituales de los personajes, una explicación sensata. Rider Haggard, en «El niño de marfil», por citar otra de sus novelas, resuelve una batalla en la que ya es vencedor el enemigo con un rasgo de fanatismo religioso y con respecto a la situación de la esposa de un lord deja los hechos misteriosos al criterio de los lectores. ¡Se considera incapaz de resolver por sí mismo, con su talento de novelista, los problemas que él ha creado! La mejor, a mi juicio, de todas sus novelas no es «Ella» como no pocos opinan, sino «El hechicero». En esta última obra los prodigios son realizados por Dios y no por negros pintarrajeados como Tawawur, un epiléptico o un hipnotizador; pero nada más.

Gabin, que escuchó con atención el razonamiento del joven, repuso, poniéndose por vez primera en un diálogo de acuerdo con McKell:

—Usted rinde culto a la razón porque es un hombre de estudios. No le niego que yo también soy muy rebelde a aceptar hechos sobrenaturales —el guía miró al profesor, significativamente—. Cuando presencio o conozco algún suceso extraordinario, siempre me esfuerzo en buscarle un punto de lógica y, a reces, se lo encuentro.

Había una sonrisa enigmática en los labios de Peter, sonrisa que hizo fruncir el ceño a Arthur por considerar que las palabras pronunciadas por el guía iban dirigidas a él.

—Celebro que coincidamos —repuso Leslie—. No estaba

acostumbrado a que usted se mostrara de acuerdo con ninguna de mis teorías.

—Yo siempre soy partidario de lo que estimo razonable, McKell —fue la viva replica de Gabin—. Sin embargo, mi experiencia me impide negar en absoluto la magia o los alardes de prestidigitación si usted quiere. He sido testigo de algunos hechos que, sin duda, se podrán explicar por medio de trucos; pero que no puede ni puedo comprender.

—Yo no creo en el poder de los hechiceros ni en su dominio de los espíritus, aunque se trate de los infernales. Estimo que en todo hay un encantador de serpientes, como en el caso de las víboras y que...

Una voz estridente, de metálico timbre, interrumpió al etnólogo, quien vio como el guía y los hermanos Evatt se incorporaban con los rifles empuñados. El que hablaba expresábase en lengua bantú, por lo que el joven apenas pudo entender unas palabras. Los indígenas, interrumpiendo la comida, se incorporaron también, con asombro y terror, para oír:

—La diosa blanca os envía un mensaje. ¡Retroceded! ¡Si dais un paso más, su venganza caerá sobre vosotros de forma terrible! Ella es capaz de producir fuego donde lo desee, en la copa de un árbol si es preciso. ¡Mirad cuán grande es su poder!

Una llamarada se alzó sobre un roble y, después, imperó de nuevo el silencio.

—La voz sonaba muy alta, como si las palabras surgieran de labios de uno de los espíritus en los que McKell no cree —balbució Arthur Evatt, con tono ronco—. ¡Observen el efecto que ha producido en los indígenas!

Los portadores, muy excitados, formando un grupo, cambiaban impresiones con el capataz, quien, algo pálido, se separó de sus hombres para encararse con el guía.

—Se niegan a continuar —dijo.

—¿Y tú, Karema?

—Yo iré a donde tú vayas. No es la primera vez que caminamos juntos por el bosque y espero que no sea la última.

—¿No temes a la diosa blanca?

—Sí; pero confío en ti.

—¡Bravo, Karema! Seguiremos. Yo convenceré a los cargadores

—fue a dirigirse a los nativos y se detuvo para mirar a los Evatt y al etnólogo—. No me juzguen por lo que van a presenciar. Se lo ruego.

Sin más palabras, Peter se acercó a los negros, quienes, al darse cuenta de la atención que el guía centraba en ellos, se movieron inquietos. La mirada de Gabin fue posándose sobre cada uno de los portadores hasta quedar fija en un indígena, de gran corpulencia, el que más excitadamente había hablado. La mano derecha del blanco cruzó una y otra vez las mejillas del nativo, sin que este se moviera en actitud de ataque. Cuando por las comisuras de los labios del golpeado brotaron dos hilos de sangre, Peter cesó, en el castigo.

—¡Esa diosa falsa es un remoto peligro para vosotros! ¡Yo lo soy inmediato! Mataré al que ponga en peligro mi vida abandonando el safari. Os he pagado antes de emprender la marcha y ese dinero lo dejasteis a vuestras familias. ¡Exigiré el cumplimiento del compromiso! ¿Hay alguno que quiera volverse ahora?

La diestra de Gabin descansaba sobre la culata del revólver. Ningún indígena respondió. Entonces, con absoluto desprecio, el guía giró en redondo, quedando de espalda a los portadores y, muy despacio, reunióse con sus camaradas.

—¡Sigamos comiendo!

—¿No va a ver qué es lo que ha ocurrido en la copa del roble?

—Ahora es peligroso. Quizá esperen que hagamos eso y nos acechen batús para atravesar con sus flechas o lanzas al que trepe por el tronco. Se nos ordenó retroceder. Mientras no avancemos, nuestros enemigos no actuarán. ¿Le apetece melocotón en almíbar, McKell?

—No. Lo que acabo de presenciar me ha quitado el apetito.

—¿No hubiera usted hecho lo mismo?

El etnólogo, sin responder, se apartó de Peter y, retirándose unos metros, puso tabaco en su cachimba, encendiéndola parsimonioso. Arthur, Alcide y Gabin cambiaron una sonrisa y se dispusieron a agotar el contenido de un envase de plástico con la fruta ofrecida por el guía.

La tarde declinaba y, al obscurecer, Peter ordenó que se encendieran, no un triángulo de hogueras, sino un verdadero círculo de fuego en derredor del campamento, para lo que Karema y varios negros dispusieron grandes haces de leña que bastarían para

alimentar las fogatas.

Las primeras sombras de la noche llenaron de inquietud los corazones de los expedicionarios. Los tambores habían cesado ya de enviar mensajes y era posible que millares de guerreros bantú se dispusieran a evitar el safari internándose en el bosque...

Capítulo VI

LA MUERTE ACECHA

LAS guardias fueron sucediéndose sin que hubiera novedades en los dos turnos primeros. En el tercero, Gabin, a quien le correspondía la vela, hizo un recuento de los porteadores dormidos observando que faltaban dos de ellos. Con el rostro contraído por la ira, consciente de la gravedad de tales deserciones, sobre todo por lo que su ejemplo podía representar en el futuro de la expedición, despertó a Arthur y Alcide, quienes le precedieron en la vigilancia, para, luego de recomendarles silencio a fin de no despertar al capataz y al etnólogo, que dormían cerca de ellos, decirles:

—Apártense de los que descansan. Quiero hablarles.

Los Evatt obedecieron sin pronunciar palabra, en la certeza de que a Gabin le asistían poderosas razones para proceder así, y siguiéronle hasta uno de los extremos del campamento, donde fueron informados de lo ocurrido.

—Es imposible —dijo el profesor—. No me distraje ni un momento,

—No es necesario que diga que yo tampoco —repuso Alcide—. Veamos el círculo de fuego.

—Ya lo hice al iniciar mi turno de guardia —dijo Gabin—. Esos porteadores huyeron escalonando uno de los árboles y, por las ramas, pasaron a los inmediatos. Es una única explicación lógica. Para un centinela que fume, de espaldas a los hombres es imposible percibir el roce de un cuerpo desnudo al escalar un tronco, sobre todo si el crepitar de las hogueras anula los pequeños sonidos.

—Así debió suceder —admitió el mayor de los Evatt—. ¿Será posible evitar que tales hechos se repitan en el futuro?

—Lo creo difícil. Sin embargo, lo intentaremos. A partir de hoy las centinelas se harán de pie, de cara a los cargadores. Es el único

medio. Les he llamado porque voy a abandonar el campamento. Intentaré encontrar a los fugitivos.

—¡No lo haga, Peter! ¡Es un suicidio! ¡Usted no ignora que por la noche es muy peligroso caminar por la selva! Las fieras permanecen al acecho. Por si ello fuera poco, es posible que el que nos ha hablado en nombre de la diosa blanca vigile también. ¡Su vida es demasiado valiosa para que corramos el riesgo de perderla! Además, es casi seguro que no conseguiría nada. El bosque es muy espeso y la obscuridad absoluta. Siempre me he avenido gustoso a cumplir cuanto ha ordenado, Gabin. ¡Obedézcame usted a mí ahora! ¡Es una súplica!

Conmovido por el interés de Arthur y considerando acertadas sus palabras, Peter repuso:

—Faltaré a mi deber por complacerle.

—Gracias, Gabin.

Hubo un breve silencio, roto por la voz del guía:

—Si no me autorizan a ir en busca de los porteadores acuéstense de nuevo. Aún faltan tres horas para que amanezca. ¡Háganlo! Mañana necesitaremos de todas nuestras energías.

Los dos hermanos, luego de acompañar un rato a Gabin, cambiando impresiones con respecto al futuro, que no se presentaba muy prometedor, se tendieron cerca del fuego, no tardando en conciliar el sueño. Eran hombres de lucha y ni las preocupaciones ni el peligro bastaban para desvelarles.

A la hora prevista, después de informar a Leslie McKell que no descuidase la vigilancia de los negros y de comunicarle las deserciones, Peter se tendió sobre una lona, pero le fue imposible dormir. Estaba seguro de que la amenaza que oyeron la tarde anterior no había sido lanzada solo para asustarles, sino que formadla parte de un plan para impedir el progreso del safari por tierras bantús. Casi al amanecer se quedó dormido, siendo despertado por Leslie. El campamento se animó y, después de un frugal almuerzo, a base de productos naturales, los porteadores, que habían cuchicheado entre ellos, sin duda acerca de la desaparición de sus dos compañeros, recibieron la orden de colocar los fardos sobre sus cabezas para iniciar la marcha. En aquel momento, una carcajada inmovilizó a Gabin y al profesor que, en cabeza, habían dado ya varios pasos. Era la misma risa que el guía percibió

anteriormente, cuando se hallaban de guardia, aunque le encontró una diferencia, desfavorable como augurio: tenía matices de crueldad, de locura casi, era como un grito histérico, desgarrado. McKell y Alcide Evatt, que, con el capataz, se habían situado a retaguardia al observar como los cargadores depositaban los fardos en el suelo y, llenos de pánico, parecían prontos a emprender la huida, encañonaron a los indígenas con sus rifles. Fue Leslie el primero en amenazar:

—¡Al que intente escapar, le mato!

Sus palabras, aunque ininteligibles para los nativos por haber sido dichas en inglés, fueron claramente interpretadas por estos debido a la actitud del etnólogo. Alcide repitió la frase en lengua bantú y, por unos minutos, la tensión fue extraordinaria. Arthur y Peter, con los rifles dispuestos, miraban en todas direcciones sin preocuparse de lo que ocurría a sus espaldas, temerosos de que una nube de lanzas surgiera de lo más espeso del bosque.

Nada sucedió. La risa iba decreciendo en intensidad hasta convertirse en un murmullo apagado. Al fin, se hizo el silencio.

—Creo que el sonido proviene de lo alto del roble, Evatt —susurró el guía—. ¿Estará el negro que, según usted, acompaña a la mujer blanca encaramado en el árbol?

—No le considero tan imprudente. Estoy seguro de que utiliza la misma magia con la que convirtió en inservibles mis proyectiles, anuló mi voluntad, haciéndome perder el sentido, y desapareció con Raga envuelto en fuego.

Peter, en cuyos ojos brillaba una luz irónica, fue a responder, pero no pudo hacerlo. Una voz potente, metálica siempre, como la risa, se alzó en el aire:

—¡Deteneos o será tarde! ¡La venganza de la diosa blanca empieza a consumarse! Para que todos os deis cuenta de que mis palabras van apoyadas por los hechos, avanzad cien metros en línea recta, hasta un claro en el bosque en el que hay un pequeño lago. Allí os aguarda una gran sorpresa.

Gabin, adivinando lo que les esperaba en el lugar indicado, dijo a Arthur:

—¡Quédese aquí con los demás!

—Pero...

—¡No podemos perder tiempo!

El guía internóse entre los árboles, volviéndose, con gesto irritado, al sentir pasos a su espalda. Le molestaba que nadie desobedeciera sus órdenes, aunque se tratase del profesor. Una sonrisa iluminó las duras facciones de Peter al reconocer a...

—Gracias por su interés, McKell. ¿Viene conmigo?

—Sí. Los Evatt y Karema se bastan para imponer la disciplina entre los negros.

—De acuerdo.

Cien metros era poca distancia para dos hombres ansiosos de conocer el verdadero significado de la amenaza de su enemigo.

—¿No nos aguardará un ejército de guerreros bantús en el sitio al que nos dirigimos?

—Es posible. Prepare el rifle y tenga los oídos y los ojos alerta.

Al desembocar en una gran explanada, desierta al parecer, en cuyo centro había un lago, el etnólogo lanzó un grito de horror:

—¡Dios mío! ¡Mire, Gabin!

El aludido, serenamente, repuso:

—Siento lo que les ha ocurrido a los porteadores, pero confío en que nos sea muy útil. ¡Traiga a todos aquí!

McKell no se hizo repetir la orden y se alejó del guía, retrocediendo. Peter, ya solo, adelantó unos pasos, deteniéndose ante los cadáveres de dos negros, cuyas extremidades habían sido clavadas con estacas en la tierra. Los muertos tenían varias heridas de lanza en el pecho, lo que hizo comprender a Gabin que sus temores no eran infundados. Resultaba indudable que guerreros indígenas acechaban la expedición.

Hierático, el guía contempló las desfiguradas facciones de los negros.

—Así es África —fue el breve comentario de Peter, formulado en voz alta, quizá con el deseo de escucharse, de no sentirse un cadáver más.

Cuando el safari llegó a la explanada, los negros se estremecieron al ver la trágica suerte de sus camaradas. Los Evatt y Karema, advertidos ya por Leslie, miraron al guía. ¿Qué era lo que proyectaba? Las palabras de Peter dieron respuesta a tal pregunta:

—Los que nos abandonen tendrán ese fin —el dedo índice del hombre señaló a los indígenas asesinados—. Junto a nosotros estaréis protegidos. Si alguno desea marcharse queda autorizado.

Los que no se decidan a hacerlo ahora ya no tendrán nuevas oportunidades.

McKell se sorprendió al oír la oferta de libertad que el guía formulaba a los nativos. ¿Y si la aceptaban? ¿Cómo transportar las provisiones, el material científico, las medicinas y las balas? Pese a sus estudios etnológicos, no conocía igual que Peter el carácter de los nativos. Ninguno de ellos se hallaba en condiciones de reaccionar y en aquel momento consideraban a los blancos como a los únicos capaces de salvarles de la muerte.

—Bien. Veo que vuestro silencio es prueba de que no queréis abandonarnos. Lo celebro por vosotros. Cavad una sepultura, Karema, invirtiendo el menor tiempo posible. ¡Hay que seguir! Venga conmigo, McKell. ¿Qué tal trepa usted por los árboles?

—De pequeño lo hice —repuso el aludido, con una sonrisa, orgulloso de que el guía le eligiera como compañero—. Creo que no lo habré olvidado.

Gabin hizo un gesto significativo a los Evatt y retrocedió para, junto a Leslie, detenerse de cara a un gigantesco roble. Las lianas que se enroscaban en el tronco facilitaron la ascensión hasta las primeras ramas, donde los dos hombres se detuvieron.

—¡Cuidado con las serpientes! —previno Peter.

Aunque los rifles, en bandolera, embarazaban los movimientos del guía y del etnólogo, éstos no se desprendieron de ellos.

Conforme ascendían, las ramas eran menos resistentes. Gabin, que iba en cabeza, miraba a derecha e izquierda antes de apoyar sus manos o sus pies en las extremidades del roble. Ya casi en la copa, se detuvo, con una sonrisa satisfecha. Acababa de ver varias ramas chamuscadas. Buscó con cuidado, tomando en sus manos algo, tan pequeño, que McKell no pudo apreciar lo que era.

—Bajemos ya. Tengo la prueba que necesitaba. Antes de que nos reunamos con los demás, he de decirle, Leslie, que yo también soy muy reacio a admitir prodigios de los negros. Solo creo en el milagro; ¿Puedo formularle un ruego?

—Hágalo.

—No diga que he encontrado una pista en el roble. Sé que es una petición extraña, pero tengo mis razones para formularla.

—Lo haré. Confío en usted.

—No le defraudaré. ¿No ha observado unos roces en las ramas,

casi todos en la misma dirección?

—Sí. ¿A qué los atribuye?

—Eso también forma parte de mi pequeño secreto. No tardaré en revelárselo, cuando esté seguro de no equivocarme. Volvamos con los demás.

Terminada la ceremonia, sencilla e impresionante, de dar sepultura a los indígenas, el safari reanudó la marcha. Al acampar al mediodía para que los portadores asaran tres alces, derribados por Arthur Evatt de otros tantos certeros disparos, los tambores comenzaron a oírse de nuevo, con ritmo más vertiginoso, como de danza.

—Estamos cerca de alguna aldea —comentó Gabin.

—¿Más pigmeos?

—No lo sé. Esta tarde saldremos de dudas. Nos conviene establecer contacto con las tribus que hallemos a nuestro paso. Solo así es posible que tengamos noticias sobre la diosa blanca, a la que temen todos. ¡Extraño dios que se hace obedecer por la violencia!

—¿No será peligroso ir al encuentro de los negros? Quizá fuera más conveniente evitarles —sugirió Leslie.

—Es posible que tenga razón; pero... ¡Cuidado! ¡Todos a tierra!

Gabin, que de un salto se apresuró a cobijarse detrás del tronco de una palmera, desenfundó uno de sus revólveres, disparando casi sin apuntar. Un grito de dolor alzóse en el aire, a escasa distancia, y los miembros del safari pudieron ver a un hombre de escasa estatura desplomarse a tierra desde una de las ramas de los árboles inmediatos mientras otros dos, que habían saltado a la par que su compañero, se apresuraban a internarse en el bosque.

—¡Pigmeos! —exclamó Leslie, con voz ronca.

—Sí. Y me temo que de la aldea de Tawawur —fue la breve respuesta del guía—. Pronto lo sabremos.

Encorvado, igual que un tigre al acecho, no avanzando un paso sin cerciorarse de que ninguna traición le amenazaba, Peter llegó hasta el caído, examinándole con detenimiento. Una profunda cicatriz en el brazo izquierdo del cadáver, permitió a Gabin identificar a su enemigo como a uno de los hombres de confianza del reyezuelo de la tribu mediatizada por Tawawur. Dejó el muerto en el suelo, regresando junto a sus camaradas.

—Vamos a perder mucho tiempo abriendo sepulturas —dijo

Arthur, con profundo disgusto.

—Reanudaremos el camino y sus compañeros se encargarán del cadáver. La muerte nos acecha. No son solo los bantús, sino también los pigmeos, sin olvido del o de los que acompañan a la diosa blanca.

Aunque la carne asada estaba en su punto, todos comieron sin apetito. ¡Son tan fáciles las emboscadas en unos territorios donde los árboles y la maleza jalonan millas y millas de superficie!

Al atardecer, cuando el crepúsculo se anunciaba tímido por no haberse ocultado aún el sol, que lanzaba sus postreros resplandores, más de cincuenta indígenas, de la raza bantú, surgieron ante los expedicionarios quienes, deteniéndose, miraron inquietos al guía. Gabin, sin desconcertarse, con el rifle a la espalda y las manos caídas a lo largo del cuerpo, se adelantó unos pasos para decir:

—Venimos en son de paz a hacer grandes regalos al rey y a los bravos guerreos que nos contemplan ahora. ¡Conducidnos basta vuestro jefe!

Una idea audaz asaltó al guía. ¡Si pudiera conseguir la ayuda de los bantús! Tal vez fuera posible si la diosa blanca era...

No completó su pensamiento. Uno de los indígenas, sin duda el de más categoría, respondió:

—¡Os llevaremos ante el poderoso Nioro! ¡Él decidirá vuestra suerte!

—¡Yo decidiré la suya! ¡Ostento la representación de los grandes hombres blancos!

Los bantús rodearon a los miembros del safari y quince minutos más tarde, entre la, curiosidad y las hostiles miradas de mujeres, chiquillos y nuevos guerreros, Peter, Arthur, Alcide, Leslie, Karema y los portadores se detenían en el centro de un gran poblado indígena, el mayor de los hasta entonces conocidos por los Evatt y Gabin. El profesor dijo:

—Las tribus se unen. No creo que sea para nada bueno. ¿Ha observado bien a los nativos, Gabin? Los atavíos no son uniformes. Unos prefieren los adornos de marfil; otros, de pieles. Respecto a las mujeres, las hay con los cabellos recogidos en la nuca, cortados o con aretes. No me equivoco si afirmo que hay, por lo menos, tres aldeas en convivencia. Nos rodean cerca de mil personas.

—Lo sé. Ahí se acerca Nioro.

Un negro, cuya edad Peter calculó en el medio siglo y que llevaba una corona valiosísima sobre su cabeza, acababa de abandonar la mayor de las cabañas y, seguido por una docena de hombres de gran estatura, sin duda su guardia de confianza, se aproximaba despacio, majestuoso, a los expedicionarios.

—¡Ese salvaje lleva muchos miles de libras en su cabeza, hermano! —exclamó Alcide al ver grandes brillantes engarzados en oro.

—Ya lo observé.



—¡ Os llevaremos hasta nuestro rey!

7 — DIOSA

El jefe de la tribu se situó a escasa distancia de Gabin, siempre en primer término, para, luego de mirarle con fijeza, levantar la diestra en ademán de saludo. El guía, imitándole, se alegró de que el rey tuviera un rostro noble, no deformado por los vicios.

—Traigo regalos para ti, poderoso Nioro —fueron las primeras palabras de Gabin, buen conocedor del carácter de los indígenas.

—Yo debo mataros —respondió el rey—. ¡La diosa blanca nos lo

ordena!

—¿No temes a mis armas y a las de mis compañeros? —dijo el guía, imperturbable en apariencia.

—Temo más la venganza de la diosa. Conozco el poder de esas cañas que despiden fuego; pero también sé el enorme poder de trescientos bravos guerreros.

—¿Podría hablar contigo, sin que nadie nos oyera?

La extraordinaria petición sorprendió a Nioro quien, precavido, inquirió:

—¿Y si pretendieras atentarse contra mi vida?

—Te doy mi palabra de que no. Soy tu amigo. No te arrepentirás de oírme.

El indígena y el guía, tras una leve vacilación del primero, desaparecieron en el interior de la cabaña real. Arthur, muy inquieto por la actitud de los negros, a cada momento más amenazadores, previno:

—¡Tenga el rifle dispuesto! ¡No se deje sorprender por la espalda, McKell! Ignoro qué es lo que Peter va a proponer a ese salvaje, pero temo que no obtenga éxito. Si es así, no saldremos con vida de aquí. Me arrepiento de haberte embarcado en una aventura sin provecho, Alcide. También de no haberme opuesto a que Leslie nos acompañara. Los nativos son muy supersticiosos y nada les detendrá si obedecen órdenes de la que consideran una diosa.

—Es tarde para lamentarse, señor Evatt —repuso el etnólogo—. Poseo fe ciega en Gabin. Él nos sacará con bien del peligro.

—¡Dios le oiga! —exclamó el profesor, con un tono de voz que era, más que un deseo material, una súplica al Altísimo.

Los tres blancos guardaron silencio. Los porteadores, acobardados por la proximidad de las lanzas, se habían acercado tanto unos a otros que formaban un grupo compacto.

El tiempo iba transcurriendo con lentitud. Todos miraban a la residencia real con el deseo de ver aparecer a los dos hombres.

—El fanatismo será superior al temor y a la codicia —comentó Arthur—. Lo que llevamos será de ellos, una vez que hayamos muerto. Hoy, ni los salvajes creen en las promesas de los hombres.

Alcide y Leslie no pudieron reprimir una sonrisa ante la agudeza del profesor, reveladora de su gran serenidad frente al peligro. El etnólogo, con pulso firme, extrajo su bolsa de tabaco y su cachimba

e iba a prepararlo todo para fumar cuando notó como un latigazo en la nuca, algo experimentado muy recientemente y que le recordaba a... Sin completar la idea, volvióse con rapidez, pudiendo ver a un negro que se ocultaba detrás de una cabaña, en el extremo opuesto del campamento. Debido a la distancia no pudo distinguir el rostro ni los adornos de los ropajes; pero el corazón le gritó que se trataba de...

—¡Tawawur!

—¿Que dice, Leslie? —inquirió Alcide, con visible sobresalto.

—He visto al hechicero.

—¿Dónde? ¿Está seguro?

—No pude verle con claridad, debido a un rápido movimiento suyo; pero aseguraría que...

—¡Calle! ¡Ahí salen el rey y Gabin!

En efecto, Peter y Nioro, graves los rostros, acababan de abandonar la cabaña. El guía, con una arruga de preocupación en la frente, se apartó del indígena, al que rodearon sus guerreros, para reunirse con los Evatt y McKell.

—He fracasado —fueron sus palabras—. Estos hombres temen la venganza de la diosa blanca. Las pocas veces que la desobedecieron, por no hacer entrega de lo que se les solicitaba, hubo grandes calamidades en la aldea.

—¿De tipo mágico? —inquirió Arthur, muy impresionado.

—Del mismo tipo que los fenómenos de que usted fue protagonista.

—Entonces... —insinuó Alcide.

—¡Nos defenderemos hasta morir! —intervino Leslie—. Supongo que no entrará en los cálculos de nadie dejarse asesinar.

—Por ahora seremos sus prisioneros hasta que la diosa blanca decida nuestra suerte —fue la desconcertante réplica del guía—. Nioro me ha prometido interceder cerca de nuestros invisibles enemigos para que no se nos mate. Si obtiene éxito, recibiremos escolta de sus guerreros hasta fuera de la zona de soberanía de Raga.

—¿Raga? —inquirió Leslie, con extrañeza.

—No haga preguntas ahora, McKell. Vamos a ser desarmados. Aproveche que la atención de los indígenas está centrada en su rey y oculte uno de los revólveres entre el cuerpo y la camisa, de forma

que pueda utilizarle en el momento oportuno.

La advertencia., aunque dirigida al etnólogo, lo era también para los Evatt, quienes se apresuraron a guardar las armas cortas de la forma indicada por el guía. Lo hicieron a tiempo. El corro en torno del rey se deshizo y éste, con actitud conminatoria, exigió a los blancos la entrega de los rifles.

—¿Se los damos sin lucha, Gabin? —inquirió Alcide, sorprendido.

—Sí.

—¿No estará perdiendo facultades? Apenas tengan nuestros «Winchester», caerán sobre nosotros y nos atravesarán con sus lanzas. ¿Fía de promesas de salvajes?

—¡No queda otro remedio!

Los Evatt y McKell miraron a Gabin, no comprendiendo la actitud del guía.

—Si resistimos, es seguro que moriremos.

El etnólogo, algo pálido, repuso:

—Siempre será agradable llevarnos por delante a unos cuantos de esos sucios negros.

—Yo doy mi «Winchester». ¡Les aconsejo que me imiten! ¡Háganlo! ¿Para qué guardaron esos revólveres? ¡No estropeen mis planes!

—¿De qué servirán sus planes después de que seamos cadáveres?

Era Alcide el que reprochaba a Gabin, con una pregunta, un comportamiento que no acababa de comprender. No pocos guerreros habían alzado sus lanzas. Peter, tomando el rifle por la culata, se lo tendió a Nioro, diciéndole:

—Toma mi caña de fuego. Ten cuidado no se te dispare. Es mágica.

—Dame también el cuchillo.

Imperturbable, el guía entregó el arma blanca, para, volviéndose a sus compañeros, ordenarles, con voz tensa:

—¡Imítlenme! ¡No sean necios! ¿Es posible, profesor, que dude de mí?

Arthur dejó en el suelo el «Winchester» y el machete, siendo secundado por el capataz Karema y por Leslie. Alcide, a disgusto, renunció también a sus armas, mientras mascullaba maldiciones contra aquellos locos.

Un griterío ensordecedor heló la sangre en las venas de los miembros del safari, quienes creyeron llegada su última hora al ver como las lanzas agitábanse en el aire. Solo Gabin permanecía sereno, con los brazos cruzados sobre el pecho y una despectiva sonrisa en sus labios. McKell, que le observaba, no pudo evitar un sentimiento admirativo hacia aquel hombre valeroso, capaz de jugarse la vida a una carta sin demostrar temor o nerviosismo.

Los bantús, movimientos absurdos, felinos unas veces, bruscos, brutales otras, cercaban a los blancos y a los portadores gritando amenazas contra los enemigos de la diosa blanca; pero las lanzas no descendían en mortal ataque.

El rey de la tribu dio una orden y los que integraban el safari fueron conducidos a una gran choza, sin más ventilación que el orificio de entrada, como es costumbre en las edificaciones indígenas. Los portadores, respetuosos, se situaron en uno de los rincones, el más oscuro, para charlar en voz tan baja que apenas si el murmullo de sus palabras llegaba a los oídos de los Evatt, Gabin y McKell. Karema, junto a la oquedad que servía de paso, previno, en defectuoso francés:

—¡Han colocado diez centinelas!

—Sí —repuso Peter—. No es un número considerable si se tiene en cuenta que nosotros poseemos cuatro revólveres y otras tantas cartucheras de proyectiles. Siempre, en caso desesperado, podremos abrirnos paso hasta la selva. Una vez en ella... ¿Falta algún fardo?

—Ninguno. Hice un corro con mis hombres, depositando la mercancía en el centro.

—Buena medida. Las bombas de mano pueden sernos de utilidad. Di a los cargadores que se tranquilicen, que saldremos con bien de esta aventura...

—¡Tawawur!

El nombre del hechicero, repetido por segunda vez en pocos minutos, volvió a impresionar a los expedicionarios, en especial al etnólogo. Peter, Arthur, Leslie y Alcide miraron al exterior a través de la entrada, pudiendo comprobar que el capataz no se había equivocado. El hechicero hablaba agitadamente con Nioro, insistiendo sobre algo que el rey negaba siempre.

—Es seguro que reclama nuestra inmediata muerte —comentó el profesor—. Si consigue hipnotizar a su interlocutor, estamos

perdidos.

—No le será fácil. El jefe del poblado en que nos hallamos posee un recio carácter.

Las últimas palabras del guía coincidieron con la entrada en la aldea de numerosos pigmeos, portando lanzas y pequeños arcos con flechas. Al frente de ellos iba el rey, quien habló también con Nioro, recibiendo idéntica negativa que la obtenida por Tawawur.

—Veo que no me equivoqué al juzgar a ese indígena. Cumplirá su palabra de respetar nuestras vidas hasta que la luna esté muy alta. Lo demás depende de nosotros.

—¿Qué es lo que depende de nosotros?

La pregunta la formuló Alcide, el más rebelde a entregar su rifle a los indígenas, el partidario de morir matando. El guía, sin excesiva dureza, ya que estimaba a los Evatt, dijo:

—Debía guardar silencio hasta el momento crítico para, en pago a su falta de fe en mí, tenerles a ustedes con el alma en vilo. No soy capaz de hacerlo. Además, conviene que discutamos mis proyectos. Puedo estar equivocado.

—Usted no se equivoca nunca, Peter —dijo Arthur.

El guía miró al profesor, temeroso de que la afirmación encerrara un sarcasmo que no estaba dispuesto a tolerar; pero no era así. Había nobleza en los ojos del hombre.

—En África, un error equivale a la muerte. Si hasta ahora vivo se debe a que procuré no fallar nunca ni un tiro ni una idea de salvación en el peligro. Espero que no se quiebre mi racha de suerte.

—Todos lo deseamos, Gabin —repuso Alcide.

Peter, en pie, con la mirada fija en la gran explanada central del campamento bantú, guardó un largo silencio. Iba a comenzar su historia cuando los tambores, que habían enmudecido al llegar el safari a la aldea, comenzaron a tronar de nuevo con increíble fuerza.

—Comunican nuestra captura —informó el guía—. Es posible, Arthur, que dentro de unas horas vea de nuevo a unos antiguos conocidos.

—¿Se refiere a...?

—Sí. Nioro está harto de ser objeto de una inicua explotación. Las mejores pieles, el producto de una mina de oro que él y sus

hombres explotan por orden de la diosa blanca, el marfil de los elefantes que cazan con graves riesgos, todo, en fin, es depositado periódicamente en un lugar del bosque como homenaje a la diosa blanca. En una ocasión se retrasaron de hacerlo y un grupo de diez guerreros, que iba de caza, fue muertos de forma misteriosa —Peter lanzó una significativa mirada a Leslie McKell—. Les envolvió el fuego y hubo varios ruidos extraños, como si la tierra fuese a rasgarse. El único superviviente regresó a la aldea para contar lo ocurrido y cómo, mientras corría, una voz no humana, le gritaba que la cólera de la diosa blanca era terrible y que daba un nuevo plazo para la entrega de las ofrendas. Nioro ha creído una historia referida por mí y, aun sin comprometerse, será mi colaborador si se demuestra que estoy en lo cierto. Mis planes, pues, son los siguientes...

Gabin habló despacio, midiendo mucho sus palabras. Al finalizar no hubo objeciones...

Capítulo VII

LA DIOSA BLANCA

YA era noche cerrada cuando un ruido leve, continuado, sobresaltó a los miembros del safari. Gabin, anticipándose a cualquier pregunta, dijo:

—Vienen en mi busca. No olviden mis órdenes.

—Las tendremos presentes — repuso el profesor.

Pronto, la pared, de troncos, enlazados con recias lianas, mostró un orificio y por él apareció el rostro de Nioro. Gabin, sin cruzar palabra con el rey, le ayudó a agrandar el agujero hasta que permitiera el paso de su cuerpo. Antes de abandonar la cabaña por la parte posterior, que enlazaba directamente con el bosque, estrechó las manos de los Evatt, de McKell y del capataz, al que estimaba sinceramente, con olvido de fronteras de razas y colores. Después, musitó:

—Suerte, amigos.

—Lo mismo deseamos nosotros, Peter —repuso, por todos, el profesor.

El guía y el jefe de la aldea bantú, en silencio, como dos sombras, se internaron entre los árboles caminando durante varios minutos hasta detenerse en un lugar en el que había varios robles que, por capricho de la Naturaleza, formaban un círculo perfecto.

—Este es el lugar donde depositamos las ofrendas —dijo Nioro.

—Apartémonos, entonces. La vegetación es muy espesa y nos ocultaremos en ella. Aún falta media hora para que la luna aparezca en el firmamento. ¿Te ordenaron dejar aquí nuestros cadáveres?

—Sí. Temo grandes desgracias, blanco. Estoy arrepentido de ayudarte. Si fracasas, la diosa blanca arrasará mi aldea. ¡Yo debo velar por mis hombres!

—Te arriesgas en defensa de ellos. Insisto en que no existe tal

diosa, sino una mujer raptada por un desaprensivo. Aún no sé lo que se oculta detrás de todo esto; pero tengo la certeza de que se trata de algo a ras de tierra, fácil de comprender.

Los dos hombres se arrodillaron detrás de una zona de hierba, de casi un metro de altura, luego de cerciorarse, golpeando con una rama, de que no había ningún ofidio al acecho y, tensos los nervios, se dispusieron a esperar el curso de los acontecimientos. Los tambores de la aldea cesaron de tocar y uno de ellos emitió un mensaje, que fue traducido por el indígena:

«Hemos depositado los cadáveres en el sitio de las ofrendas. Confiamos en la protección de la diosa blanca.»

El silencio se hizo de nuevo, turbado de vez en vez por los rugidos, próximos o lejanos, de las grandes fieras al acecho de sus presas... Gabin oprimía la culata del revólver que llevaba oculto, aunque estaba decidido a no usarlo más que en último extremo para no delatarse a sus enemigos. Sentía gran curiosidad por saber a qué fueron Tawawur y los pigmeos hasta allí, pero el temor de ser oído por los que aguardaba con ansia, le contuvo.

Los minutos eran largos, interminables. Una pareja de leones, macho y hembra, pasaron a menos de diez metros del matorral en el que el guía y el negro se ocultaban, no olfateándoles merced a recibir el aire de cara. Peter, cuando las fieras se alejaron, miró a Nioro, observando que la diestra del indígena se cerraba con decisión en torno al largo machete.

Continuó la vigilancia de los hombres, quienes, conforme se aproximaba el momento deseado y temido, sentían acelerarse sus pulsos. Gabin se estremeció. Aunque el aire de la noche era tibio, un frío extraño inundaba sus huesos.

Un leve roce hizo mirarse a los dos hombres. Alguien caminaba cauteloso hacia el círculo formado por los robles. Una sombra se perfiló en la distancia para, luego de permanecer inmóvil, expectante, desaparecer de nuevo.

—¡Vayamos detrás! —sugirió Gabin, haciendo ademán de ponerse en pie.

La mano de Nioro cercó, como una garra, la muñeca izquierda del guía.

—¡Quieto!

La advertencia llegaba oportunamente. Seis hombres avanzaban

hacia el lugar de las ofrendas. Dos de ellos eran blancos y los demás negros, sobresaliendo de entre estos últimos uno muy alto, corpulento. Todos llevaban modernos rifles y, en la cintura, dos revólveres y varias granadas de mano, de las utilizadas por el ejército italiano, consistentes en una carga explosiva al extremo de un mango de madera.

—¡Son los enviados de la diosa blanca! —murmuro Gabin.

Nioro no respondió. El indígena amaba a su pueblo. Al darse cuenta del engaño de que hasta entonces había sido objeto, crispó los labios con ira, mascullando:

—¡Perros!

—¡Silencio!

El grupo de hombres llegó hasta el círculo de robles. La luna, que filtraba sus rayos por entre las ramas de los árboles, de no muy espesas hojas, iluminó los rostros de los desconocidos. Peter hubo de morderse los labios al reconocer a...

—Te engañaron, Barri. Aquí no hay rastros de cadáveres. Ya te advertí que Gabin era un hombre peligroso, capaz de convencer a Nioro, sobre todo si conoce el encuentro de Arthur Evatt con Raga.

—El rey es incapaz de desobedecerme. Le tengo acobardado, como a todos los jefes de las aldeas que existen en la ruta de nuestras caravanas. Una bomba surte efecto si se prepara convenientemente. Arrojaremos varias granadas contra la tribu. Antes tengo que prepararlo todo para que la diosa les anuncie grandes calamidades.

Una estrepitosa carcajada fue el comentario de los blancos a las palabras del llamado Barri, sin duda el hombre descrito por el profesor en la historia de su pasado.

—Será mejor que esperemos en la gruta. No conviene precipitarnos. Hasta ahora Nioro ha cumplido sus entregas y sus guerreros extraen el oro que necesitamos. Démosle un margen de confianza.

El que había hablado era el hombre cuya presencia hiciera palidecer a Gabin. Se trataba de un individuo no muy alto, recio, de rostro inteligente, con una continua sonrisa de crueldad en sus labios. Los que le acompañaban asintieron con el gesto y, minutos más tarde, el grupo de hombres internóse en el bosque, perdiéndose en la distancia.

—¡Sigámosles! —dijo el guía.

Nioro, que apretaba con ira su diestra en torno al mango del arma blanca, fue el primero en emprender la persecución de los indeseables que habían estado esclavizando a su pueblo bajo la amenaza de invocar fuerzas sobrenaturales que asolasen la aldea. El indígena, seguido de Peter, caminaba encorvado, sin prisa, seguro de encontrar en todo momento las huellas de sus enemigos, ajeno a los peligros del bosque, con el deseo de vengarse. El guía, consecuente con los planes trazados por él de antemano, puso su mano derecha en el hombro del jefe de la tribu bantú obligándole a detenerse. Entonces, le dijo:

—Ellos poseen armas poderosas. Nosotros nada conseguiremos a no ser con la astucia. Tampoco es conveniente lanzar a tus bravos guerreros a una lucha desigual. Te propongo que...

Gabin habló durante varios minutos, siendo escuchado con atención por Nioro, quien admitió de buen grado.

—Te obedeceré gustoso. La sabiduría se refleja en tus palabras.

Ya de acuerdo, Peter y el negro siguieron caminando hasta llegar a un riachuelo, de gran caudal debido a las anteriores lluvias. Le cruzaron con el agua hasta la cintura. El guía, previamente, tuvo la precaución de llevar en alto el revólver y la cartuchera con los proyectiles a fin de evitar que el agua inutilizase el arma y la pólvora. Ya al otro lado de la corriente, buscaron nuevas huellas, encontrándolas con facilidad debido a que los falsos emisarios de la pretendida diosa blanca, al no creerse perseguidos, no tomaban precaución alguna.

Tras media hora de avanzar por un bosque en el que la muerte acechaba, no sin verse obligados en tres ocasiones a pararse, mudos de espanto, para que cruzaran ante ellos una gigantesca boa, un leopardo y una serpiente de anteojos, los dos hombres se detuvieron al pie de unas estribaciones rocosas, desnudas de vegetación. La luna, que iluminaba los grandes peñascos, mostró a Gabin y a Nioro una ladera, de pendiente no muy pronunciada. Pese a que se esforzaron en descubrir a sus enemigos, no divisaron a ninguno de ellos, por lo que, buscando siempre el amparo de las sombras que el astro nocturno arrancaba a las moles de roca, siguieron caminando. Solo un indígena podía hallar rastros en aquellos peñascales. Por fortuna para Gabin, el rey de la tribu bantú era un hombre

inteligente que había nacido y se había criado en el Gongo Medio y no le fue difícil descubrir las huellas que, poco más tarde, iban a conducirles a una leve hondonada desde cuya parte alta descubrieron el refugio de los que ordenaron a Nioro el asesinato de los miembros del safari.

Seis hombres, silenciosos, rodeaban una pequeña fogata encendida en el interior de una gruta, por lo que las llamas apenas si producían resplandores visibles desde el exterior. Nioro, de mirada más penetrante que Gabin, por hallarse habituado a las grandes distancias, fue el primero en divisar a una mujer vestida con pieles de leopardo. Su tez era blanca, algo oscurecida, quizá, por el aire y el sol de África. Paseaba despacio, meditativa, a unos diez metros de distancia de los que esperaban alrededor de la fogata, en la misma entrada de la caverna,

—¡Es la diosa! —exclamó Nioro.

—¿La viste en alguna otra ocasión?

—Sí. Una noche se mostró a nosotros, rodeada de fuego, en el límite mismo de la aldea. Fue cuando se me exigió que empleara a cincuenta guerreros en extraer oro de una mina situada cerca del campamento.

—¡La diosa blanca! —repitió nostálgico el guía—. África, que en un futuro no lejano será la reserva económica del mundo, guarda en pleno siglo XX grandes sorpresas y aventuras. Solo merced a la superstición de los naturales, pueden ocurrir hechos como este del que somos espectadores. ¡Si pudiéramos apoderarnos de esa muchacha...!

La joven, sin saberlo, mostróse propicia a los proyectos de Gabin, pues en sus paseos se alejó de la gruta, llegando hasta escasa distancia de Peter y de Nioro, quienes no pudieron evitar un admirativo sentimiento al reparar en la extraordinaria belleza de la mujer, cuyos cabellos, largos y negros, eran cual un jirón de noche en la plata de su espalda, desnuda y bañada por la luz de la luna.

Peter, aún consciente de los riesgos de su idea, empujó una pequeña piedra de forma que cayera rodando hasta los pies de la muchacha quien, sorprendida, miró hacia lo alto, sin descubrir a los que la vigilaban pues éstos, previniendo tal actitud, se apresuraron a ocultarse;

El silencio fue largo. Gabin y el negro, inmóviles, pudieron

escuchar un leve roce, el producido por unos pies desnudos al posarse en las rocas... El guía, llevándose a los labios el dedo índice de su diestra y extendiendo la mano izquierda abierta, dio a entender a Nioro que permaneciera quieto y callado. Luego, con los músculos tensos, dispuesto a la acción, aguardo. Vio como la joven caminaba hacia ellos, movida por la curiosidad y, de pronto, saltó contra la mujer quien, espantada, abrió la boca con el propósito de lanzar un grito de espanto. No pudo hacerlo. El puño de Peter la golpeó con fuerza en la mandíbula haciéndole perder el sentido. El guía, para evitar que la pretendida diosa blanca cayera a tierra, le rodeó la cintura con los brazos y, alzándola, se apresuró a situarse fuera de la vista de los seis hombres, quienes no advirtieron lo ocurrido por encontrarse de espaldas al lugar ocupado por Nioro y Gabin.

—¡Corramos hacia la aldea! —dijo el guía, uniendo la acción a la palabra.

El indígena se apresuró a secundarle y, temerosos de ser perseguidos, jadeantes, con el peligro del ataque traicionero de las fieras, consiguieron llegar a la tribu en cuya explanada central, en derredor a una gran fogata, se hallaban los bantús y los pigmeos. Al ver a Peter en libertad, no pocas lanzas se alzaron contra él; pero Nioro gritó con voz potente:

—¡Es nuestro amigo! ¡Traemos a la diosa blanca con nosotros!

Los negros rodearon a su rey y al guía, dificultando la marcha. Pese a la curiosidad de los nativos, ninguno osó poner su mano sobre la mujer ni sobre el que la llevaba. Fue precisa toda la autoridad de Nioro para que los bantús les permitieran el paso hasta la residencia real.

Peter, con suma delicadeza, depositó a Raga sobre las pieles que servían de lecho al jefe de la tribu y mirando al que le había acompañado en la peligrosa aventura, exclamó:

—¿Eran ciertas mis suposiciones?

—Por completo. La diosa blanca es una mujer como otra cualquiera.

Gabin, que miraba atentamente a la muchacha, repuso:

—No; como otra cualquiera no. Nunca vi un ser tan perfecto. Concibo que el profesor no haya vacilado en arriesgar su vida y la de todos nosotros por encontrarla de nuevo. ¡El profesor!

¡Demasiado viejo!

Sorprendido por haber formulado su pensamiento en alta voz, Peter rectificó al notar una sonrisa irónica en los labios del indígena.

—¡Allá ellos! Creo que debes traer aquí a mis amigos y devolverles sus armas. Si los que acompañaban a Raga nos atacan, solo nosotros podemos defender el campamento con posibilidades de éxito.

Nioro, sin oponerse a los deseos manifestados por el guía, abandonó la cabaña real. Su presencia en el exterior fue acogida con un clamor de voces. Sin duda, se dijo Gabin, todos le preguntaban a la vez lo ocurrido.

Peter, en cuyo espíritu se agigantaba un volcán de pasiones, se arrodilló junto a la joven y, dejándose arrastrar por un sentimiento más fuerte que su voluntad, puso sus dedos sobre la piel de la muchacha, en una suave caricia. Ella abrió los ojos, recuperada ya de su desmayo, y fue a incorporarse con violencia. Las manos recias del guía la inmovilizaron.

—Somos tus amigos, Raga. No temas de nosotros.

Sabedor por Arthur Evatt de que la mujer no conocía otra lengua que la bantú, se expresó en tal idioma, siendo comprendido. Tuvo la certeza al observar que la muchacha buscaba a más hombres en la cabaña, sin duda al oír a Gabin expresarse en plural.

—Ahora vendrán ellos. A uno le conoces. Le encontrasteis Barri y tú muy lejos de aquí. Estaba febril.

Raga se estremeció y sus ojos se agrandaron, con un primitivismo asombro.

—¿Quién eres tú que tanto sabes?

Gabin fue a responder; pero no llegó a hacerlo. La cortina de piel que separaba el interior de la choza de la explanada se abrió para dar paso a McKell, el capataz Karema y a los Evatt. Arthur quedó inmóvil mordiéndose los labios para vencer la emoción. Sin embargo, no pudo impedir que dos gruesas lágrimas resbalaran por sus mejillas. Raga le había visto también. Con gran asombro de Alcide y el profesor, la joven, sin conmovirse, tras una fugaz mirada, posó sus hermosos ojos en los del guía, no apartándolos ni un momento, atraída, tal vez por la juventud y personalidad viril de Peter.

—¡Raga!... ¡Raga!... ¿No me recuerdas?

Arthur se había aproximado a la muchacha, con visible gesto de ansiedad. No obtuvo respuesta. La mujer, con una sonrisa indescifrable, seguía mirando a Gabin. El profesor aferró entre sus dedos el femenino brazo, sacudiendo a la joven.

—¡Raga! ¡Soy yo, Arthur!

Ella, desasiéndose con brusquedad, se sentó sobre la piel para, algo vacilante todavía, incorporarse. Al ponerse en pie, su espléndida belleza destacó en toda su plenitud. Solo entonces miró al profesor.

—Te había olvidado —dijo con sencillez—. Tu amigo me recordó tu existencia. Celebro que estés bien.

Y de nuevo, los ojos de la muchacha se posaron en Peter, quien también estaba como fascinado.

Arthur, al darse cuenta de lo que aquello significaba para él, retrocedió unos pasos, mortalmente pálido. ¡Todas sus ilusiones de años se derrumbaban en unos segundos, cuando creía haber recuperado la felicidad! Alcide, acercándosele, le sacó fuera de la cabaña. McKell, dándose cuenta de lo que al profesor le ocurría, tosió fuerte, de forma significativa, haciendo reaccionar a Peter.

—¿Qué sucede, Leslie?

En inglés, para no ser comprendido por Raga, el etnólogo explicó al guía lo ocurrido. Al terminar, comentó:

—Creo que debiera salir de aquí, conmigo, para que entrase Evatt y tuviera una conversación con esa mujer. ¡Usted parece haberla fascinado!

—Y ella a mí —admitió Peter—. No obstante, considero acertada su sugerencia. Arthur es un caballero y no quisiera ofenderle ni molestarle. Espera aquí, Raga. Enseguida volvemos.

Los dos hombres abandonaron la estancia y McKell, dirigiéndose al profesor, que conversaba animadamente con su hermano, dijo:

—Gabin y yo deseamos que usted tenga a solas una conversación con Raga. Él no es culpable de lo sucedido.

—Comprendo —repuso Evatt—. Gracias, amigos.

Arthur entró a reunirse con la mujer y de nuevo se impuso en el guía el sentido práctico.

—Ve por los porteadores, Karema, y tráelos aquí, junto con los fardos. No te arrepentirás, Nioro, de la confianza que has

depositado en nosotros.

El rey bantú, que acababa de acercarse, hizo entrega a los blancos de los rifles y los cuchillos.

—Eso espero. Yo y mis hombres...

—No; vosotros no debéis luchar contra esos miserables. Sus armas os destruirían. Cuando el ataque se produzca, atended las indicaciones de mi capataz. Karema os transmitirá mis órdenes:

—¡Debo castigar a los que esclavizaron a mi pueblo!

—Te prometo que intervendrás; pero con astucia. Sigue teniendo fe en mí. Reúne a tus guerreros y diles que permanezcan atentos a tus instrucciones. Todo será fácil.

El jefe de la aldea fue a hacer lo que Gabin le indicaba. Karema regresaba en aquel momento con los cargadores y el guía repartió las granadas de mano entre él, Alcide y el etnólogo, reservando dos para Arthur. El capataz sonrió satisfecho al tomar entre sus manos el «Winchester» que, como a los demás miembros del safari, le fue arrebatado.

—¿Cree que nos atacarán, Peter? —inquirió Alcide.

—Sí. No se resignarán a perder a la muchacha y, con ella, el mejor y más perverso de los negocios. Intentarán rescatarla a cualquier costa y matar a los indígenas que integran este poblado a fin de que no comuniquen a sus hermanos de raza que la diosa blanca no existe.

Gabin guardó silencio. Las palabras que acababa de pronunciar sonaron lejanas en sus oídos. Le servían para disimular la angustia que le dominaba ante la idea de que Arthur consiguiese reavivar el amor en el corazón de Raga. Su gesto pensativo hizo sonreír extrañamente a Alcide Evatt, quien intuía lo que estaba sucediéndole a Peter.

—El nombre de la pretendida diosa blanca es Elisabeth Randall, hija única de un lord, dueño de ricas plantaciones en Uganda. Fue raptada, sin que se volviera a saber de la niña, por un indígena que odiaba al padre. Resultaron inútiles todos los esfuerzos y el lord murió. La herencia de Elisabeth está siendo administrada por unos parientes quienes, por nosotros, saben que ella vive y que intentamos encontrarla. Arthur se propone llevar a la muchacha a una rica residencia inglesa para que sea educada y, luego, contraer matrimonio. Tales fueron los informes del gobernador de Tanganica

a una carta de mi hermano y... ahí sale Arthur.

El gesto del profesor era el de un hombre vencido por la adversidad. Al ser interrogado por Alcide, repuso:

—Durante mi conversación con Raga, ella no dejaba de preguntarme por usted, Gabin. Es natural. Soy un hombre viejo, agotado y...

Conmovido por el dolor que reflejaban las frases de aquel hombre, Peter se alejó de los Evatt, dominando el impulso que le empujaba junto a la mujer. El etnólogo se le reunió.

—¿Me admite un consejo? Sobre África no soy el más indicado para dárselo; pero sobre Raga sí.

—¡Hable!

—No se deje sugestionar por la primitiva belleza de esa joven. Ningún hombre civilizado será feliz con ella.

—En el Continente Negro, sí. ¡Yo no pienso abandonar nunca estas tierras! Usted se ha referido a un hombre civilizado. Yo no lo soy. ¡Me repugnan los convencionalismos sociales!

—¡No podrá prescindir nunca de ellos, por mucho que se esfuerce! Se lo aseguro y...

Una voz potente, metálica, ya oída en otras ocasiones por los miembros del safari, a lo largo de su marcha por el bosque, interrumpió al etnólogo, al que Gabin tradujo las frases, dichas en dialecto bantú:

—Los servidores de la diosa blanca ordenan que el rey y todos los guerreros depongan sus lanzas y entreguen a la mujer de la que se han apoderado, hemos seguido las huellas y nos consta que está aquí. Como demostración de nuestro mágico poder...

Un horrísono estallido conmovió la tierra. En el centro del campamento se alzó una nube de polvo que, al disiparse, mostró los mutilados cadáveres de varios negros.

—¡Todos al bosque! —gritó el guía en lengua indígena.

Su orden fue obedecida. Varios disparos ocasionaron algunas víctimas, no muchas merced a lo rápido de la fuga. Peter entró en la cabaña real. No deseaba que Raga se reuniera con los suyos ni tampoco que la muchacha pudiera ser herida. Ella le recibió con gesto de gozo, pero Gabin, sin cruzar palabra, trabajó durante varios minutos en una de las paredes de la rústica edificación hasta abrir un agujero lo suficientemente amplio como para permitir el

paso de una persona. Luego, sintiendo los estampidos de los «Winchester» de sus amigos, preguntó a la muchacha:

—¿Quieres separarte de mí, volver con los que has vivido hasta ahora?

—Deseo lo que tú desees.

—Sígueme. Vamos a dar una sorpresa a esos miserables.

Los dos jóvenes se reunieron con sus camaradas y con Nioro, quien, algo asustado, le esperaba con ansiedad.

—¿Qué hacemos? —fue la pregunta del rey negro.

—Disponernos a una lucha dura y cruenta. Los indígenas deben internarse en el bosque, en un amplio semicírculo a espaldas de nuestros enemigos, y sin atacarles, impedir que huyan. Conviene capturarles vivos, siempre que ello no encierre graves riesgos. Ponte al mando de tus fuerzas, Nioro. Si hay alguna orden en contrario te lo comunicaré con Karema. ¿De acuerdo?

El indígena, asintiendo con el gesto, se apartó de los blancos, disponiéndose a cumplir las instrucciones recibidas mientras Gabin, luego de obligar a Raga a tenderse en tierra, al amparo de un corpulento árbol, se volvió a sus compañeros.

—La situación es grave para nosotros, aunque no desesperada. Me temo que ellos —señaló al interior del bosque— posean armas en abundancia y, lo que es más grave, granadas de mano sin limitaciones. Si les atacamos de frente, una bomba nos hará volar.

—¿Qué es lo que sugiere?

El guía fue a responder a la pregunta formulada por Arthur, pero no llegó a hacerlo. Había visto entre la maleza a varios pigmeos, que se aproximaban arrastrándose. No dudó. En la certeza de que se hallaban rodeados por los «negrillos» africanos, dirigidos por Tawawur y el rey, extrajo una granada del estuche que pendía de su cinturón arrojándola contra los nuevos enemigos. Los resultados no se hicieron esperar. Al producirse la explosión numerosos pigmeos, presos de pánico, corrieron hacia el interior de la selva, convencidos de que los blancos eran invencibles, pues poseían una «medicina» igual que la de los servidores de la pretendida diosa blanca. Solo un indígena permaneció en pie, tambaleándose, sin avanzar ni retroceder.

—¡El hechicero! —exclamó McKell.

Tawawur tenía el pecho ensangrentado y, con no pocos

esfuerzos, pudo alzar la lanza que llevaba en su diestra con ánimo de arrojarla contra aquellos a quienes odiaba. El etnólogo le encañonó con su rifle, pero Peter impidió que disparase.

—No malgaste un proyectil. No es necesario.

El guía no se equivocaba. El negro no pudo lanzar el venablo. Cayó de rodillas para, después, desplomarse en tierra, quedando en grotesca postura. Gabin dijo a Alcide y al capataz de los porteadores:

—Disparen para hacer creer al enemigo que vamos a atacarle. Espero que Tawawur no haya muerto. Él puede decirnos muchas cosas.

Ni Arthur ni Leslie le preguntaron qué revelaciones confiaba en escuchar de labios del indígena, limitándose a acompañarle. El negro miró a los tres hombres con ojos en los que brillaba el odio.

—¡No saldréis vivos del poblado bantú! —amenazó el hechicero, con voz bronca.

—Es posible —fue la suave respuesta de Peter—; pero de una cosa estoy seguro: de que tú vas a precedernos en el camino de la eternidad. ¿Estabas a sueldo de los que utilizaban a Raga para aterrorizar a los nativos?

—Sí. Ellos me permitían realizar mis dos ambiciones: la de enriquecerme para vivir el resto de mis años en una ciudad, gozando de los progresos de la civilización, y la de contribuir al exterminio de los blancos, de los extranjeros que dominan la mayor parte del Continente Negro.

—¿Favoreciendo el contrabando de armas?

—Sí.

—¿Pagabais las remesas con las ofrendas que exigíais a los reyes de las aldeas indígenas y con la explotación de minas en las que trabajaban los nativos?

—Acertaste. De nada te servirá haber descubierto la verdad. Mis amigos te matarán y...

Tawawur no pudo continuar hablando. La sangre cubrió sus labios y, tras unas convulsiones, el hechicero murió.

—El misterio empieza a dejar de serlo, Evatt. Creo que, aún sin saberlo hasta ahora, estamos prestando un gran servicio a Francia y a Inglaterra. Lo que resta será duro, pero confío en la victoria...

Con tales palabras, el guía regresó junto a Alcide, Raga y

Karema, seguido del profesor. Dos granadas estallaron cerca de ellos, sin herirles. El enemigo iniciaba su ataque con bombas de mano. Al amparo de los árboles habíase aproximado a los miembros del safari de forma peligrosa...

Capítulo VIII

LUCHA A MUERTE

MIENTRAS avanzaba reptando, ocultándose en la frondosa vegetación, Peter se repetía una y otra vez que lo que iba a realizar era un acto temerario, un desafío a la muerte. ¡Y él deseaba vivir! Hasta entonces la vida fue para él una pesada carga; pero desde su encuentro con Raga la existencia poseía el atractivo del amor, de un amor nacido en unos segundos, con la fuerza del primitivismo, sin la hipocresía con que se rodea tal sentimiento en los países civilizados.

Al recordar la insistencia de sus compañeros para que no emprendiese solo aquella aventura y, sobre todo, la oferta de Arthur Evatt de ir a su lado, no pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios, sonrisa de afecto, de gratitud por el interés que sus amigos le demostraron.

Conforme caminaba, Gabin pudo ver a varios guerreros bantús que, siguiendo órdenes de su rey, vigilaban para evitar que sus enemigos huyeran. El guía se sacrificaba con el deseo de impedir una larga batalla en la que quizá no fueran pocos los muertos. Proyectaba sorprender a los cuatro indígenas y a los dos blancos por la espalda para conminarles a la rendición. Si resistían... peor para ellos. La lucha era a muerte.

Extremando las precauciones por saberse ya en terreno de sus adversarios, Peter, con el rifle a la espalda, trepó a un árbol inmediato y, oculto entre las ramas, examinó con detenimiento la zona que ante él se ofrecía, pareciéndole descubrir, detrás de unos arbustos de menos de un metro de altura, a un hombre que se disponía a arrojar algo. No lo dudó. La distancia no era grande por lo que, con el revólver, hizo un disparo. Un grito de terror, de muerte, alzóse en el aire y Gabin, desde su observatorio, pudo ver

como un individuo, ataviado con ropa colonial, se ponía en pie para, abriendo mucho los brazos, desplomarse a tierra. La idea de haber matado al que le interesaba capturar vivo para pedirle cuentas, no solo del delito de contrabando de armas, sino también del pasado, le hicieron crisar los dientes en un gesto de ira y de preocupación.

Inmóvil, deseoso de que sus enemigos se mostraran, el guía, reponiendo el cartucho, esperó, tensos los nervios. Como nadie se acercara al caído, Gabin, descendiendo del árbol, encorvado, siguió avanzando, en la certeza de que cada paso significaba un mayor peligro. La prudencia le gritaba que se detuviera, pero el afán de exterminar a los miserables que sojuzgaron por el terror a millares de indígenas le impulsaba a proseguir la marcha con desprecio de la vida.

Se aproximó al caído y, luego de mirar atentamente en derredor, inclinóse sobre su víctima, diciendo al ver la cara del hombre:

—¡No es Antoine Menié!

—No —repuso una voz bronca a su espalda—. Yo no soy de los que acostumbran a ser vencidos por nadie. Debieras saberlo.

Peter volvióse hacia el lugar de donde partieron tales palabras, palideciendo al reconocer al mismo hombre al que viera en el claro del bosque poco antes del rapto de Raga.

—¡Usted!

—Sí. Hace años que te vaticiné un rotundo fracaso como cirujano y mis palabras se vieron confirmadas por los hechos. ¿No recuerdas que mataste a un enfermo por aplicarle mal la anestesia?

—La mascarilla estaba rota.

—No. La rompiste tú al comprobar tu torpeza y para justificarte ante tus compañeros. Mis declaraciones en el sentido de haber revisado la careta antes de proceder a la operación bastaron para inclinar al Colegio de Médicos a un dictamen condenatorio que provocó tu inhabilitación para ejercer la carrera. Aquello tuvo fatales consecuencias para ti. ¿Lo recuerdas?

Con los puños crispados y un gesto de ferocidad en su semblante, Gabin exclamó, mientras intentaba avanzar hacia su enemigo:

—¡Miserable!

Antoine Menié, en cuya diestra había un revólver de grueso

calibre, amenazó al joven:

—¡Quieto o mueres! Yo que tú no obedecería. Da igual acabar ahora que dentro de unos minutos. Sin embargo, tal vez te agradará saber algunas cosas; por ejemplo, los motivos de mi odio y la verdad con respecto al accidente de la mascarilla.

Por un segundo, Peter cerró con fuerza los párpados, hasta hacerse daño, para abrirlos de nuevo y clavar su colérica mirada en el que, seguro del triunfo, sonreía sardónico.

—¡Hable! Nunca pude explicarme su encono hacia mí.

—Es lógico. Supe disimular mis sentimientos hacia Jeannette. Me propuse arrebátartela y no paré hasta conseguirlo. Escúchame con atención, sin interrumpirme. Quizá así la muerte te sea más grata y yo gozaré de la suprema satisfacción que representa el hacerte sentir la completa superioridad que yo siempre tuve sobre ti.

Menié hizo una pausa, quizá para ordenar mejor sus ideas. Luego, comenzó, con voz en la que vibraba una insana y demoníaca alegría.

—Como catedrático de Cirugía de la Facultad de Medicina, pude obstaculizar tu carrera, suspendiéndote dos cursos seguidos. Tú, dándote cuenta de que algo me hacía odiarte, te trasladaste a Lyon, graduándote en dicha ciudad. Después volviste a París, con el afán de reunirte con Jeannette y de dar comienzo a tus trabajos científicos. Aunque te parezca mentira, yo intervine para que obtuvieras el puesto, que tanto ambicionabas, de auxiliar de mi cátedra. He de reconocer que mis recomendaciones no hacían ninguna falta, pues ganaste dicho cargo. Querías anularme, demostrarme tu competencia. Poco más tarde intervinimos juntos por vez primera. Fue a una muchacha. Mientras nos lavábamos las manos en el antequirófano, hice lo posible por irritarte con mis sarcasmos asegurando que de no haberte marchado de la capital nunca habrías aprobado las últimas asignaturas. Te hablaba en voz baja para que los médicos y las enfermeras que iban a ayudarnos no nos oyesen. Tú perdiste los estribos y quisiste golpearme. ¡Qué cara de asombro pusieron los que nos rodeaban al separarnos y oír mis palabras disculpando y atribuyendo tu actitud al nerviosismo propio de todo novel cirujano! Ya en plena operación te recriminé sin motivo por tu torpeza.

El silencio del bosque era roto de vez en vez por frecuentes disparos. Antoine Menié oprimía con firmeza el revólver, sin descuidarse en la vigilancia de su adversario.

—Aún recuerdo las risas contenidas de nuestros colaboradores al oírme decir que tus manos no eran ni las de un médico ni las de un aristócrata sino las de un campesino. También afirmé entonces que debían de exigirse responsabilidades a las Facultades que aprobaban al deshecho de París. Tú arrojaste el bisturí al suelo, abandonando el quirófano. Contaba con tu altivez, con tu soberbia.

—Con mi dignidad —terminó el guía.

—Siempre fuiste orgulloso. Yo supe aprovecharme de ello.

Menié interrumpió su monólogo durante unos segundos para continuar, con tono burlón:

—No querías contraer matrimonio con Jeannette hasta que no ganaras lo suficiente para mantener un hogar sin recurrir al dinero que la muchacha heredó de sus padres. ¡Fuiste un necio, Peter! Tu soberbia te perdió. Jeanette se resistía a creer que el motivo de ir aplazando la boda era únicamente el material, atribuyéndolo a falta de cariño. Ella no concebía tus preocupaciones porque jamás se preocupó de lo que a ti tanto te inquietaba. Había nacido rodeada de lujos y comodidades. Yo frecuentaba su trato, a espaldas tuyas, para pedirle que intercediera cerca de ti a fin de limar un carácter que, yo aseguraba, te crearía graves trastornos en tu carrera. Me presentaba siempre como tu ángel bueno y Jeannette, que ignoraba cuáles eran mis propósitos y mis ambiciones, no vacilaba en dar crédito a mis palabras. Mis repetidos suspensos los justifiqué alegando impericia profesional en ti. Tras un elogio vertía una censura, esta última velada. El disgusto de Jeannette por el retraso de su matrimonio la hacía comprender y disculpar mis palabras. El azar quiso favorecerme cuando al hermano de tu prometida, único heredero con ella de una gran fortuna, tuvo que serle extirpado el apéndice. Los dos ataques primeros le dieron en un período de veinticuatro horas y había que intervenir con rapidez para evitar la peritonitis. Ella quiso que tú fueras el anestésista y que yo actuara de cirujano, con el deseo de reconciliarte conmigo, de hacerte comprender que tú te iniciabas en una carrera en la que yo llevaba muchos años y que era preciso que fueses humilde para poder superarte. No te negaste a un ruego formulado entre lágrimas. Yo

inutilicé la careta para que se produjera el accidente.

Al oír tal revelación, al escuchar el reconocimiento del nefando crimen, Gabin, olvidándose de la amenaza del revólver, avanzó varios pasos con el propósito de agredir a Antoine Menié. Este, sin retroceder, previno a su enemigo:

—¡Da igual ahora que luego!

Peter, observando que el dedo índice de su antagonista se curvaba sobre el gatillo del arma, se inmovilizó.

—¡No dispare aún! ¿Por qué deseaba casarse con Jeannette? ¿La quería?

Menié negó con el gesto y la palabra.

—No tan apasionadamente como para justificar un asesinato. Siempre tuve la ambición del dinero. Casándome con Jeannette, una vez muerto su hermano, me convertiría sin esfuerzo en uno de los hombres más ricos de Francia. No pude conseguirlo. Ella, después que tú huiste de París al conocer el dictamen del Colegio de Médicos, legó toda su fortuna a una institución religiosa, ingresando en un convenio. Fue entonces cuando acepté la proposición de un grupo de nacionalistas marroquíes y, en combinación con Barri y otros hombres, me dispuse a enriquecerme en unos años con el tráfico de armas. La vigilancia inglesa y francesa es tan extraordinaria en los mares Mediterráneo y Rojo que todos los envíos de material de guerra para Argelia, Egipto y el Sudán eran capturados y, por ello, decidimos utilizar las costas del Atlántico, las del Congo Medio, a fin de introducir dichas armas por el centro de África. Barri protegía a una muchacha blanca, sirviéndose de ella para obtener, mediante el temor y el fanatismo de los indígenas, toda clase de productos alimenticios y oro y piedras preciosas, que utilizaba en su beneficio y en la lucha contra los odiados extranjeros. Es un nacionalista ferviente. ¿Quieres conocer los trucos que hemos utilizado?

—No es necesario —repuso Gabin—. Se lo diré yo. El fuego que tanto aterroriza a los negros es producido por pólvora. Encontré unos granos en las hojas del roble desde el que nos hicieron una demostración de magia y pude observar también el roce producido por los hilos que enlazaban el altavoz con el micrófono y las baterías. Es fácil reír y amenazar a distancia de modo que parezca que las palabras y las carcajadas provienen del aire. Por si esto

fuera poco, los indígenas del interior desconocen la mortífera eficacia de las granadas de mano. El suelo parece estremecerse y arder.

—Eres muy listo, Peter; peligrosamente listo.

—Me precio de no dejarme engañar por las apariencias. Arthur Evatt no consiguió explicarse los fenómenos de que fue víctima en su encuentro con Raga y el negro. Yo, sí. El profesor bebió agua al despertar, agua que contenía un poderoso narcótico. Los disparos que hizo contra su enemigo fueron ineficaces porque éste, previamente, aprovechando el sueño de Evatt, quitó la pólvora de los cartuchos, regándola después por el suelo. Le bastó arrimar fuego para que el cerebro de Arthur, debilitado por la droga, creyera verle desaparecer tras una cortina de llamas. ¿Conocía el episodio, Menié?

—Sí. Todos nos hemos equivocado un poco y a ello se debe la actual situación. Nosotros creímos que bastarían nuestras amenazas y la hostilidad de las tribus para obligaros a regresar. No fue así. Aún no me explico cómo pudisteis impedir que los porteadores se negaran a internarse en el bosque. Tawawur se comportó como un necio. Pudo lanzar contra vosotros a los pigmeos. No fue capaz de reteneros.

Peter, deseoso de ganar tiempo, con la ilusión de que su enemigo se descuidara permitiéndole luchar en defensa de su vida, inquirió:

—¿Cómo transportáis el material de guerra?

—Desde la desembocadura del río Congo hasta Uesso, junto al Ya Sanga, utilizamos porteadores que nos ceden los jefes de las aldeas para no caer en el enojo de la diosa blanca. En tal ciudad, en las afueras, hay un pequeño campo de aterrizaje y los aviones y los autogiros hacen lo demás.

El joven esforzóse en hallar una nueva pregunta. Veía como el índice de Antoine Menié curvábase en el gatillo. Dijo:

—Hay otras cosas que desearía saber. Imagino que las víboras que obstaculizaron el paso al safari y que fueron destrozadas por mí con dos bombas de mano, obedecían a una música transmitida a través del altavoz. ¿Me equivoco?

—No. Continúa.

—¿Cómo consiguió saber cuál era el verdadero objeto de la

expedición organizada por Arthur Evatt? ¿Qué relación une a los pigmeos con los indígenas de la tribu de Nioro? ¿Por qué se han unido varias aldeas?

Mientras formulaba las preguntas, el joven hubo de reconocer con angustia que estaba perdido, irremediablemente perdido. El cañón del revólver que empuñaba Menié apuntábase al corazón. Antoine, comprendiendo que Peter deseaba ganar tiempo, se lo hizo saber así, agregando:

—Nadie acudiré en tu ayuda. ¿No oyes los disparos? Mis hombres luchan con tus compañeros y les tienen a raya hasta que yo dé la orden de ataque. Por eso voy a satisfacer plenamente tu curiosidad.

Hubo una larga pausa, que fue rota por Menié.

—Son muchos los nativos que odian al extranjero. Poseemos informadores en todo África. No nos fue difícil saber la verdad. Uno de nuestros cómplices escuchó una conversación entre los hermanos Evatt. La relación que une a los pigmeos con los bantús es de servidumbre. Los «negrillos» proveen de carne a los negros y reciben de éstos legumbres y otros artículos. Tawawur consiguió reunir a varios grupos de pigmeos. Su misión era cerraros el paso a cualquier costa, pero el rey tuvo miedo. En cuanto a la agrupación de varias aldeas para formar una sola, muy numerosa, como la de Nioro, tiene lógica explicación. Es tan grande el terror que sienten hacia la diosa blanca que se agrupan con el propósito de ser más fuertes por si llega el momento de luchar contra el despótico poder que les esclaviza.

Menié cesó de hablar. Las detonaciones continuaban percibiéndose a escasa distancia de los dos hombres. Peter se dispuso a morir matando. No quería permanecer inactivo. Al menos expiraría con el consuelo de saber que la bala penetró en su cuerpo cuando intentaba un acto de defensa.

—¿No dispara, Antoine?

—Voy a hacerlo. Esperaba a que te lanzases sobre mí. Siempre es más fácil asesinar a un hombre que lucha que a quien se resigna a morir igual que una mujer asustadiza.

Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y los músculos, de las piernas en tensión, Gabin pensó en Raga y, con una amarga sonrisa, se dijo que el Destino le probaba duramente. Cuando la existencia

no le importó, pudo librarse de enormes peligros. Y ahora que deseaba vivir...

Sin esperanza el guía se arrojó a tierra, llevando la diestra a su revólver. Un estampido le ensordecó

Capítulo IX

EL FIN DE UNOS MALVADOS

AL amparo de los troncos de corpulentos árboles, los hermanos Evatt, Leslie McKell y el capataz Karema mantenían a raya a sus enemigos, impidiéndoles aproximarse. Estaban seguros de que apenas sus adversarios pudieran situarse a menor distancia y utilizar contra ellos las granadas de mano, les aniquilarían. Las bombas que Peter Gabin puso en uno de los fardos eran muy escasas y los miembros del safari consideraban absurdo lanzarlas sin tener la certeza de que sus explosiones ocasionarían bajas entre los secuaces de la pretendida diosa blanca. Mientras conservaran las granadas como reserva, podían aspirar a una lucha en igualdad de condiciones, pero apenas las agotaran...

Arthur, que había conseguido herir a uno de sus enemigos, el más audaz, que intentó sorprenderles por la espalda, dijo:

—Es necesario que abramos bien los ojos o... ¿Y Raga?

Alcide y el etnólogo miraron al sitio ocupado hasta entonces por la muchacha, sin descubrirla. McKell exclamó:

—No debimos descuidar la vigilancia de esa mujer. Tal vez ha ido a reunirse con los suyos.

—Ya no hay remedio. Son inútiles las lamentaciones —repuso Alcide, grave el semblante.

Los portadores que integraban el safari permanecían tendidos en tierra al amparo de unos altos matorrales. Karema, reptando a fin de no ofrecer un blanco seguro a sus adversarios, se aproximó a los negros para preguntarles si habían visto huir a la joven. La respuesta fue afirmativa. Raga, aprovechando un descuido de los que la custodiaban, con extraordinaria celeridad, según manifestó uno de los cargadores, internóse en el bosque, desapareciendo en pocos segundos. El capataz informó a Arthur Evatt y sus palabras

fueron escuchadas también por Leslie y Alcide.

—Sigamos con nuestros disparos —dijo el profesor—. Tal vez Gabin pueda sorprender a nuestros enemigos.

—Mucho tarda —repuso el etnólogo—. ¿Por qué no vamos uno de nosotros en su ayuda?

—No —opuso Alcide—. Le prometimos no desobedecer sus órdenes. Por otra parte, no debemos mermar más nuestras ya reducidas fuerzas.

McKell calló y, preocupado por la suerte de su compañero, se dispuso a seguir luchando...

* * *

Aún no se había extinguido el eco de la detonación, cuando una voz, familiar para el guía, gritó, en lengua bantú:

—¡Salta sobre él antes de que sea tarde!

—¡Aparta, maldita! ¡Aparta o...!

Peter alzó los ojos con asombro descubriendo a Raga en lucha con Menié, La muchacha aferraba la mano armada de su enemigo, impidiendo que precisara la puntería. Debió desviar el disparo en el momento de producirse, ya que de lo contrario Antoine no hubiese errado el tiro a tan corta distancia.

Tales ideas cruzaron como un relámpago por la mente de Gabin, quien, con la rapidez del hombre de acción, se puso en pie y se abalanzó contra Menté, diciendo a Raga:

—¡Sepárate de él!

La mujer obedeció y, desde corta distancia, pudo ver como para Peter era sencillo desarmar a su rival, luego de retorcerle la muñeca con fuerza. Después, sin aprovechar la ventaja que la presa le ofrecía, soltó a Antoine y los dos hombres quedaron cara a cara, separados por tres metros de distancia.

—¡Necesito que viva para que confiese sus delitos! La ayuda de Raga es la ayuda de la Providencia. ¡Defiéndase! Ahora estamos en África, sin ventajas, no en la Facultad de Medicina o en el quirófano donde asesinó al hermano de Jeannette.

Menié, cobarde como todos los asesinos cuando la ventaja no está de su parte, llevó su diestra al cinturón con ánimo de apoderarse de una de las granadas: pero no pudo hacerlo. En la mano derecha de Gabin apareció el revólver, como por arte de magia, tanta había sido su destreza al empuñarlo.

—El que no quiera matarle no significa que me deje asesinar. ¡Quítale todas las armas, Raga! —agregó en dialecto indígena—. Procura no interponerte entre nosotros.

La joven obedeció y, de nuevo, hubo un largo silencio entre los dos hombres, silencio roto por el seco crepitar de los rifles. Peter, adelantando varios pasos, golpeó a Antoine en el rostro, con la mano abierta. Su propósito era encolerizarle y tuvo éxito. El agredido, con ciega furia, se abalanzó contra el guía, quien, en un quiebro de cintura y con ágil juego de piernas, esquivó la acometida, no sin asestar al que le atacaba un feroz izquierdazo en una ceja, por la que comenzó a manar la sangre. Menié, revolviéndose como fiera acorralada, pudo alcanzar a Gabin en la mandíbula con el puño derecho, haciendo tambalearse a su rival, momentáneamente aturrido.

Con un grito de feroz alegría, Antoine se dispuso a aprovechar la ventaja y, en plongeón, se arrojó contra el guía. Los dos hombres rodaron a tierra, envueltos en mortal abrazo.

Menié, muy corpulento, cegado por el odio que sentía hacia el joven, gozando de una superioridad fruto de la sorpresa, pudo aferrar entre sus dedos la garganta de Peter, oprimiendo con salvaje ferocidad. Gabin tensó los músculos del cuello y, aprovechando que su antagonista se olvidaba de la defensa para consagrarse únicamente al ataque, comenzó a machacar el rostro de su enemigo; pero, debido a la difícil postura en que se hallaba, sus golpes no tenían la contundencia necesaria para hacer perder el sentido al que, sentado sobre el pecho de su rival, continuaba oprimiéndole el cuello con ciega; furia, sin sentir los secos impactos de los puños del guía.

Gabin intentó revolverse para derribar a Antoine. No pudo conseguirlo. La asfixia comenzaba a dominarle. Si no conseguía separarse de su adversario en pocos segundos... No completó la idea. No estaba para pensar. Un sudor frío, de muerte, comenzó a deslizarse por sus sienes mientras continuaba golpeando desesperadamente el rostro de su adversario. Menié, gozoso, seguro del triunfo, repetía;

—¡Aseguré que no saldrías vivo de África! ¡Muere!... ¡Muere!... ¡Muere!...

Con la boca abierta y los ojos desencajados, Peter, en un último

esfuerzo, en el que reunió todas sus energías, pudo alzar ambas piernas y, merced a un descuido de Antoine, muy seguro del éxito, consiguió aferrar la cabeza de su enemigo. De un violento tirón, contorsionando el cuerpo, Gabin logró hacer perder el equilibrio a su antagonista y derribarle a su derecha. Al no sentir el férreo dogal en torno a su cuello y al notar la entrada del aire en sus pulmones, una sensación de vitalidad, de fuerza, inundó a Gabin quien, deseoso de ganar tiempo para restablecerse, continuaba oprimiendo la cabeza del que esforzabase en librarse de una presa que, sin ser temible, le imposibilitaba para un nuevo ataque antes de que su adversario se repusiera por completo.

El guía mantuvo inmóvil a Antoine el tiempo que estimó necesario para su total recuperación física y luego, soltándole, se puso en pie. Al mirar cara a cara a su adversario comprendió que la lucha se decidiría a su favor, ya que Menié, con ambas cejas rolas, estaba casi ciego a causa de la sangre que se deslizaba por su rostro. Pudo comprobar que tal hipótesis era cierta al ver la ansiedad con la que Antoine deseaba provocar un cuerpo a cuerpo, que él impedía fácilmente con un ágil juego de piernas.

Procurando que sus golpes no fueran decisivos, con el deseo de castigar duramente al miserable, Peter, en pocos minutos, desfiguró por completo las facciones de su enemigo hasta que, compadecido, le asestó un derechazo en la mandíbula, derribándole sin conocimiento.

Con la camisa desgarrada por la lucha, la cabeza erguida en un gesto de triunfo, de desafío, Gabin era el prototipo del héroe, del hombre invencible asistido, por la razón y la fuerza.

—Gracias, Raga. Te debo la vida.

Ella, primitiva, sin conocer el pudor ni las conveniencias sociales, se acercó al hombre para, ofreciéndole los labios, responder:

—Iba a matarte. ¡Bésame!

Él, respetuoso, rozó con su boca la de la mujer, acariciándole después los cabellos.

—Vuelve con mis amigos, Raga.

—¡Iré contigo!

—¡Obedéceme! Si es cierto que me quieres, harás lo que te mando.

Raga, sumisa, retrocedió hasta perder de vista a Peter, interceptada la masculina figura por los troncos de los árboles. El guía, al saberse solo, se dispuso a impedir que Menié recobrara el conocimiento en su ausencia y huyera; por lo que, tomando fuertes lianas, inmovilizó con ellas al hombre, atándole a un roble. Luego, percibiendo siempre el fragor de la lucha que sus camaradas sostenían con los cómplices de Antoine, tras dar gracias a la Providencia por la oportuna intervención de Raga, continuó el avance, orientado por los disparos, no tardando en divisar a tres negros, agazapados detrás de unos juncas que crecían en la orilla de un arroyuelo. ¿Y el otro indígena? La respuesta a tal pregunta se la dio a Gabin el diálogo de sus enemigos.

—Tarda mucho Menié —comentó uno de los nativos—. ¿Y si hubiera fracasado?

—No lo creo. ¿Cómo van a imaginar los que integran el safari que uno solo de sus adversarios pretende sorprenderles por la espalda? Además, él no tiene necesidad de arriesgarse. Le basta con situarse a una distancia desde la que le sea posible arrojar un par de granadas. Cuando oigamos los estallidos, nos lanzaremos al ataque.

Peter sonrió con dureza. Antoine había tenido la misma idea que él aunque peor suerte.

—¿Y Bulawi? —inquirió Barri, el negro gigantesco al que Arthur Evatt hizo referencia en su historia.

—Acaba de morir —fue la respuesta de otro indígena—. La bala le atravesó un pulmón y ha tenido un vómito de sangre que le ha ahogado.

—Es la primera víctima.

Gabin que, reptando, se había aproximado hasta, una distancia en la que fuera, eficaz su revólver, se incorporó de pronto para encañonar a sus enemigos con el arma corta.

—¡Quietos! ¡Soltad las armas y levantad los brazos!

Barri, que tenía en su diestra un rifle, giró en redondo con temeridad. No pudo oprimir el gatillo. Una bala acabó con su vida al atravesarle el corazón.

—¿Quiere alguien más suicidarse? —inquirió de nuevo el guía.

La respuesta fue dada en silencio por los dos indígenas, quienes, en la certeza de que su muerte era segura de no obedecer al guía, se apresuraron a soltar los «Winchester» que empuñaban, alzando las

manos a una altura superior a la de sus cabezas. Gabin, no queriendo correr ningún riesgo, ordenó, con voz tensa:

—¡Volveos de espalda! ¡Pronto o disparo!

Fue obedecido con presteza y Peter, asiendo el revólver por el cañón, golpeó con él, a modo de maza, a sus enemigos, que cayeron a tierra privados del conocimiento. ¡La batalla estaba ganada para el bien y la justicia!

Gozoso por el triunfo conseguido, el guía enfundó el arma corta y, a pecho descubierto, anduvo hasta llegar a la explanada de la aldea de Nioro, agitando ambos brazos para ser reconocido por sus compañeros. Estos, al verle, se mostraron sin precaución alguna por considerar que la falta de precauciones por parte del guía representaba el total triunfo sobre el grupo de malvados. Raga fue la primera en correr al encuentro del guía para abrazarle con vehemencia, mientras musitaba en lengua bantú, única conocida por la muchacha:

—Tuve un miedo espantoso a que no volvieras.

Después de recibir las felicitaciones de sus compañeros, Gabin ordenó a Karema que fuese a comunicar a Nioro y a sus guerreros el feliz resultado de la apenas iniciada batalla. El capataz así lo hizo y los Evatt, Leslie, Peter y la muchacha, provistos de las correas y cuerdas que utilizaban para atar los fardos, se dirigieron en busca de sus enemigos para, una vez atados de forma que no les fuera posible la evasión, regresar con ellos al campamento, en el que la alegría era extraordinaria. Pronto los tambores enviaron mensajes a las aldeas inmediatas para anunciar el fin del despótico poder de la diosa blanca.

Todos se mostraban felices excepto el profesor. Pese a los esfuerzos que Gabin realizaba no podía impedir que Raga se mostrara con él cariñosa, lo que hacía sufrir a Arthur Evatt, haciéndole comprender que los esfuerzos y peligros pasados lo fueron en beneficio de otro hombre cuando creía tener la dicha al alcance de su mano.

El mayor de los Evatt, meditativo, se apartó del campamento, seguido por la inquieta mirada de Alcide, quien le siguió a prudencial distancia. El profesor, internándose en el bosque, caminaba como un autómatas, con el deseo de huir de la presencia de Raga y de Peter, dos seres a quienes no podía odiar y que, sin

embargo...

Tan abstraído iba en sus pensamientos que no vio una sombra deslizarse paralela a él. Alcide sí reparó en el peligro y, con precipitación, dispuso el rifle. Lo hizo a tiempo. Un leopardo saltó sobre Arthur, derribándole. La fiera alzaba ya una de sus garras para destrozar el cráneo de su enemigo cuando sonó un disparo y el felino, alcanzado en un órgano vital, cayó a tierra, muerto en el acto. El profesor, incorporándose, con un rasguño en un hombro por el que brotaba la sangre, miró a su espalda deseoso de saber quién era el que había intervenido en el momento preciso. Una sonrisa iluminó sus facciones.

—Gracias, Alcide. ¿Te reirás si afirmo que celebro lo ocurrido?

—No acostumbro a reírme de nada de lo que tú dices, hermano; pero me agradaría que me explicaras esas palabras.

El profesor golpeó con la puniera de su bota derecha al animal, un magnífico ejemplar de leopardo. Después, con voz lenta, habló:

—Cuando me separé de vosotros, la existencia carecía de atractivo para mí, me consideraba un hombre acabado, presa de la desesperación. Ha sido necesario que la muerte se mostrara para hacerme comprender que aún amo la vida y que esta, con Raga o sin ella, es hermosa.

Había serenidad en las palabras de Arthur y Alcide sintió que el júbilo inundaba su pecho. Con una sonrisa indescifrable, el menor de los Evatt extrajo de su cartera que llevaba en el bolsillo de pecho de su camisa, un espejo, no mayor que una tarjeta de visita, y se lo entregó a su hermano mientras comentaba:

—Muchos me han preguntado la causa por la que permanezco soltero. Cuando un hombre no contrae matrimonio antes de cumplir los cuarenta y cinco años, no debe hacerlo ya y menos aún con una muchacha a la que le doble la edad. Si en alguna ocasión me siento atraído por cualquiera de las jóvenes que habitan en las ciudades del Congo Medio, me miro en ese pequeño espejo y en él veo que empiezo a envejecer, pese a considerarme un hombre joven por mi afán de aventuras y mi vigor físico. El brillo de mis ojos es apagado y hay arrugas en mi rostro. El amor requiere ímpetu., ceguera, insensatez si me apuras un poco. También fuego y en nosotros las llamas empiezan a apagarse para quedar convertidas en el rescoldo. Al amor hay que darle toda la juventud.

De la aldea indígena llegaban hasta los Evatt, los cánticos de los negros celebrando el cese de su esclavitud y, aún sin ellos saberlo, el triunfo del bien sobre el mal.

—Nosotros tenemos una esposa capaz de llenar nuestra vida, Arthur. ¿No sabes cuál?

—No lo adivino.

—¡África!

Los tambores, que hasta entonces comunicaron la grata nueva de la derrota de los secuaces de la pretendida diosa blanca, dejaron de oírse en aquel instante para, tras un breve silencio, sonar de nuevo en ritmo de danza. Una hiena aulló próxima a los dos hombres, quizá venteando al leopardo muerto.

—África... — repitió nostálgico el profesor—. Sí, Alcide. Creo que estás en lo cierto y que me he comportado igual que un insensato al pretender unir mi vida a la de Raga. Estoy firmemente convencido de que Dios se sirvió de mí para arrancar a esa muchacha del poder de unos malvados y para que fuese feliz junto a un hombre joven, heroico, igual que fuimos nosotros hace ya muchos años...

* * *

Los hermanos Evatt tomaron posesión de la mina de oro que los bantús explotaron hasta entonces en beneficio de los traficantes de armas y, en nombre del Gobierno francés, prometieron a los indígenas adquirirles todo el mineral que extrajeran pagándoselo, a un precio razonable, ventajoso para los trabajadores, en dinero o en artículos, que contribuyeran a mejorar el nivel de vida de la aldea regida por Nioro, quien, con sus hombres, dio escolta al safari hasta muy cerca de uno de los puestos de radiotelegrafía del Gobierno, desde donde pidieron el envío de un avión militar con tropas para que se hicieran cargo de los prisioneros. En el aparato llegó un teniente coronel del Servicio de Información Militar, quien felicitó a los que integraban el safari y, de modo muy especial, a Peter Gabin.

—¿Cree conveniente que procedamos contra esa tribu de pigmeos que colaboraba con Antoine Menié y los suyos? —inquirió el teniente coronel.

—No —repuso el guía—. Muerto Tawawur, volverán a ser pacíficos, sin más objeto que el de vivir felices en su primitivismo. Al correr de los años, la aventura de que hemos sido protagonistas

quizá adquiriera caracteres de epopeya, de leyenda, y se hable, con respeto y reverencia, de que hubo una vez una diosa blanca que impuso su poder y su magia entra las tribus del Congo...

EPÍLOGO

EL hombre oprimió, con insistencia el timbre de la puerta principal del convento de Mercedarias situado en las afueras de París. Su corazón palpitaba gozoso ante la idea de que en breve...

No completó el pensamiento. La recia hoja de madera se abrió con suavidad apareciendo una religiosa de bondadoso aspecto, quien, al reconocer al visitante, le sonrió con amabilidad.

—Pase, señor Gabin. La Madre Superiora le aguarda en su despacho.

—Gracias, hermana.

—Sígame.

Conforme Peter Gabin caminaba por los amplios corredores y habitaciones del convento, no pudo evitar un rápido recuerdo al pasado, a su rehabilitación como médico después de oídas las declaraciones de Antoine Menié, ajusticiado tras un proceso sumarísimo, ni tampoco el del ingreso de Raga en la institución religiosa, ya como Lady Randall, para ser preparada para una vida distinta a la que hasta entonces llevó. La muchacha sometióse a la exigencia de Peter, pues este la hizo saber que el unir para siempre sus vidas debería ir precedido de esa separación, que él hacía menos dolorosa con dos visitas, a la semana. Los progresos de la que fue diosa blanca para los negros bantús fueron extraordinarios, por lo que acudía a conducir a su prometida a casa de unos parientes de sus padres, de donde saldría una semana después para convertirse en la esposa de Peter Gabin, auxiliar de la cátedra de Cirugía de la Facultad de Medicina de París y, según el decir general, uno de los médicos de más brillante porvenir en Francia.

Aunque el joven ya estaba habituado a contemplar a su novia vestida con ropas europeas, al entrar en el gabinete de trabajo de la Superiora del convento quedó inmóvil unos segundos. Nunca vio tan hermosa a Raga. Había en sus ojos una luz nueva, de alegría, de fe en el futuro. Junto a ella, una monja de edad madura.

—Le entrego a Lady Randall, señor Gabin. Ha progresado de manera tan extraordinaria en los dos años que lleva bajo nuestra custodia que la presentamos como modelo a todas las alumnas y a no pocas novicias. Lo que resta depende de usted.

—Gracias, Madre. ¡Que el Señor les premie lo que han hecho por ella!

Tras un breve diálogo con la monja, quien les acompañó hasta la puerta, Peter y la muchacha abandonaron la residencia religiosa. La mañana era espléndida y el sol doraba los árboles del inmediato Bosque de Bolonia.

—Demos un paseo antes de dirigirnos a casa de tus parientes —propuso él.

—Sí, Peter —contestó la joven, en inglés—. ¿Adónde has pensado que vayamos en viaje de luna de miel? Me prometiste decírmelo hoy para darme una alegría.

Gabin se detuvo y, tomando una de las manos de su prometida, repuso:

—Los Evatt nos han invitado a pasar una temporada en su finca de Buala, en el Camerún. Aún no les contesté.

—¡Diles que sí! ¡Volver a África...!

En la voz de la mujer vibraba la nostalgia. Él, al advertirlo, dijo:

—Es posible que nos quedemos para siempre en el Continente Negro. Allí te encontré y tú eres mi felicidad.

Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron y había en ellas dulzura y pasión...

FIN

*El deseo de venganza
nubló la mente de Ja-
mes Kelly, al aliviar
al enemigo vistiendo
los uniformes de los
compañeros muertos en
la batalla...*

Convirtiéndose en un hu-
racán demoledor en
cuanto sonó en sus oí-
dos la orden:



¡Calen la bayoneta!

Tal es el título que el famoso

Keith Luger

ha escogido para ofrecer al lector amante de las
emociones fuertes, una de las novelas mejor logra-
das dentro de su género

¡Calen la bayoneta!

¡Una orden sinónimo de sangrienta represalia, de
desesperada incursión o de muerte heroica!

COLECCION CONGO

le ofrecerá tan apasionante relato la próxima semana

¡No deje de adquirirlo!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

427 — Joe Sheridan
RÍO SACRAMENTO

COLECCION "BUFALO"

124 — P. M. Dayne
ESTACION FURIA

COLECCION "CONGO"

15 — Afar Benet
LA DIOSA BLANCA

COLECCION "PANTERA"

61 — M. L. Estefanía
LA HERENCIA DEL
"COLT"

COL. "SERVICIO SECRETO"

291 — Rogers Kirby
ESTE ES EL CULPABLE

COLECCION "POPULAR"
LA RUEDA DE LA FORTUNA

A 550 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

436 — Coria Tellado
YIRA

COLEC. "MADREPERLA"

352 — Marisol Sanabria
¿QUIEN ERES TÚ?

COLECCION "ROSAURA"

226 — Josefina María Rivas
AMOR EN DOS TIEMPOS

COLECCION "AMAPOLA"

212 — María Pilar de Molina
¡DUENA MÍA!

COLECCION "ALONDRA"

165 — G. Colomer
LA ADORABLE GAIL

COLECCION "CAMELIA"

196 — Carlos de Santander
CUANDO MUERE LA
ESPERANZA

COLECCION "ORQUIDEA"

76 — Sergio Duval
EL ÚLTIMA MENSAJE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hicóclio Bruguera, S. A. - España Alta